Arte Dramatico Español Contemporaneo

ZoT

L3.H
B32.6a

ARTE DRAMATICO ESPAÑOL CONTEMPORANEO

BOSQUEJO DE AUTORES Y ARTISTAS
QUE HAN SOBRESALIDO EN NUESTRO
TEATRO

por ANTONIO J. BASTINOS

Con la colaboración de
D. TEODORO BARÓ
y D. RAMÓN POMÉS

14260 2
17/5/17

BARCELONA
Imprenta Elzeviriana, Rambla de Cataluña, núms. 12 y 14
1914

ES PROPIEDAD

Véase el Índice alfabético de Autores y Artistas al final de la obra, así como el Índice general.

INTRODUCCIÓN
Y CONCEPTO DEL TEATRO

EL propósito que nos ha inducido a bosquejar la silueta de los principales autores y actores que han brillado en la escena española, principalmente en el pasado siglo, no ha sido acometer la razonada crítica de sus obras y su labor artística, sino dar somera idea de dichos autores, del carácter y condiciones de los actores que con más fortuna han interpretado esas obras, autores y actores que

constituyen un brillante catálogo de la dramática española.

No tenemos competencia para aspirar a más, ni podríamos aportar nada nuevo a lo escrito sobre esta materia por Hartzenbusch, Novo y Colson, Cotarelo, Fernández Flores, Blasco, Pérez y Martínez, Pi y Margall, Ossorio y Bernard, Frontaura y otros muchos.

Nuestra labor se reduce a transmitir impresiones de espectador, esbozos de cronista, anhelos de entusiasta del arte dramático, impresiones que condensamos hace muchos años en varios artículos, de los cuales transcribimos algunos párrafos, pues tienen hoy idéntica aplicación, porque después de ese lapso de tiempo pensamos acerca el Teatro como en la época en que nos sonreía con sus ilusiones la edad juvenil.

Y con estas breves notas completamos el trabajo biográfico con las consideraciones que sugiere ese elemento de cultura y amena distracción, que no caben en el sucinto relato de autores y actores, de su vida y de sus hechos.

He aquí los fragmentos a que nos referimos.

"DESDE varios aspectos consideramos que el Teatro influye favorablemente en la marcha civilizadora de los pueblos, teniendo presente que en nuestro país no encuentra desgraciadamente lectores sino lo ligero o apasionado, y que son en muy corto número los que a eso prefieren lo verdaderamente bueno, útil y bello; no

hay duda que el lenguaje de las producciones dramáticas, generalmente correcto, escogido y a vueltas clásico, difunde el conocimiento de la lengua y enriquece y rectifica el caudal de frases y giros que posee el espectador; las maneras y la cortesanía de los actores son también, por punto general, modelos que se copian mucho más fácilmente que no se insinúan las reglas de educación social contenidas en los libros.

» El estudio de las costumbres de países diversos, de tiempos remotos y próximos, de clases bajas o elevadas, hácese también en el Teatro, sin que el espectador necesite de grande preparación para comprenderlas, ni de criterio muy superior para compararlas y definirlas. »

« Grande enseñanza entraña el Teatro desde el punto de vista histórico, ya que él, según feliz expresión de nuestro ilustrado amigo Miquel y Badía, constituye la única cátedra de historia en que aprenden el mayor número de personas. Basta recordar, en comprobación de nuestro aserto, el reciente drama de Núñez de Arce, *El haz de leña,* en el cual, a vueltas de bellísimos periodos, pone en boca de Felipe II los siguientes versos, que

explican perfectamente las crueldades y el carácter del reinado de este monarca.»

«Me impone el cielo terribles
deberes. Como el gigante
que entrevió el profeta, tiene
este imperio formidable
la cabeza de oro, el cuerpo
de plata y los pies de frágil
barro. Confusión extraña
de diversas sociedades,
con diferentes costumbres
y con distinto lenguaje,
un so'o vínculo enlaza
y liga todas sus partes:
¡Dios! ¡la religión! El dia
en que esa ley se quebrante,
se derrumbará el coloso
al menor soplo del aire.
No será mientras yo viva,
que en este rudo combate
a que el Señor me condena
por deber seré implacable.

» García Gutiérrez también ha bosquejado magistralmente la expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, emprendida en los albores del siglo XIV, en su celebrada obra *Venganza Catalana*, la cual pone de relieve la gran figura de Roger de Flor, sobre la del decrépito Miguel Paleólogo. Zorrilla, en su *Zapatero* y *el Rey* ha popularizado y dado vida y color local al reinado de D. Pedro I de Castilla, apellidado ora el

Cruel, ora el Justiciero, pero cuyo carácter se revela perfectamente en las diversas situaciones del drama. Tamayo y Baus ha dado a conocer en *La locura de amor*, el dramático prólogo que precedió al reinado de la dinastía austriaca en España, el desventurado amor de doña Juana y el desabrimiento del primer Felipe para con su esposa. Rubí en su *Rueda de la Fortuna,* ha descrito el encumbramiento del famoso Marqués de la Ensenada, y en su *Isabel la Católica* el glorioso reinado de esta inmortal mujer.

» En el *Quevedo*, de Sanz, tenemos un fiel trasunto del desdichado reinado de Felipe IV y de la privanza de su favorito Olivares; en *La Beltraneja*, de Retés y Echevarría, un cuadro de la no menos triste época del impotente Enrique IV y de las causas que hicieron subir al trono a la ya referida Isabel I. Gil y Zárate ha bosquejado grandiosamente la figura de *Guzmán el bueno,* en el drama que lleva este nombre, como Eguílaz en las *Querellas del Rey Sabio*, el desordenado regimiento de este monarca, más apto para legislar y trovar que para gobernar a sus súbditos, así como la ingratitud e impetuosidad de su hijo Sancho el Bravo.

» En el moderno teatro catalán hemos

visto también la descripción de hechos notables de nuestra historia, ignorados por el común de las gentes; y entre varias producciones figuran *La Rosa Blanca,* trasunto de la última lucha civil, hoy por desgracia reproducida; *Las Joyas de la Roser*, episodio de la guerra de la Independencia; *Las Euras del Mas*, que lo es de la guerra de Cataluña con Felipe V, creaciones de nuestro distinguido amigo D. Federico Soler, inspirado vate dramático, principal fundador del Teatro Catalán. También pertenece a este orden, si bien se limita a rehabilitar un famoso poeta, el aplaudido drama *Lo Rector de Vallfogona,* original del mismo Soler.

» Pero no solamente son los hechos históricos los que se aprenden en el Teatro con esa serie de producciones, sino también el conocimiento de los trajes, las armas, los muebles, la arquitectura de las diferentes épocas en que han ocurrido; en una palabra, la arqueología y la indumentaria, puestas así al alcance del vulgo. Porque hay que tener siempre presente que nuestro carácter instable, movedizo y superficial, se fija poco en aquello que requiere un esfuerzo de nuestra inteligencia; de ahí que el libro sea inútil para el mayor número de personas, las cuales, en cambio, comprenden perfec-

tamente y conservan el recuerdo de lo que en forma agradable, amena y artística se les ofrece, mientras descansan de otros trabajos rudos o profundos, de otras distracciones útiles o pueriles.

» Es finalmente el Teatro de grande e inmensa trascendencia desde el punto de vista moral. Los preceptos que ésta entraña, desleídos en armoniosos versos, oídos de boca de personajes simpáticos al público y puestos en acción y en choque con aviesas pasiones y torcidos intentos, se infiltran insensiblemente en el espectador, modificando sus malas inclinaciones y haciéndole agradable la virtud y aborrecible el vicio. ¿Cuántos hallaríamos que, arrastrados por la corriente materialista del siglo, desdeñan la oratoria sagrada, y aún se avergonzaran de asistir al templo para aprovechar sus enseñanzas, y atienden en su fuero interno las lecciones de moral que oyen en la escena, avergonzándose de sus propias faltas? ¿Cuántas veces aplauden calurosamente frases que revelan destellos de fe, tesoros de esperanza y rasgos inspirados de amor, que no son otra cosa que la práctica de la doctrina cristiana, personas que han olvidado los preceptos que de ella aprendieron cuando niños y son refractarios a la lectura de cualquier obra seria o que

trate con alguna aridez asuntos de moral o de religión?

» Citaremos brevemente algunas producciones encaminadas a este fin, ya que es preciso fijar breve límite a lo que en este artículo nos hemos propuesto bosquejar. Distínguense entre otras *La Cruz del Matrimonio*, de Larra, que glorifica a la mujer honesta y hacendosa, y castiga a la coqueta y vana; *Lo Positivo*, de Joaquín de Estébanez (Manuel Tamayo y Baus), sinapismo aplicado al afán de adquirir y ostentar; *Verdades amargas*, de Eguílaz, sembrada de consejos prudentes y cristianos; *La Mujer compuesta* y *La Feria de las Mujeres*, de nuestro apreciado amigo Marco, que entrañan grandes lecciones para las casadas y solteras; *Los lazos de la familia*, hermoso cuadro de Larra, en loor del hogar doméstico; *El tanto por ciento*, de Ayala, que arrebató a su aparición, por condensar, condenándolo, el espíritu metalizado de la época; y en el teatro catalán, podemos citar entre otras, *Tal farás tal trobarás*, de E. Vidal y Valenciano, que desarrolla perfectamente esta máxima; *La Mitja taronja*, de Arnau, que corrige las necias pretensiones de los enlaces ventajosos; *La flor de la Montanya*, de Bordas, que tiende a desarraigar esos

odios de familia que la ignorancia hace inveterados; *Los Egoistas*, de Soler, a quienes ridiculiza con su habitual gracejo; *Las Modas*, del mismo, que es una pintura exacta del ridículo y de las desgracias que atrae esta especie de tiranía; y otras y otras que sería largo enumerar.

»Examinada, pues, la influencia del Teatro en la sociedad desde esos puntos de vista, lo consideramos ventajoso, porque constituye una escuela de lenguaje y de cortesía; difunde el conocimiento de diversas costumbres; populariza la música, haciendo sentir su benéfico influjo; alecciona con las páginas de historia que pone a la vista del espectador, y porque finalmente corrige y moraliza dulcemente, haciendo grato el consejo y la verdad, por amargos que sean. »

« Hasta aquí hemos visto el Teatro en toda su parte sana, útil, moral y provechosa. Pero no siempre realiza ese bello programa, desde el cual lo creemos de grande trascendencia para mejorar las condiciones de la Sociedad; tócanos, pues, ahora examinar esta cuestión.

» Considerado el Teatro de benéfica influencia por lo que se refiere a la belleza y corrección del lenguaje, natural es que sea contraproducente que se pongan

en escena obras plagadas de frases groseras o inconvenientes, en las cuales, pretendiendo bosquejar costumbres vulgares, se rebusca lo más chavacano para escitar la hilaridad del auditorio, por ridículos o censurables que sean los medios que para ello se empleen. Si el Teatro puede dar la pauta de maneras distinguidas y corteses, claro es que consideramos muy inconveniente que en los movimientos y en el porte adopten los actores, siguiendo las indicaciones de los autores, los tipos más repugnantes o grotescos que albergan las sociedades corrompidas.

» Y si es bueno y útil que se estudien las costumbres, y hasta que se evidencien las nocivas, poniéndoles el oportuno correctivo, no aprobaremos jamás que se enaltezcan los usos que el buen sentido condena y que sólo la relajación puede aplaudir.

» Hemos dicho que los dramas históricos enseñaban, recreando al espectador; mas esto se entiende siempre que los hechos sean fidedignos y no induzcan a error; que no se altere o sofistique el carácter de los personajes; que no se deduzcan premisas contrarias a su recto sentido; y que, finalmente, no se disloque el verdadero carácter y la sana filosofía

para subordinar a fines determinados, políticos o sociales, los hechos acaecidos en el decurso de los tiempos. Evidente es también que si los edificios, los trajes, los muebles, las armas y demás accesorios no son de la época que se pretende describir, o constituyen una informe amalgama, así dejan de producir la ilusión necesaria, como confunden y corrompen las nociones artísticas del auditorio.

» Respecto a la influencia moral de las producciones dramáticas, tanto como es factible que produzcan mucho bien, así es posible que tengan un pernicioso influjo cuando son erróneas o aviesas sus tendencias. No podemos ver sin grande repugnancia esos dramas en que el vicio sobrenada en todas sus escenas, en que se glorifica la pasión en sus mayores extravíos, en que se busca solícitamente lo que pueda halagar a los más brutales instintos; esas comedias o zarzuelas obscenas o arlequinadas, parodias insulsas o estravagantes, encaminadas a satisfacer a un público estragado o ignorante, pueril o concupiscente.

» No citaremos obra alguna de este género, a pesar de que desgraciadamente se agolpan por su gran número a nuestra imaginación, porque ni creemos oportuno

evidenciar lo que consideramos malo, ni queremos tampoco citar nombres propios de personas, apreciables e ilustradas quizás, pero que posponen algunas veces su criterio y su instinto artístico al afán del aplauso de un público inconsciente o al espíritu de especulación, que transige con lo que la sana conciencia rechaza. A los que, arrastrados por la corriente siguen esta senda por ignorancia, los compadecemos; a los que se dejan arrastrar deliberadamente debemos censurarles, porque pudiendo hacer un bien con su talento, lo degradan subordinando el genio y el arte a un mezquino interés.»

«Justo será que digamos algunas palabras del Teatro extranjero, por lo que de él hemos podido ver y observar. Al hablar del teatro extranjero asoma y se destaca incontinenti la colosal figura de Shakspeare: *Hamlet*, *Otelo*, *Coriolano*, *Macbeth*, y otros dramas y tragedias que del poeta inglés hemos visto representar, son un portento de imaginación y filosofía, sobre todo el primero, que interpretó de una manera admirable el actor Rossi, quien además dió una sesión en el Ateneo Catalán sobre la manera de representar la tragedia del príncipe dinamarqués, que idealizó el genio de Shakspeare.

» Del teatro alemán poco conocemos: pero es de él buena muestra *Il figlio delle selve*, que representaba con gran maestría el concienzudo actor Salvini. El teatro italiano está subordinado generalmente a poner de realce las cualidades dramáticas del actor, así es que casi siempre los efectos son rebuscados, convencionales los personajes y falsas muchas de las situaciones. Goldoni en *Pamela*, sin embargo, traza delicadamente un gracioso tipo, que interpreta magistralmente la Marini, y otras producciones suyas son también muy recomendables, así como *Il Falconieri*, de Marenco, y otras de otros autores. En cambio Gattinelli echó un borrón de prosa sobre la poética figura de Milton, poniendo al interesante ciego inglés en escena, lo mismo que Giacometti en su *Torcuato Tasso*. En esas producciones, como en *Suor Teresa*, de Camoletti, y en otras del mismo género, no se ve más que realismo, desde las pasiones que se devuelven en ellas hasta las desgarradoras escenas que les ponen fin. El teatro francés ya puede suponerse que está infiltrado del materialismo que domina en ese país; así es que entre algunas producciones magistrales, como *Medea*, de Legouvé, que hemos visto interpretada de una manera inmejorable, antes por

la Ristori y ahora por la Pezzana, otras ligeras pero discretas, como *La Folle de Toulon* dominan superabundantemente las inverosímiles e inmorales, como la *Dame aux Camélias* y la *Princesse Giorgio*, de Dumas, hijo, y la *Fernanda*, de Sardou.

»No tenemos, pues, mucho que envidiar los españoles a los extranjeros en cuanto a producciones dramáticas, y aún diremos más, que entre el inmenso repertorio de nuestro Teatro nacional contemporáneo, lo peor es indudablemente lo arreglado del francés, reconociendo este origen casi todo lo bufo, que constituye una enfermedad de mal género en la historia del arte español; más de quinientos autores cita el erudito Hartzenbusch que han ilustrado nuestra escena desde 1836, en la que han brillado, emulando las glorias de los artistas extranjeros y aventajándoles muchas veces, actrices como Rita Luna, la Díez, la Lamadrid, la Palma; actores como Romea, Latorre, Mate, Máiquez, Luna y Valero.

»Expuestas las ventajas y los inconvenientes del Teatro, con las digresiones que forman su corolario, réstanos tan sólo deducir las consecuencias de cuanto llevamos dicho. ¿Deberemos renunciar a los buenos efectos que el Teatro

puede producir para evitar sus inconvenientes? De ninguna manera: tanto valdría renunciar a los elementos aire, agua y fuego, porque si son de grande utilidad acarrean a veces muchos males.

» No siempre lo bueno y lo mejor es lo más grato, y es bien sabido que nuestra disposición natural nos inclina fatalmente a lo que halaga nuestras pasiones y nos repele de lo que las enfrena; el espectador no siempre puede por su ilustración discernir el mal del bien, y aún muchas veces el encanto de lo que ve y el arte del actor oscurecen su razón hasta el punto de confundirle y atraerle hacia errónea senda. »

« Convencidos, pues, de las ventajas del Teatro desde diferentes puntos de vista, creemos que sólo se necesita dirigirlo por mejores derroteros, para que produzca todo lo bueno y agradable de que es susceptible, sin que acarree los males que en el presente artículo hemos enumerado. »

Abril de 1873.

DESPUÉS de la época en que escribimos lo que precede, preponderó José Echegaray, entusiasmando a más y mejor con sus soberbios dramas, casi todos con terroríficos argumentos palpitantes de interés; pero pasó aquel delirio por lo trágico, y hoy apenas se representa lo que entonces llenaba los teatros de bote en bote.

Dicenta y Sellés, entre otros, cultivaron también este género; sobresalieron en lo jocoso Vital Aza, Ramos Carrión, Miguel Echegaray y algunos más que figuran en este libro, y hoy dominan la escena española Benavente y los Quintero, emulando sus glorias Marquina y Linares Rivas, Valle Inclán y Martínez Sierra.

Expresado en los párrafos transcritos el concepto que tenemos del Teatro y de sus cultivadores, sólo nos resta, para terminar este Prólogo o Introducción, explicar los móviles de la división y método de este libro, sus deficiencias y su finalidad.

Hemos separado los autores y actores nacidos en Cataluña, no precisamente porque escribieran y actuaran siempre en

catalán, sino para que aparezca en este libro el *Teatro catalán* con su primitivo empuje, perdido en buena parte desde que fenecieron muchos de sus mantenedores.

No ha sido ésta la única causa de su actual marasmo: el Cinematógrafo es la epidemia que ha hecho enfermar así el Teatro castellano como el catalán, y amenaza acabar con autores y actores, atraído el público por la baratura, desdeñando los originales y contentándose con meras copias del arte dramático.

Esa frialdad del público que en tropel se agolpaba en los estrenos de Soler y Guimerá, de Arnau y de Bordas, de Vidal de Valenciano y de Baró, ha enfriado también el entusiasmo de los autores, y llevado al Teatro castellano sus mejores actores; pero no sería justo negar la gloria alcanzada por nuestro Teatro regional, que ha constituído uno de los mejores elementos de su cultura y su progreso.

Nuestro propósito era presentar las notabilidades en la escena por orden cronológico, pues así hubiera aparecido la marcha que ha seguido el Arte dramático español en nuestros días, pero la falta de datos nos lo ha impedido, pues de muchos autores y artistas no se han podido conseguir, a pesar de prolijas y perseverantes diligencias; por esta razón hemos

adoptado el orden alfabético, menos racional, pero al fin metódico y exacto, que lleva la ventaja de facilitar la consulta de las biografías que la obra contiene.

También faltan varios retratos que no existen, o sus poseedores no quieren facilitar temerosos de un extravío; y de algunos artistas cuya vida no nos ha sido posible averiguar, sólo se consigna una silueta de su fisonomía teatral, para que aparezca siquiera su nombre y de algunos el retrato, ya por la notoriedad que alcanzaron o por los méritos que la crítica les reconoció en la época de su actuación.

Y aquí debemos consignar, a fuer de imparciales, que a autores y actores hay que considerarles como sacerdotes del Arte teatral, desde el asiento del espectador, pues si hay muchos activos y metódicos, otros se resienten de la vida movediza que llevan, casi bohemia generalmente.

Esto explica muchas de las deficiencias de la obra; otras son debidas exclusivamente a nuestra escasa aptitud, que quizás origine algún erróneo juicio, a pesar de toda nuestra voluntad y la buena fe que nos guía.

Después de señalar los defectos de que necesariamente adolece este libro, sólo nos resta agradecer a nuestros buenos amigos D. Teodoro Baró y D. Ramón Pomés

la cooperación que nos han prestado para llevar a cabo este trabajo (1), inspirado en el deseo de que pueda tener alguna utilidad para los alumnos de dramática castellana y catalana del Liceo filarmónico dramático barcelonés de Isabel II.

ANTONIO J. BASTINOS

Enero de 1914.

(1) Las biografías que llevan respectivamente una B. o una P. son escritas por los señores D. Teodoro Baró y D. Ramón Pomés: todas las restantes son del autor de este Prólogo.

DRAMÁTICA CASTELLANA

AUTORES

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

UTRERA, DE 1875 A 1880.

En ese lapso de tiempo, que no podemos precisar, vinieron al mundo dos hermanos, con año y medio de diferencia entre ambos, los cuales, sin ser gemelos, se consideraron tales por su afinidad en pensar, sentir, gozar y ver la Naturaleza y los hombres.

Allá, cobijados por un cielo tan azul, rodeados de hermosas mujeres y de olorosas flores, en tierra tan próvida, en medio de alegría sin tasa, y oyendo frases tan ingeniosas como picarescas, recogieron en el receptáculo de su cerebro visiones, ecos, y sobre todo bellezas, que transcritas en sus comedias, han constituído el encanto de su generación y hecho populares sus tipos y sus agudezas, rebosantes de sal genuinamente andaluza. Después de una placentera niñez, trasladáronse a Sevilla e ingresaron en el Instituto, sin que su aplicación fuese mucha, pues su afición a las bellas artes,

especialmente a la poesía y la dramática, les absorbían por completo.

Las primeras comedias fueron representadas en el patio de su casa en familia, hasta que en 1888 estrenaron su comedia *Esgrima y Amor* en el Teatro Cervantes de aquella capital.

Serafín

Fundaron varios periódicos literarios y se trasladaron a Madrid, en busca de un escenario más adecuado al desenvolvimiento de lo que pensaban y creaban en el pequeño círculo de una provincia, siquiera fuese tan importante como la de Sevilla.

Allí les esperaba el calvario por que han pasado casi todos los autores dramáticos.

Publicaron un periódico que fracasó, escribieron comedias y más comedias, y unas fueron mal recibidas y otras siguen inéditas, hasta que al fin triunfaron, y entonces rápidamente pasaron del Purgatorio a la Gloria, siendo en todas partes comprendidos y festejados.

Y es que en la pintura de costumbres andaluzas nadie les iguala, y los chistes siempre agudos que salen a borbotones del ameno y siempre interesante diálogo atraen y fascinan al público, que premia

siempre con entusiastas aplausos las obras de los hermanos Quintero.

Muchas son éstas, y de gran valor literario las más. Citaremos algunas de ellas: *El ojito derecho, La reja, La buena sombra*, su primer triunfo; *La vida íntima, El traje de luces, El patio, El estreno, Los Galeotes*[1], *El nido, La dicha ajena, Las flores, Pepita Reyes, La zagala, El género ínfimo, El amor en el Teatro, La reina mora, La casa de García, El Centenario, Amores y amoríos, Malvaloca*[2], *El amor que pasa, Mundo mundillo, El genio alegre, Rosa y Rosita, Los borrachos, El chiquillo, Mañana de sol, Doña Clarines, La musa loca, Nena Teruel, Las de Caín, El flechazo, Amor bandolero, Los Leales*, etc.

Joaquín

La lectura de esas producciones se hacía antes en el seno de la familia, y ahora a su hermano Pedro; a las empresas y actores lee los originales Serafín.

Este es viudo, y Joaquín soltero.

---

(1) Premiada por la Academia Española.

(2) Traducida a varios idiomas.

No fuman, son de buenas costumbres y es proverbial su formalidad,.

La Providencia los ha creado para regocijo de las musas, y para esparcir entre nuestra generación materialista, las flores del ingenio y las galas del lenguaje.

VITAL AZA

POLA DE LENA (ASTURIAS) 1853. — MADRID, 1912.

Descuella este autor en el género festivo; sus creaciones, de escasa importancia algunas en el fondo, traen aparejado el regocijo del público, que ríe de buena gana las ocurrencias del autor asturiano.

Versificador fácil y chispeante, ha dado a sus comedias tal atractivo; que en España como en América se han representado multitud de veces, a pesar de consistir a menudo los argumentos en un enredo trivial, en una equivocación forzada o en un error inverosímil; pero ello es que esos recursos, manejados con tal arte, y el diálogo exuberante de gracejo, atraen y subyugan al auditorio, aunque no le convenzan en muchas ocasiones.

Vital Aza fué discípulo de Esculapio, pero pronto dejó la medicina por el teatro, hacia el que se sentía atraído por instinto y por resultarle más lucrativo.

Como su musa era afluente, sin dejar de producir comedias, muchas veces solo y otras en colabora-

ción con Ramos Carrión y Miguel Echegaray, aun hallaba vagar para escribir en los periódicos festivos y satíricos con el mismo salero que prodigaba en sus creaciones dramáticas.

La comedia de más éxito que compuso fué *El sombrero de copa*, vertida luego al francés e italiano; *El rey que rabió*, zarzuela de ruidoso éxito; *Su Excelencia*, *La rebotica*, *El padrón municipal*, *Robo en despoblado*, *La careta verde*, *San Sebastián, mártir*, cuadro admirable, que ridiculiza a los que veranean por ostentación y con escasez de recursos, que Mario representaba a maravilla con ayuda de Rossell; *El oso muerto*, *El afinador*, *Francfort*, *Aprobados y suspensos*, con la que debutó; *El señor Gobernador*, *Zaragüeta*, que alcanzó gran fortuna; *Ciencias exactas*, *El sueño dorado*, *La tempestad*.

Vital Aza ha sido uno de nuestros primeros autores en el género cómico; su exuberante versificación, su genio, ha dado vida a obras que agradan y no envejecen, que deleitan y producen ópimos frutos.

JACINTO BENAVENTE

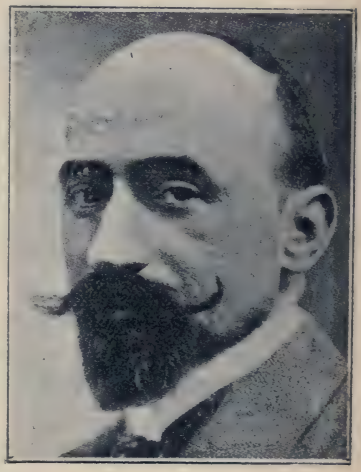
MADRID, 1866.

Como Eguílaz dominó la escena española desde mediados del siglo pasado, Benavente, el ilustre autor de *Los intereses creados*, se cierne triunfante en los escenarios desde el último cuarto de siglo, siendo aplaudido y admirado por todas las personas de buen gusto, y considerado como un maestro peritísimo en interesar al público con el acierto en sus argumentos, con la hermosura de las frases y de los pensamientos que pone en boca de los personajes de sus obras.

La comedia citada bastaría para avalorar sus dotes de dramaturgo, pues toda ella es una filigrana en el fondo y en la forma, pero la labor de Benavente es tan intensa como extensiva; en su obra *Por las nubes*, nos da una fotografía de la actual clase media, con lecciones que ojalá se aprovecharan por quienes sufren los deslices de la vanidad y la ostentación; en *Lo cursi*, aparece una deliciosa crítica del exagerado modernismo a que tienden muchos, dejando lo bueno por lo nuevo, lo sano por lo distinguido según el último figurín; el cuadro *Del natural*, constituye un modelo en el género festivo, sin chocarrerías ni atrevimientos; *La escuela de las princesas* brilla con los fulgores de la alta comedia; *Rosas de otoño* pone de manifiesto la ridiculez de los amores trasnochados; y en

general todas sus producciones enseñan algo útil, causan intenso placer y su recuerdo es grato y duradero.

El Teatro de Benavente se distingue por una fina sátira de la sociedad actual, especialmente la madrileña, de modo que algunas de sus producciones tienen gran analogía con la famosa obra del Padre Coloma *Pequeñeces*; como también por su persistente empeño en el estudio psicológico del corazón femenino, lo que da a algunas de sus producciones cierta analogía y vaguedad que las perjudica.



Se comprende que en las primeras concepciones recargase la nota en la inmoralidad, tan en boga en mucha parte de la clase media y aristocrática, nota atenuada después con su preclaro talento, pues en las más modernas aparece fustigado el vicio y la pasión en el fondo, sin tanta crudeza y desnudez en la forma.

He aquí su exuberante producción: *El nido ajeno, Gente conocida, El marido de la Téllez, La comida de las fieras, Los malhechores del bien, La princesa Bebé, Señora ama, De alivio, Don Juan*, arreglo de Moliére; *La Farándula, Cuento de amor,*

Operación quirúrgica, Despedida cruel, La gata de Angora, Viaje de instrucción, Por la herida, Modas, Sin querer, Sacrificios, La Gobernadora, El primo Román, Amor de amar, ¡Libertad!, El tren de los maridos, Alma triunfante, El automóvil, La noche del sábado, Los favoritos, El hombrecito, Mademoiselle de Belle Isle, Por qué se ama, La casa de la dicha, El dragón de fuego, Richelieu, No fumadores, Buena boda, El susto de la condesa, Cuento inmoral, Las cigarras hormigas, Más fuerte que el amor, Manon Lescaut, Los buhos, Abuelo y nieta, La princesa sin corazón, El amor asusta, La copa encantada, Los ojos de los muertos, La historia de Otelo, La sonrisa de Gioconda, El último minué, Todos somos unos, El marido de su viuda, La fuerza bruta, De pequeñas causas, Hacia la verdad, De cerca, ¡A ver qué hace un hombre! La señorita se aburre, El príncipe que todo lo aprendió en los libros, Ganarse la vida, La malquerida.

Benavente hijo fué del doctor de su nombre, cuya estatua, erigida en el parterre del Retiro de Madrid, atestigua sus relevantes méritos.

Ha sido redactor o colaboiador de *El Imparcial, Blanco y Negro y Madrid Cómico,* y por sus excepcionales dotes de literato ocupa un sillón en la Academia Española.

Además de su labor teatral ha escrito las siguientes obras: *El teatro del pueblo, De sobremesa* (crónicas), *Vilanos, Figulinas, Teatro fantástico* y *Cartas de mujeres.*

También ha querido crear un *Teatro infantil,* pero no ha puesto en ello gran empeño.

EUSEBIO BLASCO

ZARAGOZA, 1844. MADRID, 1903.

Uno de nuestros más fecundos escritores: periodista, dramaturgo y autor de muchas obras de amena literatura.

Como periodista colaboró en *El Imparcial*, *El Liberal*, *La Epoca* y *La Ilustración Española;* fué redactor de *La Discusión* y de *Gil Blas*, y en París, donde residió muchos años, escribía en *Le Figaro*, y después fué corresponsal del periódico *La Epoca*, de Madrid.

Por los títulos e índole de los periódicos se comprende lo elástico de su talento, que lo mismo se prestaba a los radicalismos que a los temperamentos moderados, a la crítica y al análisis serio y razonado, que al chiste agudo y al epigrama de oportunidad.

Después de sufrir un fracaso con su comedia *Juan León*, se rehabilitó con la titulada *Angelus;* a ésta siguieron *La mujer de Ulises*, *Un joven audaz*, *El vecino de enfrente*, *El Joven Telémaco*, *El pañuelo blanco*, *El baile de la Condesa*, *La mosca*

blanca, *La tertulia de confianza*, *La rosa amarilla*, *El anzuelo*, *Los dulces de la boda*, *Cabeza de chorlito*, *La cruz del túnel*, *Pobres hijos*, *Pobre porfiado*, *No la hagas y no la temas*, *Los guantes del cochero*, hasta más de cien producciones.

Blasco fué un castizo escritor, y de su pluma salieron versos y más versos, pues era muy hábil en la versificación; artículos de costumbres y de crítica literaria, polémicas políticas y gran número de obras de mérito, escritas en español o en francés, pues ya hemos dicho que Blasco residió muchos años en París. Entre esas obras cabe citar: *Noches de vela* (poesías), *Mis contemporáneos* (semblanzas), *Ellos y ellas* (chistes internacionales), *Mis devociones* (notas íntimas de Madrid y París), *La miseria en un tomo* (cuadros lastimosos), *Corazonadas* (poesías), *Cuentos y sucedidos* (escenas de la vida privada), *Una mujer comprometida*, *Silvestre del todo*, y muchísimas más, que forman un verdadero catálogo.

Blasco era hijo de un arquitecto, y procedía de familia aristócrata; empezó la carrera de su padre, pero la abandonó pronto para dedicarse de lleno a la literatura, que le atraía, porque realmente encajaba a maravilla con sus aptitudes naturales.

A los veinte años se trasladó a Madrid, y allí perteneció a varios partidos, cabiéndole la honra de ser el representante literario de España en la solemnidad de la apertura del Canal de Suez, habiendo desempeñado un importante cargo en la Dirección de Comunicaciones.

También le hizo Rivero su secretario particular

cuando fué Ministro de la Gobernación, pero al trasladarse éste a Barcelona con motivo de la fiebre amarilla que había invadido la ciudad de los Condes, renunció el cargo, porque no le hacía gracia el feo huésped americano.

En suma: Eusebio Blasco fué un fecundo y concienzudo escritor, pero no pudo sustraerse a la versatilidad y a las costumbres bohemias de sus congéneres, escribiendo de todo según las circunstancias, siempre bien, pero no siempre con perfecta consecuencia, pues en política fué adepto de Cánovas y de Martos, de Rivero y de Ruiz Zorrilla.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

QUEL (LOGROÑO), 1796. MADRID, 1873.

Ha sido uno de los más fecundos autores dramáticos españoles del pasado siglo.

Versificador eminente, observador constante, afortunado pintor de costumbres, ha sabido con poco argumento y menos pretensiones solazar al público, escitar su interés y promover el entusiasmo de aquella generación.

Bretón quedó huérfano en temprana edad; unos tíos cuidaron de él hasta cierto punto, y después de recibir con gran provecho las lecciones del Padre Peñaranda en los Escolapios de Madrid, sentó plaza de soldado, no pasando de cabo primero en la carrera de las armas.

Salió del ejército para ocupar un modesto empleo, hasta que en 1824 obtuvo un señalado triunfo con la comedia en prosa *A la vejez viruelas*, que fué la base de su renombre y preparó su portentosa labor al Teatro destinada.

A más de ciento cincuenta se elevan sus producciones dramáticas, las más originales, la mayor parte de ellas en el género natural, sencillo y espontáneo que los franceses cultivaron después, y es justo mentar como una de las mejores la renombrada *Marcela o cuál de los tres*, siendo la última que escribió, en 1867, *Los sentidos corporales*.

Entre las mejores de su repertorio figuran *Los hijos de Eduardo*, *Fernando el Emplazado*, *Vellido Dolfos*, *El abogado de pobres*, *No ganamos para sustos*, *Un novio para la niña*, *Un tercero en discordia*, *El pelo de la dehesa*, *A Madrid me vuelvo*, *D. Frutos en Belchite*, *Muérete y verás*, *Dios los cría y ellos se juntan*, etc., alternando el género festivo, que le era propio, con el histórico y de alta comedia.

Bretón fué siempre español de casta, y manejó el idioma castellano con gran primor; esto le llevó a la Academia Española, donde ejerció el cargo

de Secretario perpétuo, tuvo a su cargo también la dirección de la Biblioteca Nacional, y entre muchas de sus poesías sobresale su poema *La desvergüenza*.

JAVIER DE BURGOS

CÁDIZ, 1842. MADRID, 1900.

Son muchos los que, en ofensa de las musas, vilipendio de nuestro Teatro y desdoro de la cultura nacional, mojan al escribir para la escena la pluma en tinta de groserías, supliendo el ingenio de que carecen con el desparpajo que les sobra, pisoteando la ética para arrancar viciosas carcajadas a costa de la decencia; y si a tanta depravación no llegan, sacrifican méritos y cualidades al empeño de hacer reir a toda costa para conservar su público y lograr que sus obras se sostengan en el cartel para cobrar pingües derechos, que es lo que se trata de demostrar; porque para los tales la cuestión literaria desaparece ante la de caja. De la turbamulta de los productores de bazofia literaria, como dijo el eminente crítico D. Manuel Cañete, hay que separar a D. Javier

de Burgos, en compañía muy honrosa de Ricardo de la Vega, Novo y Colson, Tomás Luceño, Vital Aza y otros varios, que sin valerse, por lo común, de recursos ilícitos, saben hallar la nota cómica y el chiste oportuno.

Javier de Burgos ha escrito, entre otras obras teatrales, *Política y tauromaquia, Cádiz, Trafalgar, Los valientes, Las cursis burladas, El censo de la población, Aguas minerales, Los cómicos de mi pueblo, Cómo está la sociedad, Una noche buena, Las visitas, La boda de Luis Alonso,* y el famoso juguete *El novio de D.ª Inés.* Algunas no pasan de libretos de zarzuela, pero merecen ser citadas por los ruidosos éxitos obtenidos merced a las cualidades del autor y a su conocimiento de la escena. *Los valientes* tienen mucho relieve por haber sido tomados del natural los tipos que en ella figuran y resultar los efectos espontáneos, porque los obtiene el contraste, no el rebuscamiento. Se quiso hallar semejanza entre la comedia de Javier de Burgos y un juguete valenciano, porque nunca falta quien se solace rebajando méritos ajenos, en particular cuando no se tienen propios; pero resultó que cada autor desarrolló el asunto a su manera; y si eso fuese plagio, todos los escritores serían plagiarios, y los que vengan merecerían el mismo dictado. En los asuntos se coincide; el plagio consiste en la manera de desarrollarlos apropiándose lo ajeno. De *Los valientes* se ha dicho que nada hay en el repertorio de Ricardo de la Vega que a tal comedia exceda.

B.

LEOPOLDO CANO

VALLADOLID, 1844.

«Quítenseme delante — dice D. Quijote — los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas». — Señor caballero de la Triste Figura, que anda por ahí en boca de la fama, no reza con mi persona el mandato, porque en ella las letras y las armas se hermanan, — puede decir D. Leopoldo Cano, que figura entre nuestros generales, y en la Real Academia Española ocupa el sillón letra *a*, en el que se sentó el Conde de Cheste, como él militar y literato.

Escribió *Un filósofo en fiambre*, *El más sagrado deber*, *Los laureles de un poeta*, *La opinión pública*. Siguió *La Mariposa*, que, simbolizando la felicidad, revolotea alrededor del protagonista, pero se le escapa cuando va a cogerla, convirtiéndose en ilusión. La obra de más éxito ha sido *La Pasionaria*, estrenada en 1883; pero el aplauso que se concedió por impresión, no puede darse por reflexión, por ser la obra melodramática, de la que no salen bien libradas las personas que quieren vivir en paz y tranquilidad, pues aparecen como opresoras de una inocencia representada por una

mujer que la tenía bien perdida. Son de temer los autores cuando les perturban innovaciones en boga, pero destinadas a desaparecer por ser hijas del capricho, porque contra su voluntad resulta lo que no se han propuesto. Parecida perturbación hallamos en *Trata de blancas* y en *Gloria*. Gloria logra apartar al escultor a quien ama de los lazos que fingidos consejos le han tendido, y que el mérito del artista triunfe, lo que es laudable; pero no lo son los zurriagazos contra las diferentes clases sociales, porque hay en ellos sátira pesimista.

Leopoldo Cano ha demostrado en sus obras que posee ingenio florido y a la vez conceptuoso, y que si la sátira le atrae, no desconoce las bellezas del idilio. Sus comedias y dramas ganarían, dadas las cualidades del escritor, si hubiesen sido construídos teniendo por base la realidad.

Aun hemos de señalar en la labor meritísima de Cano, su drama *Mater Dolorosa*, estrenado por la Tubau en 1904.

B.

JUAN A. CAVESTANY Y GONZÁLEZ NANDIN

SEVILLA, 1851.

Cavestany tiene mérito propio como poeta, y sus versos revelan la influencia en él ejercida por Zorrilla y Núñez de Arce, y también por Velarde. Citemos *La confesión de María*. Como autor

dramático podemos decir de él que llegó y venció al representarse *El esclavo de su culpa*. El triunfo fué grande, pues el público aplaudió y la prensa elogió; y el aplaudido, el elogiado era casi niño.

Brilla en la comedia la inspiración robusta que tiene la fuerza de los primeros años de la vida, cuando las ilusiones revolotean y no han llegado al corazón las notas de la amargura. Sorprendió el cuadro presentado en escena por el poeta, en el que había sus toques de realismo, pero no pesimista, sino sano. Cavestany se había elevado a las alturas al primer vuelo.

Pero es muy difícil mantenerse en ellas. Los éxitos ruidosos obtenidos por una primera obra deberían asustar, porque se espera más de quien tanto ha dado, y el capital no puede permitirse la prodigalidad; y como las esperanzas no se convierten en realidades, viene el desencanto. Rossini sabía algo de eso, como lo demostró después del ruidoso éxito obtenido por su ópera *Guillermo Tell*. Le proclamaron inmortal, y el maestro se dijo: — Puesto que ya soy inmortal no puedo llegar a más; y como si sigo escribiendo me expongo a perder y no ganar, porque no puedo pasar de inmortal, dejo de componer.

Cavestany dió a la escena, después de *El esclavo de su culpa*, *El Casino*. Como se esperaba que la segunda obra superara a la primera o siquiera la igualara, y no fué así, se extremó la censura de la misma manera que se había extremado la alabanza. Cierto que se prestó a la crítica, pues hay en la comedia efectismos buscados y frecuentes caídas. *Sobre quién viene el castigo* tampoco logró el éxito deseado, y *Pedro el Bastardo*, escrito en colaboración con D. José Velarde, tuvo mejor fortuna, pero distó muchísimo de la de *El esclavo de su culpa*, que continúa siendo la obra de D. Juan A. Cavestany.

B.

D. RAMÓN DE LA CRUZ
(RAMÓN FRANCISCO DE LA CRUZ CANO Y OLMEDILLA)

MADRID, 1731. MADRID, 1795.

Del famoso sainetero sólo se sabe que escribió mucho para el teatro, pero se ignora que desempeñó una cátedra de Filosofía. Una leyenda dice que murió pobre, recogido por un artesano, lo que no debe ser exacto, pues en su vejez disfrutó de una pensión que le había señalado un Grande de España. Tuvo un hijo, Comandante general de Artillería, que tomó parte muy principal en la gloriosa batalla de Bailén.

Cuando D. Ramón de la Cruz comenzó a escribir, el clásico teatro español había desaparecido, siendo grotescas las comedias, y en particular dramones que se representaban, cuyos títulos revelan,

no la pobreza, sino la miseria intelectual de quienes tales esperpentos escribían. Se ensayó en la comedia, en el drama y en la zarzuela, pero no halló su género hasta que se dedicó al sainete, amplificación del grosero entremés antiguo. En el sainete tenían cabida las costumbres de la clase ínfima del pueblo, que no dejaban de ser dignas de estudio, a la vez que necesitadas de corrección. Por su admirable fecundidad se distinguió en este género D. Ramón de la Cruz. Muchas son sus

obras, incluyendo en ellas comedias, zarzuelas, tonadillas y loas, pero siendo bastantes las conservadas, más son las perdidas o no publicadas. El autor entregó a Juan Sampere una lista en la que figuran más de doscientas.

Paseando de noche por el Prado, solía idear D. Ramón de la Cruz sus sainetes. Carecía de cualidades para pensar y desarrollar una acción grande, pero sí las tenía para pintar las costumbres del pueblo bajo de la Corte, haciendo gala del chistoso y natural diálogo, si bien hay que confesar que no siempre resultan sus cuadros buenos para reformar aquellas costumbres que él, sin duda, se propuso corregir. Puede decirse que él con la pluma y Goya con el pincel se completan, pues tanta vida y verdad hay en las figuras que el pintor puso en el lienzo, como en las que el sainetero puso en la escena.

B.

JOAQUÍN DICENTA

CALATAYUD, 1860.

Nació en Calatayud este autor dramático allá por el año de 1860, y hondamente aficionado a las letras desde muy mozo, dió a la escena española su primer drama *El suicidio de Werther*, cuando no había salido apenas de su primera juventud, revelándose ya con esa obra autor de fuertes alientos y muy capaz de grandes cosas.

Fueron poco a poco siguiendo sus otros dramas: *La mejor ley, Honra y vida, Los irresponsables* y *Luciano* (1894), ya discutido este último por la crítica con verdadero apasionamiento, censurando unos y ensalzando otros sus buenas y sus malas cualidades. A ello respondió el autor al año siguiente con su *Juan José*, que es así como una explosión de los más primitivos sentimie tos que tienen su nido en el alma humana, y ello sin duda explica el éxito inmenso que este drama ha obtenido en el moderno teatro castellano, pues cada uno de los espectadores siente vibrar en lo más escondido de su espíritu algo que se parece mucho a lo que está viendo en las tablas. Otras obras ha dado luego a la escena este autor, entre ellas *El señor feudal*, pero con ninguna ha logrado aminorar el recuerdo de su *Juan José*, ni era ello posible. También es autor Dicenta de la zarzuela *Curro Vargas*, a la que puso música el maestro Chapí, y además de un buen número de novelas y narraciones cortas, algunas de ellas altamente estimables.

P.

JOSÉ ECHEGARAY

MURCIA, 1836.

Pocos hombres de nuestra época han reunido cualidades tan diversas como el ilustre murciano, poeta fluido y esplendoroso, matemático concienzudo, financiero y dramaturgo, Echegaray ha logrado ser una de nuestras primeras figuras, sobre todo como autor dramático.

Sus muchas y bellas producciones fascinaron al público durante un buen lapso de tiempo, y actores y actrices se disputaban el honor de estrenar una obra del autor que más entusiasmo ha producido en el último tercio del siglo pasado.

Fecunda fué su labor, y tal relieve adquirieron sus argumentos y personajes, que se hicieron patrimonio de todos, recordando con deleite las profundas emociones sentidas en el teatro al oir la hermosa versificación de Echegaray y también su poética prosa.

Verdad es que muchos de sus dramas son efectistas y se apartan de la realidad; pero aun así, sus melodramas arrancaban lágrimas y suspiros, por más que la crítica calificase de artificiosos algunos argumentos y desenlaces.

Citaremos algunas de sus producciones, compendio no más de su vasto repertorio:

El libro talonario, O locura o santidad, La esposa del vengador, En el puño de la espada, En el pilar y en la cruz, Mar sin orillas, Cómo empieza y cómo acaba, Sic vos non vobis, El gran galeoto, En el seno de la muerte, Conflicto entre dos deberes, Un crítico incipiente, Mariana, Mancha que limpia, La peste de Otranto, La muerte en los labios, Vida alegre y muerte triste, El estigma.

Echegaray es ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, y después de haber ejercido su carrera en provincias, en la Escuela Central acabó de solidar su fama de eminente ingeniero y gran matemático.

Es habilísimo en la divulgación de las ciencias, como lo atestigua, entre otros brillantes trabajos, su *Estudio sobre el matemático sueco Abel.*

Por sus méritos científicos obtuvo en 1904 el codiciado premio Nobel, que sólo alcanzan los sabios de mayor renombre.

En 1869 fué elegido diputado, y su romántico y elocuente discurso acerca de la libertad de cultos le llevó a los consejos de la Corona, desempeñando la cartera de Hacienda; él decretó el monopolio del Banco de España en la emisión de papel moneda, que si tiene un marcado carácter centralizador, ha evitado mayores males por los abusos y agios a que se prestaba la libre emisión en muchos Bancos provinciales.

Desempeñó recientemente otra vez la cartera de Hacienda, en 1906, y entonces, siendo él libre-

cambista y también Moret, jefe del Gobierno, hizo unos Aranceles proteccionistas en aras del patriotismo, pues consideraba una traición al país entregar éste a la codicia de sus vecinos, ultraproteccionistas, y con más medios y riqueza que la depauperada España, perdidas sus codiciadas colonias.

MIGUEL ECHEGARAY EIZAGUIRRE

QUINTANAR DE LA ORDEN (TOLEDO) 1848.

Parece que la Naturaleza dijo a D. José Echegaray: «— Tú herirás profundamente las fibras de la sensibilidad», — y a su hermano D. Miguel: «— Tú regocijarás y provocarás la risa.—» Escribió obras de mucho éxito teatral, de las que gustaba el público porque le desarrugaban el entrecejo, y el ruido de la carcajada franca y espontánea ahuyentaba las penas. Si Miguel Echegaray ha alcanzado algún relieve en la escena, se debe a haber cultivado género completamente opuesto al de D. José, pues de lo contrario no hubiera podido levantarse a su lado en el mismo terreno, porque para que la atención se fijara en él hubiera debido igualar a quien lleva el mismo apellido. Miguel Echegaray no tiene obras de pasión y sentimiento intensivo, porque lo cómico le atrae; lo que hace que para mover a risa se valga de trazos que por lo acentuados desfiguran a los personajes, prescindiendo de las medias

tintas y recargándolos con masas de color. Algunas veces se ha propuesto hacer sentir haciendo reir, y lo ha logrado; ciertas obras suyas están inspiradas por nobles intenciones, pero no adquieren el necesario relieve porque la ejecución del propósito no está a la altura de él por sobrar lo trivial.

Miguel Echegaray escribe con facilidad: hay en sus chistes espontaneidad y en las situaciones conocimiento y dominio de la escena, que impresiona al público y le sacude, con lo cual logra el autor que no vea de momento la falsedad y el convencionalismo. Entre los muchos que han cultivado el género cómico, Miguel Echegaray y algunos otros ocupan lugar aparte, pues ha cuidado de no descender a frecuentes prostituciones a que tantos han descendido y descienden, sólo por transigir con feas concupiscencias y dar gusto a estragados paladares.

De sus obras citaremos: *Sin familia, La fuerza de un niño, Vivir en grande, En primera clase, Meterse a redentor, La credencial;* pero no son éstas las que le han dado mayor nombre, sino las cómicas: *La bicicleta, Mimí, Caridad, El dúo de la Africana, La viejecita, Gigantes y cabezudos.*

B.

LUIS DE EGUÍLAZ

SANLÚCAR DE BARRAMEDA, 1830. MADRID, 1874.

Eguílaz constituyó durante los años 1850 a 1870 el *desideratum* en punto a desarrollar en el Teatro el precepto de Horacio *instruir deleitando;* su obra

Verdades amargas, que inició sus legítimos triunfos en 1858, *La cruz del matrimonio, Las prohibiciones, Los soldados de plomo* y otras semejantes plantearon interesantes problemas de la vida social, sin el aparatoso equipaje de las enrevesadas

tesis, verbo obligado de muchos autores modernos, sobre todo de los países del Norte, problemas resueltos con sencillez y verdad, al alcance de todos, y por medios humanos, agradables y sugestivos.

Sus comedias y sus dramas fueron un modelo perfecto en su género, y los espectadores, después de pasar en el teatro una gran velada, llevaban un plácido recuerdo, útiles y provechosas enseñanzas. También merecen especial mención sus obras *Las querellas del Rey Sabio* y *La Vaquera de la Finojosa*, escritas en la antigua fabla castellana, que proporcionaron señalados triunfos al autor.

La labor de Eguílaz, que empezó en Jerez, cuando contaba catorce años, con la comedia *Por dinero baila el perro*, siguió en Madrid, donde fué a estudiar la carrera de leyes, protegido en sus comienzos por el insigne literato D. Eugenio de Ochoa, y de sus frutos puede juzgarse por la enumeración de las siguientes producciones, todas aplaudidas y entonces representadas con mucha frecuencia.

Una broma de Quevedo, Alarcón, El caballero del milagro, La vida de Juan Soldado, Grazalema, Una aventura de Tirso, Mentiras dulces, El padre de los pobres, Santiago y a ellos, La llave de oro, El Patriarca del Turia, Los crepúsculos, La convalecencia, Una Virgen de Murillo, Entre todas las mujeres, Los encantos de Brija, Quiero y no puedo, La payesa de Sarriá, Lope de Rueda, Mariana la barhí, y las zarzuelas *El molinero de Subiza* y *El salto del pasiego*.

Otras quedaron inéditas o sin terminar, como *La niña de los jazmines, San Fernando, Roncesvalles, No basta, Los lumeiros de Galicia, La guitarra de Espinel*, etc.

Eguílaz estuvo siempre absorbido por el Teatro, y sus obras dramáticas, de perfecto lenguaje, de gran sentido moral, difundieron en aquella sociedad los exquisitos sentimientos en que rebosaba su alma, acrecentando dulcemente en sus oyentes los más elevados conceptos de la virtud y el honor.

Escribió algunas novelas, y muchas composiciones sueltas en prosa y verso, pero su característica fué siempre la escena española.

No figuró como hombre público; desempeñó únicamente el cargo de Jefe del Archivo histórico nacional.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

SEVILLA, 1821. MADRID, 1888.

Voy a bosquejar la obra magna de un fenómeno literario, según la estupenda labor que llevó a cabo durante el curso de su agitada vida.

Nació en Sevilla en 1821 y pronto hizo la competencia a Alejandro Dumas escribiendo novela tras novela, apasionadas muchas, todas de relevante interés.

A los catorce años publicó su primer libro, a los veinte se representó su primer drama *El Bastardo y el Rey*.

No fué tan afluente en su labor teatral como en la novela y la poesía, pues si en la primera alcanzó

una pasmosa fecundidad, en la segunda reveló brillante inspiración; pueden citarse, empero, sus obras *El Cid* y *Aventuras imperiales*.

Aunque algo adulterada, divulgó nuestra historia en forma tal, que la hizo accesible a todo el

mundo y muchas personas de limitada instrucción han sabido por sus novelas la historia de reyes y magnates, el curso de muchos acontecimientos que hubieran ignorado sin el interés que Fernández y González sabía infiltrar en todas sus producciones. Entre el sinnúmero de ellas recordamos *Men Rodríguez de Sanabria, Martín Gil, El Condestable, Don Alvaro de Luna, El laurel de siete siglos, La mancha de sangre, Los hermanos Plantagenet, Un horóscopo real* y sobre todo, su gran obra *El cocinero de Su Majestad.*

Vivió siempre como un bohemio en medio del desorden más completo, ganó el dinero a montones, y lo gastó aún con mayor facilidad; de modo que con frecuencia pasaba rápidamente del lujo a la miseria. Llegó a tener diez perros, y un hombre de tan gran talento cometió inauditas extravagancias, muchas de ellas debidas a su ingénita vanidad.

El Emperador del Brasil, que era entusiasta acérrimo del novelista, quiso llevarle a su tierra, asegurándole su sustento y bienestar, pero nuestro andaluz bien se hallaba con fortuna o sin ella en España y no quiso emigrar de su país.

A su muerte, ocurrida en Madrid en 1888, en la calle del Amor de Dios, el Ateneo quiso pagar un tributo de admiración hacia tan peregrino ingenio como fenomenal bohemio, y le hizo un suntuoso entierro, después de mandar embalsamar su cadáver; el Municipio de Madrid ha dado su nombre a una de las calles cercanas al Teatro Español.

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN

MADRID, 1760. PARÍS, 1828.

Moratín fué el precursor del renacimiento dramático del pasado siglo en España con sus selectas producciones, y su obra maestra *Orígenes del Teatro español.*

Fué una eminencia literaria, y hubiese sido también un buen patricio a no seguir por agradecimiento a Godoy, en su campaña anti-española para entregar nuestra patria al coloso francés, grande en todo, menos en las perfidias sugeridas por su insaciable ambición. Pero Moratín había recibido muchas mercedes del valido de Carlos IV y hubo de secundarle en el favor y en la desgracia, pues hasta cuando en 1814 Fernando VII quiso rehabilitarle, prefirió emigrar a Francia, regresando a Barcelona en 1820, de la que hubo de salir por el azote de la fiebre amarilla, trasladándose después a Burdeos, y luego a París donde murió en 1828.

Hay que consignar en su favor, que su carácter de afrancesado valió a muchos españoles la libertad, pues su eficacia logró redimir a bastantes prisioneros de los franceses.

D. Leandro heredó de su padre no sólo su biblioteca de literato sino sus dotes intelectuales, y muy joven obtuvo valiosos premios por sus meritísimos trabajos, entre ellos *La toma de Granada* y la *Sátira contra los vicios de la poesía.*

Fué Secretario del Conde de Cabarrús, en Francia, lo que inició al joven Leandro en sus aficiones hacia la nación vecina, y le hizo estudiar a fondo el Teatro de Molière, escribiendo después el folleto *La derrota de los pedantes* y la *Oda* a la proclamación de Carlos IV.

Fué Secretario de la interpretación de lenguas, y no aceptó la dirección de Teatros para consagrarse de lleno a la literatura, sobre todo a la dramática, para la que sentía especial predilección.

Llevado de estas aficiones recorrió Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Suiza e Italia, para estudiar el Teatro en esas naciones, y en Bolonia escribió las impresiones recogidas, con un espíritu conspicuo y observador.

Las producciones dramáticas que a su patria ha legado tan eximio escritor constituyen otras tantas obras maestras, que pueden compararse con las mejores de nuestro teatro clásico.

Citaremos *El viejo y la niña, La comedia nueva o el Café, El Barón, La mogigata* y *El sí de las*

niñas. Además sus traducciones de Molière *El médico a palos* y *La escuela de los maridos*, y otra de Shakespeare *Macbeth*.

En 1853 sus restos fueron trasladados de París a la iglesia de San Isidro, de Madrid.

CARLOS FRONTAURA Y VÁZQUEZ

MADRID, 1834. MADRID, 1913.

Este donoso pintor de costumbres, émulo y algunas veces más insinuante que Larra y Mesonero Romanos, fué periodista, dramaturgo, cuentista y novelista.

Redactor en Madrid de periódicos políticos, afiliado al partido conservador, ocupó varios cargos oficiales, entre ellos el de Gobernador Civil y Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros.

Residió mucho tiempo en Barcelona, donde fundó y dirigió *El Principado* y otros periódicos conservadores, defendiendo con brío a su partido.

Pero su más genuína aureola la alcanzó en el estudio y la crítica de las costumbres de la época, fustigando con gracia y sutileza todo lo cursi que observaba en los magnates como en los plebeyos; sus finas sátiras y sus originales agudezas hacían brotar la risa aun en las personas más melancólicas, y su festivo periódico *El Cascabel* le hizo popular y aún rico durante algunos años; pero la vena y el éxito tienen sus quiebras, y también las

tuvo él, desapareciendo la llamarada de virutas que le había hecho propietario, con la decadencia de su periódico, al declinar la generación que él había pintado con tan vivos colores, y que se había regocijado con la fecunda inventiva de Frontaura, siempre original y oportuna, ática

unas veces, amarga otras, pero siempre rebosante de gracejo.

Del periódico pasó al escenario, y allí en su género característico, se hizo aplaudir en *Las tres rosas*, *El maestro de Ocaña*, *Un caballero particular*, *En las astas del toro*, etc.

Publicó muchos libros, entre otros su celebrada obra *Las Tiendas*, *Los sermones de D.ª Paquita*, *Las Madres*, *El viaje cómico a la Exposición de*

París, Tipos madrileños, alguna de ellas en colaboración con su amigo Teodoro Guerrero, y ayudó con entusiasmo a López Fabra en la reproducción de la primera edición del *Quijote;* también se dedicó a la literatura infantil, y alcanzó gran éxito su periódico *Los Niños*, que publicó durante muchos años, primero en Madrid y después en Barcelona; y suyas son las obritas infantiles *Venturas y desventuras de Rosita, El sueño de Navidad, Cuadros infantiles, Cuentos de la niñez, Se cogen más moscas con una cucharada de miel qne con un tonel de vinagre.*

Frontaura era alto y desgarbado; veía con certera mirada la parte ridícula de sus coetáneos, y al ponerla de manifiesto hacía reir hasta a los que ponía en caricatura; su trato era afable, su carácter apacible, y cuantos nos honramos con su amistad le recordamos con cariño; el efusivo abrazo que recibió el autor de estas líneas al visitarle por última vez en la delegación de *La Previsión Nacional*, honroso retiro que le deparó el primer Marqués de Comillas, no se ha borrado jamás de su memoria, y fué el sello de una larga y cordial amistad.

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

CHICLANA (CÁDIZ), 1812. MADRID, 1884.

Sus padres le matricularon en el colegio de Medicina de Cádiz, pero sus aficiones literarias se avenían poco con la terapéutica y la patología, y le llevaban a versificar y hasta a escribir las producciones dramáticas *El caballero de industria*, *Peor es urgallo o el Don Quijote con faldas*, que no se llegaron a representar.

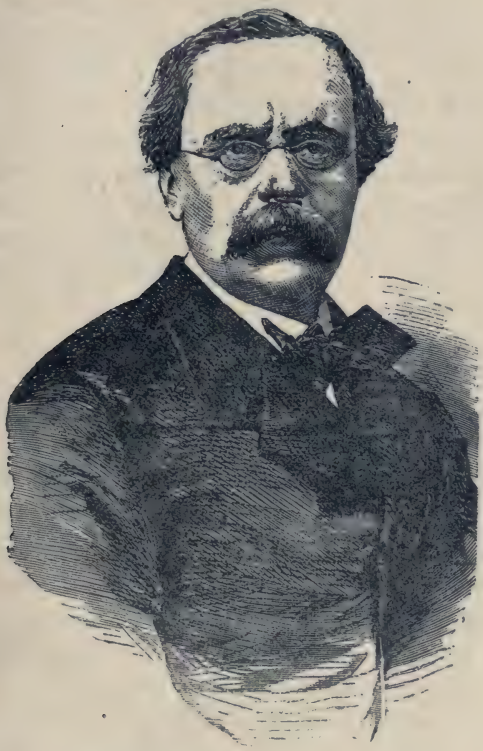
Dos años hizo como si estudiase, pero al fin colgó los hábitos y fuese a Madrid, en busca de un ambiente adecuado a sus aficiones y aptitudes.

Escribió en la *Revista Española* y en la *Abeja*, y Grimaldi, el Mecenas de los genios dramáticos de aquella época le encargó la traducción de *El Cuakero* y *la cómica*, *El Vampiro*, y *Batilde o la América del Norte*, originales de Scribe, pero como atravesaba una situación muy precaria, sentó plaza de soldado en 1835 y fué destinado al Depósito de Leganés.

García Gutiérrez fué uno de los primeros románticos de aquel tiempo, y esta tendencia descuella en la mayor parte de sus obras.

Había escrito para el teatro del Príncipe un drama titulado *El Trovador*, cuyo manuscrito estaba arrinconado como cosa inútil o baladí en el archivo de aquel teatro, hasta que D. Antonio

de Guzmán lo leyó atentamente, adivinando el efecto que había de producir en el público la preterida obra de tan novel autor.



En la noche del 1.º de marzo de 1836 se representaba por primera vez *El Trovador*, por don Carlos Latorre y D.ª Concepción Rodríguez, y el numeroso público que asistía al espectáculo subyugado por la novedad y por el genio que descubría el nuevo drama romántico, aplaudía

frenéticamente, obligando al autor a salir al proscenio, introduciendo una costumbre que no tenía precedente en el teatro.

Aumentaba el entusiasmo y la curiosidad del público la especie que corría atribuyendo la paternidad de la obra a un joven soldado de Leganés, así es que, al aparecer en escena, con el traje que le prestó Ventura de la Vega, que se hallaba entre bastidores, la ovación que se le tributó fué grande y estruendosa, cimentando la base de su carrera dramática, tras las penurias porque había pasado desde que abandonó Cádiz para trasladarse a Madrid.

Mendizábal le hizo dar la licencia absoluta y se constituyó su protector.

Desde entonces dió rienda suelta a su imaginación, de la que brotaron setenta y dos obras, muchas de ellas de tanto meollo como *El Trovador*, algunas de las cuales aún perduran a través de los tiempos y del cambio de gustos y costumbres.

Entre ellas figuran *El Paje, El Rey Monje, Simón Bocanegra, Efectos de odio y de amor, Los millonarios, La mujer valerosa, Un duelo a muerte, Las cañas se vuelvan lanzas, Juan Lorenzo, La Criolla, Eclipse parcial, Azón Visconti, Dos coronas, Venganza catalana*, casi de tanta resonancia en su estreno como *El Trovador, Doña Urraca de Castilla, Nobleza obliga, El buen caballero, Crisálida y Mariposa, Cuento de niños, Magdalena, Sendas opuestas, El Conde y el condenado, Cegar para ver, El grano de arena, El Grumete, El tesoro del Rey, Llamada y tropa.*

Escribió muchas poesías, debiendo señalar como muy notorias *Luz y tinieblas*, *Hernán Cortés* y *El duende de Valladolid*.

Perteneció a la carrera consular, fué director del museo Arqueológico, e individuo de la Academia española.

De 1844 a 1850 estuvo en América, principalmente en la Habana y en Mérida de Yucatán.

Su entierro fué la apoteosis de la gloria, si modesto y bondadoso, afable y simpático, genial en sus concepciones, y fecundo en la grande labor que llevó a cabo.

ENRIQUE GASPAR

VALENCIA.

Enrique Gaspar perteneció a la carrera consular, lo que no le impidió demostrar sus aficiones y aptitudes como escritor dramático, dedicando sus ratos de vagar a componer obras para la escena, que sacudieron al público, acostumbrado al sentimentalismo entonces dominante en el teatro, por cierto muy del gusto de la época. Gaspar creía que la prosa debía imperar sobre el verso en la escena para que hubiese realidad hasta en el lenguaje; creencia que no compartimos, pues tienen sonido más vibrante las monedas de oro que las de plata y las de cobre, y en el teatro debe hacerse vibrar el oro de los ideales.

Su comedia *Las Circunstancias* produjo honda impresión, causada por aquellos personajes sacados de la realidad, que Gaspar exhibía al público tal como la veía. Cierto que la realidad es a veces fea, feísima, repugnante, pero el autor ha de aprovechar lo feo para dar realce a lo bello, que es lo que más abunda, para que la sombra aumente la intensidad de la luz. En *Las Circunstancias*, comedia estrenada en 1867, Gaspar presenta a unos tutores que despojan sobre seguro de su herencia a una pobre joven a quien fingen amparar, pero no sin recibir el merecido castigo. Alentado por el éxito escribió *La levita*, también recibida con ruidoso aplauso, que lo tuvo estrepitoso en los teatros de provincias, y tras ella dió a la escena *Don Ramón y el Señor Ramón*, *La cancanomanía* y *El Estómago*, en las que sigue los mismos procedimientos, que no abandona en *Lola*, representada en 1885, y acentúa en *Las personas decentes*, comedia estrenada en 1890, que es, como ha dicho el P. Blanco García, «alegato formidable contra las costumbres de la sociedad, baraja de naipes salpicados de cieno; generalización sistemática del vicio que abunda, sí, y contagia como virus ponzoñoso, pero no tanto como supone el autor de la comedia». El talento de Enrique Gaspar es innegable, pero se hubiera manifestado con más brillantez si no lo hubiese encerrado «en las prisiones de un molde único y convencional». Hay en sus comedias sobriedad, y obtiene los efectos escénicos sin forzarlos, a veces con una frase, como sucede en una escena culminante de *Las Circuns-*

tancias. Tuvo una época de gran popularidad, que no duró, no por falta de mérito, sino por haberlo encerrado en un molde único y convencional.

B.

ANTONIO GIL Y ZÁRATE

SAN ILDEFONSO (LA GRANJA), 1783. MADRID, 1861.

Hijo fué del notable autor D. Bernardo Gil, quien seguía a la Corte en sus jornadas, en los Sitios reales y de doña Antonia Zárate, reemplazada después por D.ª Antera Baus, que resultó madre amantísima de Antonio.

El discutido y aun perseguido autor de *Carlos II el hechizado*, era hombre apacible, ordenado, laborioso, reflexivo, de firme juicio y clarísima inteligencia.

Educado e instruído en París, donde casi olvidó la lengua española, algo debió participar de los enciclopedistas del siglo XVIII y del espíritu racionalista que allí privaba, todo lo cual había de chocar con las corrientes ultramontanas que privaron aquí hasta mediados del siglo, lo que no

empece para que Gil y Zárate fuera excluído del Consejo Real cuando pasó a ser Consejo de Estado, por sus ideas moderadas, inspirando sus actos en un sentido perfectamente moral, y para que muriera con todos los auxilios de la religión católica.

Cuando regresó de Francia lo hubiera pasado mal si Argüelles no le hubiese deparado un modesto destino en Gobernación, dando luego lecciones de francés, idioma que poseía a maravilla, y andando los tiempos brilló ya en los altos cargos del Estado, siendo Director general de Instrucción pública, de Comercio y Obras públicas, Subsecretario de Gobernación y Vocal del Consejo Real.

Sus talentos le llevaron a la Academia española y a la de Nobles Artes de San Fernando, en cuyas tareas tomó una intensa participación.

Escribió además su clásico *Manual de literatura*, *La Instrucción pública en España*, colaborando activamente en muchos diarios y revistas.

Pero donde la figura de Gil y Zárate se dibuja con más relieve es en el teatro, para el que sentía irresistible vocación, y tenía una incuestionable aptitud, inspirándose en la primera época en el clasicismo francés y después en el romanticismo que entonces privaba.

Fué su primer ensayo, en 1825, su comedia *El entrometido*, a las que siguieron *Cecilia la cieguecita*, *Un monarca y su privado*, *Don Trifón*, *¡ Todo por el dinero !*, *Un amigo en candelero*, originales y tra-

ducidas *¡ Cuidado con las novias !*, *Un año después de la boda* y *Don Pedro de Portugal*.

Escribió los dramas *Carlos II el hechizado*, *Don Alvaro de Luna*, *Masanielo*, *Matilde o a un tiempo dama y esposa*, *Raimunda*, *Guzmán el bueno*, *La familia de Falkland*, *Guillermo Tell*, *El Gran Capitán*, y las tragedias *Don Rodrigo, último Rey de los godos* y *Doña Blanca de Navarra*, prohibidas éstas por la censura.

Había en aquel entonces un Padre Carrillo, inspirado en rancias y algunas veces erróneas ideas, quien puso la proa a nuestro D. Antonio, ocasionando gran revuelo con la prohibición del *Carlos II*, de las dos tragedias dichas, y con las traducciones de *Artaxerces*, de *Etienne Delrrieu* y *Le Czar Demetrius* de Leon Halevy, que no pudieron representarse.

¡Oh mudanzas de los tiempos! Entonces el padre Carrillo, si con escasa aptitud, con celo suponemos de buena fe prohibía por escrúpulos de monja, y hoy, después de medio siglo o poco más, falta hiciera una inteligente revisión para evitar que la escena española se degrade con licencias y se empequeñezca con vaciedades de mal gusto y de peor género.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

PUERTO PRÍNCIPE, 1816. MADRID, 1873.

Tula Avellaneda, como se llamaba en su época a la bella cubana, ha sido una figura de primer orden en la literatura española, y sus dramas y sus versos y sus novelas brillan con fulgente inspiración y con estilo más varonil que femenino.

Ha sido calificada de Melpómene española y de heredera de la lira de Fray Luis de León, haciendo exclamar a Hartzenbusch en 1844 en el estreno de su famoso drama *Alfonso Munio*, en el coliseo de la Cruz: «Es mucho hombre esta mujer,» por lo varonil de sus conceptos y su lenguaje.

Asombro y admiración causó esta producción dramática, y años más tarde, en 1858 su drama oriental *Baltasar* vino a sancionar su gloria, proclamada por dos generaciones.

Fecunda fué su labor destinada al teatro, pues entre esos dos portentos dió a la escena, entre

otras, las siguientes producciones: *El príncipe de Viana, Egilones,* escrito para Bárbara Lamadrid, *Los oráculos de Talía o los duendes en palacio, Saúl, Recaredo, La verdad vence apariencias, Errores del corazón, El donativo del diablo, La hija de las flores, La aventurera, Hortensia, La sonámbula, La hija del Rey René, Simpatía y antipatía, Leoncia* y *Los tres amores.*

Su estro literario se reveló tempranamente, pues a los seis años escribió una poesía con motivo de la muerte de su padre.

Dióse a conocer más tarde en Cuba con el pseudónimo de la *Peregrina,* de modo que, al venir a España en 1836, eran ya conocidas y celebradas sus composiciones en prosa y en verso.

De 1836 a 1840 estuvo en la Coruña, en Cádiz y Sevilla, y en 1840 se instaló definitivamente en Madrid.

Imposible sería dar cuenta de todos sus escritos en revistas, periódicos y certámenes, sus novelas y obras amenas, pues fecundizó la española literatura con raudales de ingenio y de poesía.

Suyas son las novelas *Guatimocin, Dolores, Dos Mujeres, El espatolino, La velada del helecho, El mulato Sab, El artista, El barquero,* y otras muchas, un Diccionario muy completo, en prosa y verso, *España contemporánea,* que publicó en París, y el *Album de lo bueno y de lo bello,* que vió la luz en la Habana, y al retirarse a Sevilla, después de su segunda viudez, coleccionó sus principales obras en un tomo que tiene honroso lugar en la Biblioteca de Rivadeneyra, al lado de nuestros clásicos.

Escribió una oda para la coronación de Quintana, y a su vez fué coronada en los Liceos de Madrid y de la Habana; cuya ciudad quiso en 1863 honrar a la hija ilustre de la perla de las Antillas, honra a la vez de aquella rica presea arrancada a la patria de Isabel I y Carlos V.

La Avellaneda casó dos veces, la primera en 1846 con D. Pedro Sabater, diputado y jefe político de Madrid, quien murió a los ocho meses tras cruenta enfermedad, guardando la viuda riguroso luto durante un año en el Convento de Loreto, de Burdeos; en 1855 contrajo nuevas nupcias con el coronel de Artillería D. Domingo Verdugo, quien la dejó viuda otra vez.

Sic transit gloria mundi. La que en vida se vió aplaudida, festejada, encomiada y aun coronada, fué enterrada con gran modestia, acompañando una docena de personas su cadáver al Camposanto.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

MADRID, 1805. MADRID, 1880.

Hijo fué de un ebanista alemán avecindado en Madrid, y no habiéndose sentido con vocación eclesiástica para ingresar en el Seminario, según deseos de sus padres, a ebanista se consagró, sin perjuicio de estudiar con gran pericia la taquigrafía, de borronear muchos versos y traducir algunas comedias del francés.

Por su aptitud para la taquigrafía obtuvo en 1835 un destinillo en la Redacción de la *Gaceta de Madrid*, y desde entonces el artesano cesó en una tarea que no le era propia para desplegar sus alas el genio en los varios ramos literarios en que demostró sus dotes y su laboriosidad.

Como dramático, tras el estupendo éxito de *Los amantes de Teruel* en 1837, escribió entre otras producciones, *D.ª Mencia, El bachiller Mendarias, D. Alfonso el Casto, La coja y el encogido, Juan de las Viñas, La jura en Santa Gadea, La visionaria, La madre de Pelayo, La ley de raza, La archiduquesita, Vida por honra, El mal apóstol y el buen ladrón, Eliodora o el amor enamorado, Honoria, Jugar por tabla*, y otras muchas, habiendo sido silbado estrepitosamente el ensayo que precedió al famoso drama de los amantes aragoneses, que ha servido a Bretón para hacer una ópera, muy favorablemente acogida.

Se distinguió Hartzenbusch en los argumentos festivos, a que se aplicó la magia, para regocijo de grandes y pequeños; siendo suyas *Los polvos de la madre Celestina* y *La redoma encantada*.

Fué Hartzenbusch no sólo poeta y dramático, sino un filólogo de primer orden, perito en cuanto a lenguaje y literatura se refiere.

Escribió fábulas muy ingeniosas y cuentos muy amenos, poesías y artículos en diarios y revistas, anotó el *Quijote*, dejando inéditas cinco mil notas, publicó varias Memorias de la Biblioteca Nacional, donde entró como oficial y luego fué su Director, y en la notable Biblioteca de Rivadeneyra, coleccionó, anotó y escribió concienzudos prólogos para las obras de nuestros clásicos.

Su dominio de la lengua castellana y de sus etimologías le llevó a la Academia Española y a escribir sustanciosos discursos sobre incidencias de nuestro idioma.

Fué también pedagogo, desempeñando la dirección de la Escuela Normal Central y formando parte del Real Consejo de Instrucción pública.

En resumen, el incipiente ebanista llegó por su talento y su asiduo estudio a ser dramaturgo, filólogo, literato, fabulista, pedagogo, uniendo la austeridad de la ciencia con lo festivo de sus cuentos y comedias de magia, constituyendo al fin una legítima gloria española.

LUIS MARIANO DE LARRA

Madrid, 1830.

Fué su padre el célebre *Fígaro*, y tuvo predilección por el género festivo, escogiendo para sus comedias los asuntos que a él más se acomodasen, que le eran más gratos que los dramáticos; pero alguna vez los trató sin evitar el falso sentimen-

talismo, muy del agrado del público, al que se acudía para producir el efecto deseado. Mucho escribió, recogiendo abundante cosecha de aplausos, pasando sus obras de Madrid a provincias sin que menguara el éxito. La que mayor lo tuvo fué *La Oración de la tarde*, drama que emocionó por su desarrollo, en el cual se preconiza y enaltece el perdón y olvido de las injurias. ¡Ojalá sentimientos tan nobles inspiraran siempre a los autores dramáticos, en bien de la moral y provecho y decoro del arte escénico! Enrique Pérez Escrich había hecho representar *El Cura de Aldea* antes que Larra *La Oración de la tarde*, y como tuviera semejanza la tesis se acusó a Larra de plagiario. Plagio es difícil no hallarlo en obra alguna, porque otros anteriormente pensaron y escribieron y coincidieron; pero si a eso se llama plagio, también lo es el murmullo de las olas, siempre el mismo, porque no puede ser otra cosa, pero nunca completamente igual. Contienda literaria hubo sob e el asunto, mas a la postre quedó demostrado que para ella no había motivo.

Luis Mariano de Larra se sintió atraído, como otros autores, algunos de mucho fuste, por la zarzuela, entonces en gran predicamento, y escribió libretos para la música de compositores notables. Demostró en el de *La Conquista de Madrid* que la zarzuela se presta a todos los géneros, incluso el serio y hasta el trágico, pero el cómico es el que predomina en los libretos de Luis Mariano de Larra; pudiendo citar entre las más aplaudidas *El Barberillo de Lavapiés*, que convirtió en bar-

bería todos los teatros de provincia después de haber sido ruidosamente celebrado en Madrid. El autor veía bien los tipos populares; sabía algo de sus costumbres, y con bastante romanticismo les hacía pisar la escena, de manera que resultasen gratos al público, enalteciendo sus buenas cualidades. Aun no se había llegado a la degeneración actual del género pequeño, ya convertido en ínfimo.

B.

MANUEL LINARES RIVAS

Triunfador desde que pisó por la primera vez las tablas escénicas, fué cimentando luego su fama de autor dramático — en los años primeros del siglo corriente — con obras que se titulan: *El Abolengo, La Cizaña, Nido de águilas, Aires de fuera*... y otras muchas de igual o de superior

valor artístico. El teatro de Linares Rivas, como también el de otros autores de los tiempos que hemos alcanzado, y aun más tal vez que todos ellos, se caracteriza por el afán de satirizar, no siempre con intención bien dirigida, principios y costumbres sociales que merecieran mayores miramientos y consideración más rendida; sin embargo, en la mayoría de sus comedias, este autor se hace perdonar por los públicos el pecado que acabamos de señalar, a fuerza de la brillantez de forma y de las galas de lenguaje con que viste y reviste sus obras, encubriendo a veces lo endeble de los caracteres y lo ilógico de la trama dramática.

P.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

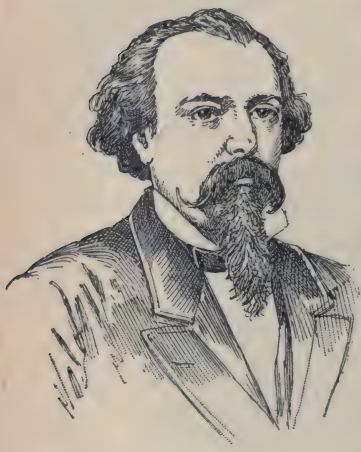
GUADALCANAL (SEVILLA), 1829. MADRID, 1879.

Este poeta romántico, cuyo físico recordaba la corte de Felipe IV, fué un gran genio, honra de España, pero a la vez un carácter turbulento y desigual, que unas veces le llevaba a grandes energías y otras a una pesada inercia.

Hizo muy mal sus estudios de Derecho, pues su afición a los bastidores de los teatros no le daba vagar para concurrir a las aulas, y hubiera sufrido grandes descalabros en los exámenes si por la simpatía que inspiraba su talento no le hubiesen salvado sus catedráticos llamando al genio

para que esplayara libremente sus dotes, fuera o no pertinente a la asignatura que pretendía se le aprobase.

Capitaneó todas las algaradas estudiantiles, y fué en suma un modelo de desaplicación, descollando, sin embargo, por sus relevantes dotes intelectuales.



Mas que el foro fué el teatro el lugar donde brilló con fulgurante luz, empezando por el éxito de *El hombre de Estado*, llegando al zenit en *El tanto por ciento*, en cuya producción supo trasladar a la escena con rara fidelidad el ambiente de aquella época, y terminando con su magistral *Consuelo*, apoteosis de su gloria.

No fué mucha la labor por él producida, pero toda selecta y radiante de vida e inspiración.

Escribió *Los dos Guzmanes*, *El tejado de vidrio*, *Rioja*, *Guerra a muerte*, *El curioso impertinente*, *El nuevo D. Juan*, *El Conde de Castilla* y *Los Comuneros*, cuya representación fué prohibida por sus atrevimientos políticos.

Fué tal la explosión de entusiasmo que despertó el estreno de *El tanto por ciento*, que por suscripción popular se le regaló una corona de oro, que él, en un rasgo de poeta, destinó a su

amantísima madre, y además un precioso Album que le dedicaron los más ilustres poetas, Album que él tenía en gran estima.

En el bienio de 1854 a 1856 formó parte de la Redacción del famoso *Padre Cobos*, derramando en él toda la sal y pimienta que rebosaban de su pluma; en una ocasión le denunciaron unos versos, que redució a prosa y publicó en varios periódicos, logrando ser absuelto porque no podían condenar por ser verso lo que había circulado libremente en prosa.

Ayala llegó a ser político notable a pesar de sus tendencias románticas y poéticas; diputado varias veces, desde 1857 y desterrado a Cádiz en 1867, contribuyó a la Revolución de 1868, escribiendo su célebre Manifiesto; también Ministro, sin que aplicara al cargo sus relevantes dotes y excepcionales cualidades, pues era tal la inercia que le dominaba, que dictaba a otro Ministro, tendido él en un sofá el discurso de la Corona.

Halló la plenitud de su gloria en la Presidencia del Congreso; nunca se olvidará su discurso de toma de posesión, y su oración fúnebre a la muerte de la malograda Reina Mercedes, modelo de elocuencia, de sentimiento y poesía.

A su muerte, Madrid y España entera se dolieron de la pérdida que la Nación acababa de sufrir, y su entierro tuvo los caracteres de una solemnidad majestuosa y nacional.

TOMÁS LUCEÑO Y BECERRA

MADRID, 1844.

Este autor, al dejar las cuartillas de taquígrafo del Senado, ha cogido otras algunas veces para escribir comedias, mereciendo ser contado entre aquellos que hacen reir sin acudir a la grosería, y obtienen aplausos por medio del chiste espontáneo, sin valerse de recursos que toda persona decente condena. Además del cargo de taquígrafo, que por oposición se obtiene, pues para tal faena no valen recomendaciones, porque necesario es demostrar que se tiene mano suelta para recoger los discursos de los senadores, tuvo un destino en el Ministerio de Ultramar; y apreciar debía a Luceño el famoso don Adelardo López de Ayala, pues cuando fué Ministro de aquel departamento le encargó su Secretaría particular, puesto muy delicado y que sólo se confía a personas de reconocidas dotes intelectuales y personales.

En 1870 dió su primer sainete al teatro, y el éxito que obtuvo la obra le animó a seguir escri-

biendo. No es Luceño autor de altos vuelos, pero sí discreto, lo que constituye mérito que, por desgracia, pocos tienen en los tiempos que corremos, lo que le hace más digno de aplauso. Puesto que de un sainetero hablamos, digamos que el sainete deriva del entremés y tiene estrechas relaciones con el pasillo. En lo antiguo fueron apellidados entremeses las máscaras y mojigangas que recorrían las calles en ciertas festividades públicas. Hoy es el entremés composición literaria semejante al sainete, pero éste suele representarse al acabar la comedia, y aquél antes de ella. El pasillo se distingue por su sencillez, pues por lo regular sólo intervienen en él dos, tres o cuatro personajes, desarrollándose la acción en pocos momentos. Juan de la Encina tituló *églogas* a los suyos. Es gracioso el *Paso de las Aceitunas*, de Lope de Rueda.

Terminaremos citando algunas de las obras de Luceño: *El Teatro moderno*, *Enfermedades reinantes*, *Juicio de exenciones*, *¡A perro chico!*, *Un domingo en el Rastro*, *Fiesta nacional*, en colaboración con Javier de Burgos, *¡Hoy sale, hoy!*, *¡Bateo! ¡Bateo!*, *Pavo y turrón*, también ésta en colaboración con Burgos; *El corral de las comedias*, *Ultramarinos*, *Los portales de la plaza*, *Amen*, o *el ilustre enfermo*, y *Las recomendaciones*. Unas pocas son libretos, a los que pusieron música Barbieri, Chueca, Valverde y Julianito Romea. En la labor literaria de Luceño hay cuadros de vivo color, chistes discretos que excitan la risa sin medios violentos, espontaneidad, castiza manera de decir y animados detalles.

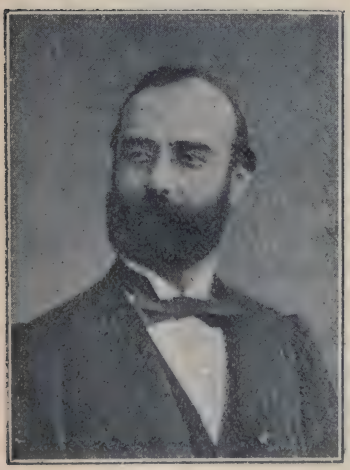
B.

JOSÉ MARCO Y SANCHIS

VALENCIA, 1830. MADRID, 1895.

Marco reveló en sus comedias que conocía el teatro y sabía la manera de que el efecto no se quedase en la escena, y pasando las candilejas llegase al público. Son muchos los autores que fracasan por no tener eso en cuenta, porque aunque produzcan obras notables, si no reunen las condiciones que el teatro exige, el público las oye y las ve, pero no siente.

En las comedias de Marco no se encuentran lirismos. El estilo no es en ellas lo principal, pues de la forma prescinde hasta tal punto, que a veces llega a ser el lenguaje prosaicamente familiar; pero los defectos están atenuados por la soltura del diálogo, por los autores deseada, mas no por todos alcanzada; por su habilidad en concebir y desarrollar el plan, cuidando de que resulte harmónico el conjunto, y por cierto gracejo, que si no abunda, es culto. En alguna de sus producciones, como en *Los conocimientos*, el naturalismo no es exagerado, sino



exacto, y las escenas variadas, sucediéndose con espontánea y agradable rapidez.

Hay, por lo regular, propensión a exagerar, de lo que dimanan personajes que no encajan, resultando de la exageración trazos de caricatura, a la que demostró propensión el autor. También suele haber buena dosis de candidez en sus personajes.

Bastantes fueron las comedias que escribió, desde *El peor enemigo*, que fué su estreno. Citaremos *Libertad en la cadena*, *¡Cómo ha de ser!*, *Los flacos*, *El Manicomio modelo*, *La pava trufada*, *A pesca de un marido*, *¿Se puede?*, *Los conocimientos* y *Roberto el diablo*. *El sol de invierno* fué una de las que más éxito tuvieron.

Marco comenzó a dar obras al teatro en época de penuria, pues Bretón de los Herreros había muerto; Ayala tenía cerrado el tintero; Eguílaz no producía; Narciso Serra, postrado por la enfermedad, ya no buscaba distracción escribiendo comedias, y Tamayo seguía apartado de la escena. Entonces fué cuando la comedia obtuvo la preferencia de los autores, porque si no se sentían con fuerzas para hacer llorar, creían tenerlas para hacer reir. ¡Ojalá estuviera la comedia en los tiempos de Marco, en cuyas obras suele haber cierta intención moral!

B.

EDUARDO MARQUINA

Aunque nacido en tierras catalanas y educado en ellas, buscó Marquina, poeta lírico de grandes vuelos, en la lengua castellana ropaje más apropiado a sus grandilocuentes inspiraciones poéticas.

A principios del siglo que corremos comenzaron a ser sus versos conocidos y apreciados de las gentes y trasladándose a Madrid, medio mucho más apropiado para el feliz desarrollo de su naturaleza poética, empezó a escribir para el teatro con escasa fortuna en un principio, aunque de este su primer período hay que recordar la zarzuela *Agua mansa* y el poema dramático *El pastor*, que fué

sin duda mal apreciado por una parte de la crítica, poco dispuesta a veces a reconocer el mérito de los que no han triunfado todavía. Este triunfo lo ganó Marquina con su drama, de fuerte aliento romántico, *Las hijas del Cid*, con el que obtuvo la plena y definitiva consagración de su nombre como autor dramático español, logrando al mismo tiempo desvanecer el error en que muchos estaban de que ya no era posible en nuestros días hablar en verso desde las tablas de un teatro, pues ha demostrado el público hallar gusto muy grande en la representación de esos dramas cuyos personajes, vestidos de brocado o de cota de malla, hablan en romance o en octavas reales. Ha dado luego Marquina, entre otras comedias: *Doña María la Brava*, *En Flandes se ha puesto el sol* y *Cuando florezcan los rosales*, afianzando cada vez más en cada una de ellas su justo renombre de excelente poeta dramático.

P.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Es otro de los modernos novelistas españoles que ha intentado fortuna en el teatro y la ha logrado completa, pues no son pocas las comedias suyas que hoy los públicos aplauden, con mayor o menor entusiasmo, pero siempre con verdadera justicia. No se entregó todo de una vez, sino que dió sus primeros pasos en la escena tímidamente con la publicación de su libro *Teatro de ensueño*, y

después cogido de la mano de un célebre dramaturgo catalán. Luego ha dado con su sola firma numerosas obras, en cada una de las cuales ha ido afirmando con mayor fuerza siempre su propia personalidad; entre todas ellas hemos de citar especialmente: *Vida y dulzura*, *La sombra del padre*, *El ama de la casa*, *Canción de cuna*... La comedia que hemos citado ahora en segundo lugar nos da con exactitud la característica de este autor.

En ella plantéase con cierta valentía uno de los grandes problemas de la vida moderna; se llega en el desarrollo de la fábula a los bordes del abismo y al fin resuélvese el conflicto sin gritos, sin estridencias y dejando lleno de esperanza el corazón. Para el autor de *Canción de cuna* es la vida cosa muy buena y estimable... aunque no del todo exenta de flaquezas, de amarguras y de dolores, todos los cuales empero pueden curarse o suavizarse con el amor que los hombres están obligados a tenerse los unos a los otros. El lenguaje de Martínez Sierra es cuidado y propio siempre, el diálogo es natural y ameno y los tipos y caracteres por él llevados a la escena son vivientes y fuertes.

P.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

GRANADA, 1788. MADRID, 1862.

Casi no pertenece a nuestra época el ilustre granadino, ni tiene extraordinario relieve en el

ciclo de los dramaturgos, pero resulta un astro de tal magnitud, en el curso del pasado siglo, que bien merece ser incluido entre los autores dramáticos contemporáneos quien entretenía a los gadi-

tanos durante el sitio puesto a Cádiz por los franceses con las primicias de sus creaciones.

No es muy extensa su labor en este concepto, pero tiene grande importancia; se reduce a sus tragedias *Edipo y Moraima*, su *Aben-Humeya*, representado en francés en el Teatro de la *Porte Saint Martin* en julio de 1830, y además *La viuda de Padilla*, *Lo que puede un empleo*, su famosa *Conjuración de Venecia*, *La boda y el duelo*, *Los celos infundados* y *El español en Venecia*, todo lo cual constituye un corto pero escogido repertorio.

Fué un literato eminente, como lo revela su *Arte poética*, escrito en el destierro, sus novelas *Hernán Pérez del Pulgar* y *Doña Isabel de Solís*, su obra *El espíritu del siglo*, su *Poema épico en honor de Zaragoza*, el magistral discurso al posesionarse de la presidencia del Instituto francés; en sus poesías, flores de exquisito color y exuberante aroma, y hasta en *El libro de los niños*, que ha perdurado en las Escuelas medio siglo después de la muerte de su autor.

Esos méritos literarios le llevaron a la dirección perpétua de la Academia de la Historia, a la presidencia del Consejo de Instrucción pública, y a la del Ateneo de Madrid.

Martínez de la Rosa poeta, historiador y dramaturgo tendría ya derecho a la admiración de sus coetáneos, dejando para el porvenir un radiante esplendor, pero su acción política, su bri-

llante oratoria le colocan entre los primates de la España del siglo XIX.

Como la índole de este libro no nos permite luengos comentarios acerca de este aspecto de la vida de tal prohombre, resumiremos su actuación política y diplomática.

Abogado a los veinte años, regenta luego una cátedra de Filosofía, y al estallar la guerra de la Independencia, siendo aun menor de edad, recibe de la Junta suprema de Cádiz el encargo de negociar con los ingleses en Gibraltar, para obtener su cooperación contra la invasión de Napoleón.

En 1810 va a Inglaterra a estudiar sus instituciones políticas, en 1812 a las Cortes, figurando en el partido más avanzado; se reintegra en el trono Fernando VII, y Martínez de la Rosa es perseguido y aun llevado a los presidios de Africa, mas proclamada en 1820 la Constitución se ve elevado a la alta gerarquía de Presidente de las Cortes, obteniendo en 1824 la del Consejo de Ministros; pronto asoma la reacción y ha de emigrar a París, en cuya capital se avecina durante algunos años, y allí publica sus principales obras.

A la muerte de Fernando, la Reina Gobernadora le confía la Presidencia del Consejo de Ministros, y evolucionando hacia el partido moderado promulga el Estatuto real y adjura sus antiguas teorías casi jacobinas, obtando por las que considera más útiles al país y más congénitas con su ambiente, su estado y sus necesidades.

Otras veces fué Ministro como Presidente o con Narváez, Armero y Mon, y también ocupó la pre-

sidencia del Congreso, en cuyo cargo le sorprendió la muerte en 1862, constituyendo su entierro un duelo general.

Había sido embajador en París y en Roma, y entre otras valiosas condecoraciones poseía la del Toisón de Oro.

PEDRO NOVO Y COLSON

Este ilustrado crítico teatral es a la vez un eminente dramaturgo, que logró tener en el cartel durante una larga serie de noches su celebrado drama *La bofetada*, desde su estreno en 15 de diciembre de 1890, acerca del cual presenta el eminente escritor P. Blanco García, entre otros, los siguientes conceptos:

«Nada tiene de tragedia cómica, con abigarrados colorines, ni de melodrama destilando sangre; en él no se confunde la emoción estética con los ataques convulsivos, porque el autor tiene el buen gusto de herir directamente el alma sin perturbar los nervios.»

Autor es también de la tragedia *Vasco Núñez*

de Balboa, *Un archimillonario* y algunas otras muy bien recibidas por el público, emulando las glorias de la época de Tamayo y Echegaray.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

VALLADOLID, 1831. — MADRID, 1903.

Uno de los poetas españoles más eximios del siglo pasado fué D. Gaspar, educado en Toledo, y vecino de Madrid desde su juventud.

Fogoso periodista, luchó al lado de Montemar en el periódico progresista *Las Novedades*, y habiendo ido a Africa en 1860 como corresponsal en la lucha contra Marruecos, se afilió en la Unión liberal, que con tanta gloria y provecho para España acaudilló el ilustre Duque de Tetuán.

Trasladado a Barcelona por motivos de salud, le sorprendió aquí la Revolución de septiembre y fué Gobernador civil una corta temporada.

En una quinta inmediata a la capital escribió su famosa carta al Gobernador que le había sucedido, su íntimo amigo D. Antonio Hurtado, carta que reveló su exuberante inspiración, y le colocó de un salto en la cima del Parnaso español.

En 1874 escribió su preciada composición *Gritos del combate*, diatriba estridente contra la desdi-

chada República de 1873, y seguidamente sus magistrales poemas *Un idilio, El Vértigo, Raimundo Lulio, La visión de Fray Martín, La última lamentación de Lord Byron, La selva obscura, La pesca* y otras varias, brillando en todos esos poemas la sublimidad del concepto y la belleza de la forma, al par que su temperamento belicoso y un tanto escéptico.

Alguien le ha llamado sucesor de Quintana, a quien aventajó, sin embargo, en las filigranas del lenguaje.

Muchos de esos poemas han sido traducidos al francés, y todos reproducidos en América.

Pensador de altos vuelos y versificador magistral, sus obras admiran por la profundidad de las ideas que contienen, y deleitan por la armonía y dulzura de la forma con que aparecen revestidas.

Se le ha llamado poeta de la duda, y sin embargo, como ha dicho Menéndez y Pelayo, nunca es más poeta que cuando embalsaman sus cantos los recuerdos de la fe, que da por perdida; y es porque consideró la duda como enemigo que le sirvió para robustecer su amor a lo ideal.

Núñez de Arce no fué en la dramática española uno de los autores más fecundos, pero su obra basta para colocarle entre los primeros.

La producción más conocida es *El haz de leña*; dedicada a su jefe político Sagasta, representada con gran aplauso por vez primera en el Teatro del Circo, de Madrid, por la Díez, Catalina, Delgado, Oltra y Manuel Calvo.

Además de esta joya del arte dramático espa-

ñol, escribió *Deudas del corazón, No tanto ni tan calvo, Quien debe paga, Justicia providencial, ¿Quién es el autor?, ¡Cómo se empeñe un marido!, La cuenta del zapatero, Herir en la sombra, La jota aragonesa, El laurel de la Zubia* y *El Toisón roto;* las cuatro últimas en colaboración con D. Antonio Hurtado.

Sus méritos le llevaron a la Academia Española, y la política al Consejo de Estado, a la dirección del Banco Hipotecario, a diputado, senador, ministro, pero su gloria como poeta eclipsa la que pudiera alcanzar su gestión política y administrativa.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD

ALGECIRAS, 1839. MADRID, 1905.

No fué nuestro amigo Ossorio un dramaturgo en la verdadera acepción de la palabra, sino un literato peritísimo que escribió mucho y bien, con sana intención, empleando sus dotes en la difusión de la cultura, especialmente entre los niños, a los que consagró buena parte de su estupenda labor, que puede compararse con la del célebre Obispo llamado *El Tostado.*

Pero fué casi el iniciador del teatro infantil, y con este título figura en esta galería, como genuíno representante de modestos escritores dramáticos, que sin conseguir laureles ni excitar

entusiasmos, han sembrado fructuosas semillas en el alma de la niñez, apesar de lo cual sus nombres no han sonado más allá de las salas de Escuelas y Colegios.

Entre esa pléyade de autores de dramas y comedias infantiles citaremos algunos, pocos proporcionalmente, a los muchos que han cultivado este género tan adecuado para dirigir y educar a los niños: Garcés Olivar, Rentero, Mayorga, Guillén, Solas, Monje, Pérez, Monner Sans, Sainz Noguera, Girauta, Medel, Pascual, Ruiz Noriega, Araujo, Cucala, Balmaseda, Falcón, Gras y Elías, Llorente, Asensio, Domínguez, Arnillas, Mediano, Vico y Bravo, Casal, Molas, Gatell, Altés, Viada, Felis, Castillo, Groizard, Suárez, Muñoz de Luna, Hernández, Sala Julien, Segovia, Viñes, Alvarez Pereira, Olmedo, Lasso, Meana, Bestard, León y Domínguez, etc.

Muchos de estos autores son sacerdotes, y también figuran en buen número monjas y señoras.

Ossorio escribió para el teatro las siguientes obras: *Cinco mil duros, Camöens, El arte de pedir, Cubiertos a cuatro reales, Barba y media, Las ferias* y *El secreto del tío.*

La característica de Ossorio fué la Prensa; co-

laboró en todos los periódicos literarios de su época, fué redactor en gran número de carácter político, así en España como en Méjico, Cuba y Filipinas y dirigió *La Idea, El Teatro, El Noticiero de España, La Independencia Española, La Gaceta Popular, El Cronista, Diario Oficial de Avisos, La Correspondence d'Espagne, La Niñez, El mundo de los Niños, La Edad Dichosa, La Ilustración Católica* y *La Agencia Fabra.*

Entre las meritísimas obras que escribió figuran las siguientes: «Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX», «Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol», «Cuadros de género», «Album infantil», «Moral», «La República de las letras», «Progresos y estravagancias», «Monólogos de un aprensivo», «Libro de Madrid y advertencia de forasteros», «Papeles viejos e investigaciones literarias», «Caracteres contemporáneos», «Odas y baladas», «Novelas inéditas», «Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX».

Además un libro tan pequeño como precioso, que bajo el título de *Cartas a un niño sobre economía política*, constituye un excelente compendio de esta ciencia, explicada con tal gracejo y concisión como tal vez no exista otro tan reducido y provechoso.

CEFERINO PALENCIA

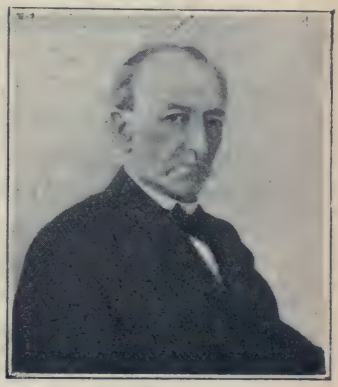
FUENTE DE PEDRO NAVARRO (CUENCA), 1858.

Nació este autor el año 58 del pasado siglo y estudiaba medicina en Madrid cuando se representó en uno de los teatros de la corte su primer drama *El cura de San Antonio;* tendría apenas por entonces unos veintiún años y podemos dar muy por seguro que bastante más le atraía ya la escasa luz de las candilejas que las cegadoras luces de la ciencia de curar. Ello es que abandonó pronto el Colegio de San Carlos y se dedicó con el mayor entusiasmo a sus versos y a sus comedias. Más tarde se casó con la insigne actriz María Tubau, y este hecho, como es natural, había de aumentar todavía su amor a las cosas del teatro.

Ha escrito Palencia mucho y aunque no ha logrado ninguno de esos ruidosos éxitos que hacen que el nombre de un autor dramático vibre sonoramente en medio de la calle, no quiere ello decir que estén sus comedias desprovistas de altísimos y claros méritos; se explica este hecho mejor considerando que son

obras profundamente equilibradas y de plácido desenvolvimiento, sin estridencias de ninguna clase. No es posible negar la excelencia de comedias como *Cariños que matan* y *La charra*, las cuales verá siempre con agrado el público amador de lo bello y de lo bueno. Además, habría que citar entre sus obras: *Carrera de obstáculos, Nieves, El guardián de la casa, La nube* y muchas más, con gran número de traducciones de obras extranjeras que ha hecho a veces con fortuna, de lo que es excelente testimonio la comedia de Sardou *Madame Sans-Gêne*.

P.



JUAN PALOU Y COLL

PALMA DE MALLORCA, 1828.

Nadie conocía, fuera de la isla dorada, al obscuro poeta mallorquín; pero al romperse la cuerda que debía hacer sonar *La Campana de la Almudaina*, fué tal el estrépito que se produjo, que todos se fijaron en él y le aclamaron. Estrenóse el 3 de noviembre de 1859, en el Teatro Circo de Madrid, con éxito tan intenso y ruidoso que los aplausos del público de la corte fueron secundados por los de España entera, a lo que contribuyó el eminente actor D. José Valero, en quien encar-

naba de modo admirable el Gobernador Centellas. Los que le vieron no habrán olvidado aquellas escenas mudas, en las que tenía pendiente al público, que ni a respirar se atrevía, al fruncir de las cejas, subyugado por un ademán.

El autor se apartó por completo de la verdad histórica; pero no ignorándolo nadie, fascina hasta hacernos desear que tuviera realidad en la Historia lo que veíamos en la escena, por haber en la obra tal intensidad dramática que es imposible substraerse a ella. Cánovas del Castillo leyó en el Ateneo de Madrid un notable estudio sobre don Pedro el Cruel. Terminada la conferencia, D. José Zorrilla, le dijo: — D. Antonio, el D. Pedro de usted es el histórico; pero el mío, el de *El Zapatero y el Rey*, es del público. — Lo mismo pasa con *La Campana de la Almudaina*.

D. Guillermo Forteza ha dicho del drama de su paisano que en él los caracteres se desarrollan con vigorosa espontaneidad, estalla el diálogo con reconcentrada energía, la palabra hierve sin soltar el freno a su expansivo impulso, y la acción camina con paso firme y seguro a su originalísimo desenlace, siendo imponderable su mérito psicológico, si se atiende a la lucha que traban entre sí pasiones llevadas a su apogeo de exaltación y sentimientos intensísimos.

Palou y Coll sólo escribió *La Campana de la Almudaina*, la loa *La Cruz de la Redención* y *La espada y el laúd*, «hermoso trasunto, ha dicho el P. Blanco García de la última obra, de la fisonomía moral de Ausias March». Convengamos en

que cuando se ha escrito un drama como *La Campana de la Almudaina*, es muy difícil escribir otro que le supere o siquiera que le iguale.

B.

Después de escritos los anteriores apuntes biográficos por el Sr. Baró, hemos podido saborear, merced a nuestros buenos amigos de Palma de Mallorca, Sres. Fondevila y Alomar, un importante trabajo de D. J. Torrendell, al Sr. Palou consagrado, del que nos permitimos extractar algunas otras noticias relativas al poeta mallorquín.

Este quedó huérfano de padre en edad asaz infantil, pero gracias a su tío materno, pudo estudiar en Madrid la carrera de abogado que ejerció en Palma antes de obtener una Notaría.

Su tío era una buena persona, pero de ideas utilitarias, de modo que consideraba perdido el tiempo que Palou dedicaba a sus escarceos poéticos; de ahí que haya desaparecido la mayor parte de sus poesías, pues, si las escribía con gran entusiasmo, las rasgaba después, para no desagradar a su tío, cuya protección siempre agradeció.

Su primer ensayo dramático fué un juguete cómico que compuso en dos días para ganar una apuesta, y se estrenó en 24 de diciembre de 1854 en el *Círculo Mallorquín*, siendo premiado su trabajo con unánime aplauso, una corona de plata y el título de socio de mérito de aquel Círculo.

Antes del ruidoso éxito de *La Campana de la Almudaina*, hubo de sufrir una larga serie de contrariedades; pero logrado el triunfo, menudearon las ovaciones, los mallorquines le recibieron triunfalmente y le regalaron una escribanía de plata, con el grupo de la escena final del segundo acto de su famosa obra, una pluma de oro y un album con las firmas de las personas más caracterizadas de la capital de las Baleares.

Con posterioridad y después de haberse representado con gran éxito *La espada y el laúd*, completó sus triunfos otra muy notable titulada *D. Pedro el del Puñalet*.

BENITO PÉREZ GALDÓS

CANARIAS, 1846.

Novelista insigne, buen dramaturgo, y político como hay muchos es la genuína silueta de Pérez Galdós.

Sus novelas, que pasan de cincuenta, le han hecho popular, sobre todo los *Episodios nacionales*, y su cultura en arte y literatura, sus estudios y aprovechados viajes le han constituído en un esclarecido literato, ocupando con perfecto derecho un sillón de la Academia Española.

Empezó viejo, allá cuando colaboraba con Albareda en la *Revista de España*, y luego ha vuelto a ser joven, gracias a su vida higiénica y morige-

rada, saboreando los frutos de su trabajo en su elegante hotel de Santander.

Es muy andador, y siente el arte, así interpretando él mismo la música clásica, como recorriendo alcázares, monumentos y comercios, con el afán de conocer y admirar lo bueno y lo bello, lo útil y nuevo que crea sin cesar el genio y la industria.

Su producción dramática no es muy copiosa, pero escogida, salvo alguna obra que ha entusiasmado más por la intención política que por su belleza literaria.

Se reduce su labor en este género a las siguientes producciones: *La de San Quintín, D.ª Perfecta, Realidad, La loca de la casa, Los condenados, Electra, Mariucha, Gerona, Voluntad, El Abuelo, Bárbara, Casandra, La fiera* y *Alma y vida.*

Algunas de estas composiciones han pasado la frontera, entre ellas *El Abuelo,* traducida al italiano a instancias de Novelli, y *La de San Quintín,* traducida al francés, para el Odeón, de París.

Ultimamente se ha estrenado en el Español con grande éxito su drama *Celia en los infiernos,* habiendo sido llamado al palco regio para recibir las felicitaciones de SS. MM.

Galdós vino de Canarias en 1871, y desde en-

tonces ha pertenecido a los partidos demócratas, siendo hoy diputado republicano, mas si como novelista ocupa un primer lugar, y otro muy honroso entre los escritores dramáticos, como político nos parece que no dejará grande huella en la historia de España.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

VALENCIA, 1826. MADRID, 1897.

Émulo fué de Fernández y González, y casi tan fecundo; con la diferencia que aquél hubiera sido un buen jefe de mesnada en la Edad Media, y sus obras tuvieron carácter caballeresco, mientras que Pérez Escrich, menos apasionado y más sentimental, tenía carácter apacible y sus libros y sus dramas interesaban y conmovían, por sus maneras dulces y más reales que las volcánicas concepciones de Fernández y González.

La bondad de su alma se retrata no sólo en sus obras sino en sus hechos; casó con una joven huérfana, y adoptó como hijos a los cuatro hermanitos de su esposa.

Lo revelan también los títulos y desarrollo de sus novelas, entre las que sobresale *El cura de aldea*, que es la que más fama le ha dado, siendo también muy celebradas *La mujer adúltera*, *Los ángeles de la tierra*, *Las obras de misericordia*, *El manuscrito de una madre*, *El Mártir del Gólgota*,

La esposa mártir, La caridad cristiana, Las redes del amor, El pan de los pobres, y muchas otras.

Pérez Escrich abandonó su familia y su ciudad natal con grandes ilusiones, llevando en la maleta

dos producciones dramáticas, pasando a Madrid en demanda de gloria y de fortuna.

Penalidades sin cuento hubo de pasar hasta que el actor D. Fernando Ossorio le encargó una pieza en un acto *El maestro de baile,* que reveló a Pérez Escrich, cuya pieza, a pesar del ruidoso éxito que alcanzó, hubo de vender por 180 reales, acosado por penurias y necesidades.

Estas se reflejaron en su obra *El frac azul*, compendiosa narración de sus infortunios.

Pero *El maestro de baile* le había abierto las puertas del teatro, donde halló honra y provecho con *El cura de aldea*, transformado después en novela, *La dicha en el bien ajeno*, *El músico de la murga*, *El maestro de hacer comedias*, *La guerra santa*, *La mosquita muerta*, *Géneros ultramarinos*, *Los extremos se tocan*, *Calamidades*, y algunas más.

Pérez Escrich alcanzó gran popularidad, y fué el embeleso de la generación de mediados del pasado siglo, que llenó con prodigalidad la gaveta del novelista y dramaturgo, a cambio de los goces que le depararon sus dramas y sus novelas; pródigo, empero, por bondades o caprichos, poco afortunado en la colocación de su dinero, hubiera vuelto a su primitiva miseria si la Diputación provincial de Madrid no le hubiese confiado la dirección del Asilo de las Mercedes, cargo que ejerció hasta su muerte con amor y cariño, mereciendo el afectuoso nombre de abuelito con que era conocido de los asilados.

Pérez Escrich era un cazador contumaz; una vez fué de Madrid a Barcelona, pagando los gastos del viaje con el ejercicio de la primitiva industria de San Huberto.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

ZAMORA, 1847.

Ramos Carrión se distingue por su fecundo ingenio y por la abundancia de su producción, que revela la facilidad con que traza los planes de sus comedias que escribe con desembarazo por ser inagotable su musa; lo que no ha impedido que a veces haya acudido a la colaboración, hecho que explica, de ser cierto, el apego que le tiene al *dolce far niente*, que de existir no ha llegado al extremo de aquel que decía que hay años en que uno se siente con deseos de no hacer nada.

Hay en Ramos Carrión reflejos de Quevedo, de Tirso de Molina y de D. Ramón de la Cruz, y mucha savia de la antigua cepa española; pero gusta también de los brevajes franceses, y a las veces ha imitado a autores transpirenaicos y reflejado su despreocupación en sus comedias. Hallamos en su musa más retoyo que seriedad, lo que le lleva a darse por satisfecho con el estrépito de la risa, lo que no impide que cree situaciones serias que le merecen los aplausos que la emoción

concede al que sabe producirla. Esa emoción la encontramos en algunos de los libretos que ha escrito, dándose el caso raro de que los hay que superen a sus comedias por tener la savia de la buena cepa española.

Tiene Ramos Carrión numerosos pasillos, comedias y juguetes, escritos sin esfuerzo, que son regocijo del público que va al teatro a desarrugar el ceño y buscar esparcimento después del trabajo cotidiano, pidiendo al autor que en caso de emocionarse, no le sacuda bruscamente los nervios, porque si ha ido al espectáculo no ha sido con propósito de agitarlos, sino de equilibrarlos. Sus cualidades se revelan en *León y Leona*, *Cada loco con su tema*, *Los señoritos*, *El noveno mandamiento* y en otras obras más ligeras; pero donde más se encuentran es en sus libretos, entre los que descuella el de *La Bruja*, en el que hay en algunas situaciones el ambiente de los dramaturgos de la Edad de Oro de nuestro teatro.

B.

FRANCISCO LUIS DE RETES

TARRAGONA, 1822. MADRID, 1901.

Retes escribió muchas de sus obras dramáticas en colaboración con D. Francisco Pérez Echevarría. Sospechamos que le era al primero más fácil la concepción del argumento y su desarrollo, que la forma, que a Echevarría no ofrecía dificultades,

porque se distinguía como lírico. Retes sentía más el drama que la comedia, pues su temperamento se avenía más a las obras de Calderón que a las de Bretón de los Herreros; y tanto era así, que no le asustó la idea de refundir el *Otelo*, apartándose algo de la obra del colosal dramaturgo inglés. Atrevido fué el propósito, pero el resultado no correspondió al deseo, porque es muy difícil enmendar la plana a Shakespeare.

Retes y Echevarría produjeron varias obras en las que hay que reconocer espontaneidad y alguna genialidad. Consignemos aquí que Retes brillaba más en el drama que en la comedia, al revés de Echevarría, que lucía más en la comedia que en el drama, debiendo añadir que la personalidad de Retes se destacó sobre la de su colaborador. Exclusivamente de Retes son: *Otelo*, *D.ª Inés de Castro*, *El genio contra el poder*, *Justicia, y no por mi casa*.

Retes y Echevarría dieron a la escena muchas obras, de las que citaremos: *La Beltraneja*, *La Fornarina*, *D.ª María Coronel*, el *Frontero de Baeza*, *D.ª María de Molina*, etc. Merece mención especial *L'Hereu*, que acaso marca el punto máximo de la labor de ambos. En el drama brillan el amor

de la madre y sus virtudes, que son la luz que desvanece las tinieblas del hogar agitado por las luchas de dos hermanos, enconadas por el amor que a ambos inspira una mujer. Los autores no extreman los recursos para producir grandes efectos, prefiriendo conmover.

Las obras de Retes y Echevarría visten el ropaje de la poesía de la forma, que encubre las deficiencias que pueda tener el fondo.

B.

EL DUQUE DE RIVAS

CÓRDOBA, 1791. MADRID, 1865.

D. Angel Saavedra y Ramírez de Baquedano, es un ilustre prócer que apenas escribió para el teatro, a pesar de haber sido un eximio literato, pero tiene derecho a ser incluido en esta Galería por su renombrado drama *D. Alvaro o la fuerza del sino*, el recuerdo de cuyo éxito aún perdura, drama puesto en música por Verdi, quien dió vida con tan sensacional argumento a una de sus óperas más preciadas.

Soldado y poeta, se batió valerosamente durante la guerra de la Independencia, y fué gravemente herido en la batalla de Ocaña.

Prisionero en Málaga, debió la libertad a su arrojo y valentía, encontrándose coronel al terminar aquella memorable guerra.

Escribió en Sevilla dos tragedias: *Ataulfo*, que fué prohibida, y *Aliatar*, que se representó con grande éxito.

En 1813 publicó un tomo de poesías, y en diferentes épocas primorosos trabajos literarios que le llevaron a ocupar un sillón en la Academia española, llegando a alcanzar el honor de presidir tan docta Corporación.

Entre esos trabajos figuran sus *Romances históricos*, *El desengaño es un sueño*, *El moro expósito*, *Los solaces de un prisionero*, *Leyendas*, etc.

Político exaltado, de 1820 a 1823, hubo de huir a Londres, después de haber contribuído en las Cortes de Sevilla a declarar incapacitado a Fernando VII para reinar, de donde volvió a la muerte de este soberano, siendo después ministro de la Gobernación en un gabinete Ystúriz, que duró cuarenta y ocho horas, pero entonces este duque era ya más moderado que en la época de Fernando VII.

TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ

MÁLAGA, 1817. MADRID, 1890.

Fué su padre perseguido por liberal, hallando en fin refugio en Melilla donde obtuvo un empleo; allí fué Tomás en 1830, quedando huérfano y pobre al poco tiempo.

Estudió en Granada con gran provecho intelectual, pero siguiendo su mala suerte, al trasladarse a Madrid, lo hizo como un indigente, valiéndole en la Corte su pericia caligráfica una modesta colocación en casa de la Sra. condesa de Montijo, uno de los centros más aristocráticos entonces de Madrid.

Su inspiración poética y su facilidad en la improvisación, le abrieron las puertas del Liceo, y poco a poco, después de ejercer modestos empleos, su talento y su perseverancia le elevaron a los más altos cargos del Estado, habiéndose hecho

popular con sus composiciones de ambiente netamente andaluz.

Llegó a desempeñar Direcciones generales en los Ministerios, fué Comisario regio en Cuba y Filipinas, formó parte del Consejo de Estado, y la revolución de 1868 le sorprendió desempeñando la cartera de Ultramar.

Al revés de su padre, perteneció él al partido moderado, por el que luchó con gran bizarría, habiendo trabajado con entusiasmo en la restauración de Alfonso XII, y amigo y protegido del conde de San Luis, cooperó en pro de las letras patrias y de la regeneración del teatro español, habiendo sido varias veces diputado a Cortes, recibiendo valiosas condecoraciones.

A pesar de su brillante carrera en la política y la administración, que transformó al niño descalzo que llegó a Madrid, en busca de fortuna, en magnate y eminente personaje, lo que valió a Rubí ser una gloria nacional, fué su estro dramático, en aquel periodo de transición de romanticismo y naturalismo, que se aprecia en el teatro del reputado malagueño.

Numeroso es su repertorio, y aun se desconoce lo que escribió con el pseudónimo de Trino

Cifuentes, cuyo recuerdo se ha perdido, o resulta harto indeciso.

Sólo en el año 1847 puso en escena veinte comedias nuevas, lo que acusa una fecundidad asombrosa, y como la enumeración de todas sus obras llenaría muchas páginas, nos limitaremos a citar algunas, entre ellas las que más renombre le han valido.

Borrascas del corazón, Isabel la católica, Bandera negra, Del mal el menos, La familia, El arte de hacer fortuna, La ciencia experimental, Fiarse del porvenir, Toros y cañas, Quien más posee pierde más, La fortuna en la prisión, El rigor de las desdichas, Los validos o castillos en el aire, El cortijo del Cristo, El diablo cojuelo, Las ventas de Cárdenas, Detrás de la cruz el diablo, Casada, virgen y mártir, La feria de Mairana, La bruja de Canjarón, La rueda de la fortuna, Honra y provecho, Galiano, Al César lo que es del César, La entrada en el gran mundo, Fortuna contra fortuna, El fénix de los ingenios, El gran filón, La escala de la vida.

Muchas de estas obras fueron escritas en muy pocos días, y en su mayoría para ser representadas por la Díez y Romea; con éste hizo la original apuesta de escribir una comedia en ocho días, dando o recibiendo un caballo si ganaba o perdía, y el resultado fué estrenar la famosa obra *La trenza de sus cabellos*, que costó un caballo a su primer intérprete.

Tuvo íntima amistad con Cañete, de quien le separaron amigos envidiosos de la gloria por ambos conquistada, y esa enemistad, les llevó a un

desafío, que terminó sin efusión de sangre, logrando unirlos nuevamente el conde de San Luis, Fernandez Guerra y Hartzenbusch, y Cañete, siempre noble, propuso a Rubí a la Academia Española, que se honró admitiendo en su seno a aquel desvalido malagueño que llegara años atrás a Madrid, encumbrado gracias a su genio y a sus excepcionales cualidades.

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

MADRID, 1838. MADRID, 1912.

Matemático y poeta, periodista y autor dramático, fué Sánchez Pérez a la vez librepensador, y, asimismo sinceramente moral en sus palabras y en sus hechos.

Estudió en Madrid la carrera de Ciencias, ganó por oposición una cátedra de Matemáticas en Avila, dejó la cátedra por la política, y en 1901 volvió al redil del aula del Instituto de San Isidro hasta su fallecimiento.

Sin haber alcanzado renombre extraordinario como dramaturgo nos lega las siguientes obras, algunas de ellas muy bien acogidas por el público.

Los hábiles, Todo el mundo, Clases de adorno, El primer choque, El hombre serio, Gente nueva, Al son que tocan, Saltos de liebre, Santos de barro, Una mentira inocente, Amar al prójimo, Tres y una, La puente y el vado.

En esas composiciones resplandece su castizo estilo literario y la fina sátira de las costumbres de su época, sin preocuparse de preparar escenas de gran efecto.

Fué siempre maestro en la literatura y el periodismo, por la sal ática, y lo punzante de sus epígramas; larga sería la enumeración de los periódicos en que había colaborado o sido de ellos fundador, pero nos limitaremos a mencionar *Gil Blas* y *El Jaque mate*, en los que demostró tesoros de ingenio afiligranando en sus escritos la hermosa lengua castellana.

Autor fué asimismo de novelas y aun de libros de enseñanza, pudiendo citar en este orden los siguientes: *Los hogares fríos, Entre muertos y vivos, El Busto Albacea, Frutos de la encina, De Bureo,*

El Maestro Ciruela, *Las amigas del Doctor*, *Lo relativo*, *Bodas de azar*, *Botones de muestra*, *Actualidades de antaño*, y muchas traducciones del francés y del italiano.

A pesar de su carácter apacible y de sus morigeradas y pacíficas costumbres fué político exaltado, siguiendo a su maestro Pi y Margall, quien le hizo gobernador de Huelva, y delegado gubernativo en Valencia; fiel a la República esperó que volviera a establecerse sin que apocara su ánimo el recuerdo de la bacanal demagógica de 1873, y si en política fué ultra-radical sin hacer nunca mal a nadie, en religión fué creyente a su modo, fustigando lo que él consideraba abusos del clero, pero sin poder negar la *causa* eterna que conocemos los católicos por Dios, principio y fin de cuanto nos rodea, nos inspira y nos alienta.

EULOGIO FLORENTINO SANZ

ARÉVALO, 1825. MADRID, 1881.

Florentino Sanz nació en Arévalo, Avila, el 11 de marzo de 1825, y huérfano desde niño, cabe decir que se vió solo y con escasez de recursos. De Valladolid, donde estudió, pasó a Madrid para consagrarse a las letras y al periodismo. La Revolución del 54 le hizo encargado de Negocios en Berlín. Pasó los últimos veinte años de su vida aislado, en la inacción, dominado por orgulloso espíritu de superioridad, que hacía que se creyese postergado.

Que era escritor de talento, lo demuestran sus obras, pero es malo crecerse en demasía. Su *D. Francisco de Quevedo* es notable, original; sorprende y cautiva por sus diálogos, por las situaciones, por el estilo y por la versificación, a pesar de que en ella no hay las fulguraciones del lirismo, sino sobriedad.

El drama de Florentino Sanz anunció una evolución artística. El gran satírico no aparece, como ha escrito el P. Blanco García, con su rostro festivo y provocante, sino con otro enlutado por el dolor, y al que asoman de cuando en cuando las sonrisas, pero siempre mezcladas con los desdenes, el sarcasmo y la amargura. Hace notar que el carácter del Quevedo de Florentino Sanz es anacrónico en el siglo de Felipe IV, pues pertenece en

realidad al XIX, como lo demuestran las famosas quintillas de la escena VIII del acto tercero, de las que citaremos algunos versos :

... Es fuerte apuro
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:
«Quevedo, hacednos reir...»
Tal vez porque se desvíen
suelto un chiste insulso y frío...
Mas de gusto se deslíen,
y tanto a veces se ríen
que al fin... yo también me río.
Risas hay de Lucifer...,
risas preñadas de horror,
¡que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!

Al final del drama, derrocado el Conde-Duque, se desarrolla otro, breve, de palpitante interés, que está en el mutuo e ideal amor de Quevedo y la infanta Margarita.

QUEVEDO. A ser nacimos quizás
siempre amantes...
MARG. ¡Siempre buenos!
¡Ay! venturosos!... jamás!
QUEVEDO. ¿Por qué yo no nací más?
MARG. ¿Por qué yo no nací menos?

Achaques de la vejez, otro drama, y fragmentos de *La escarcela y el puñal*, constituyen toda la labor escénica de Eulogio Florentino Sanz. La fama que le ha ganado demuestra lo que vale.

B.

EUGENIO SELLÉS

GRANADA, 1844.

De corta estatura y temperamento vigoroso, desciende del heróico defensor de Gerona y mártir de Figueras, general Álvarez de Castro, de quien heredó un ducado, que modestamente renunció.

De ideas liberales y democráticas, apóstol fervoroso del modernismo en el arte, no puede sustraerse, aun pensando bien y procediendo de buena fe, a creer malo todo lo que no se ajusta a las reglas que él cree imprescindibles en la dramática española menospreciando por lo tanto lo que siempre tendrá valor intrínseco, por viejo y anacrónico que parezca a los impenitentes novadores.

Así en música, los partidarios de las escuelas alemana y francesa no reconocen las muchas bellezas que atesora la italiana, aparte lo anticuado de la orquestación; en pintura sólo admiran a Meissonier, Delaroche, Macquart, Fortuny y Gerôme, admiración justa y loable, pero que no debe excluir la que sentimos por Rafael y Ticiano, Rubens y Rembrandt, Velázquez y Murillo y, finalmente, en el arte dramático hay que celebrar de buena gana a Bretón y Rodríguez Rubí, a Ayala y Eguílaz, a Benavente y los Quintero, pero reconocer que los laureles de Calderón y de Tirso reverdecen en la escena siempre que son bien interpretadas sus creaciones.

Este espíritu de que Sellés se halla poseído explica muy bien que, a despecho de la profundidad de sus pensamientos y de la irrebatible lógica de sus conceptos, no sólo haya sido muy discutido, sino que algunos de sus dramas, especialmente *Las Vengadoras*, mal recibido en su estreno, haya alcanzado a la postre un éxito ruidoso.

Su labor no es cuantiosa, pero casi toda de relevante mérito; consiste, además de la obra ya nombrada, en las siguientes: *Las esculturas de carne*, *El cielo y el suelo*, *La vida pública*, *Las domadoras* representada en Madrid por Novelli, *La mujer de Lot*, *El nudo gordiano*, una de las mejores de Sellés, y un conato de trilogía para dar vida al género *grande*, representándola parcialmente por horas como el género *chico*.

Sellés ha pasado por épocas angustiosas y muchas pesadumbres, habiendo alcanzado al fin el triunfo y la gloria de ocupar un sillón en la Academia Española, con gran provecho de la misma.

NARCISO SERRA

MADRID, 1830. MADRID, 1877.

Corta y poco afortunada fué la existencia de Serra; empezó turbulenta y desordenada, debiendo abandonar la carrera de las armas por su falta de aplicación, trocando Marte por Talía, sin que esta musa le inspirara mejor que el dios de la guerra.

Fué también empleado, y sólo halló su medio como autor dramático, para lo cual reveló extraordinarias aptitudes por su gran ingenio, su vis cómica e incomparable gracejo; alguien le ha comparado a Quevedo, y otros a D. Ramón de la Cruz y a Bretón de los Herreros.

Su producción fué considerable y selecta, y aunque durante pocos años alcanzó el favor del público, que premió con sendos aplausos el talento y la inspiración del joven autor, no duró mucho su aureola, pues a los treinta y dos años le sorprendió la cruel enfermedad. de la parálisis, y su forzosa inacción en casa le enagenó de poco en poco el aura popular, que muy justamente había conquistado.

A ello contribuyó también el ocaso de los actores que habían dado vida a sus comedias; muertos o retirados de la escena Romea, Arjona, Guzmán y Salas, los que reemplazaron a éstos ya no tuvieron para él las mismas simpatías, y como la acción

del tiempo hiciera surgir nuevos autores, éstos suplantaron a aquél en el favor del público y en el interés de los actores, decayendo rápidamente las preciadas obras de tan peregrino ingenio.

Muchas son éstas, y no todas llevan su nombre, pues los apremios de la miseria le hicieron vender bastantes, que se representaron con otro nombre, consiguiendo algunos honra y provecho con el prolijo trabajo del ilustre paralítico, quien enervado su cuerpo, conservaba el espíritu clarividente y fecundo, sin decaer las obras que producía ni en la excelente concepción ni en lo chispeante de la frase.

A pesar de no constar todas como escritas por él, podemos citar las siguientes, representadas con su propio nombre:

El alma del Rey García, Un huésped del otro mundo, Mi manía, Con el diablo a cuchilladas, Sin prueba plena, Marica enreda, Un hombre importante, Las ferias de Madrid, Los infieles, Cómo se rompen palabras, El querer y el rascar, En crisis, El todo por el todo, El bien tardío, Amor, poder y pelucas, La oveja descarriada, Amar por señas, Las dos hermanas, Todos al baile, Los tres Napoleones, Perdonar nos manda Dios, Zampa, Harrey el diablo, D. Genaro, La edad en la boca, Una historia en un mesón, Luz y sombra, Entre bastidores, Flor de los cielos, El gran día, Las desdichas de un buen mozo. D. Tomás (sin duda la que alcanzó mayor popularidad), *El amor y la Gaceta, A la puerta del cuartel, El reloj de San Plácido, Nadie se muere hasta que Dios quiere, El último mono, La calle de la Montera, El loco de la guardilla* (pasillo alusivo a Cervantes que tuvo gran resonancia), *La boda de Quevedo.*

Natural es que tan gran número de obras no alcanzaran todas un ruidoso éxito, pero las más fueron aplaudidas y el público les dispensó una calurosa acogida.

¡Contraste singular! un hombre quizás hasta díscolo en su juventud, aplanado, solo y triste en la edad madura, siempre halló en su lira notas de bondad, asuntos festivos y plácido entretenimiento en cuanto creó y llevó a la escena para esparcimiento de los demás.

Fué alumno militar, luego actor, después oficial de coraceros hasta 1862, en cuyo año pidió su licencia.

Cuando cayó herido por cruel enfermedad, el Gobierno le nombró Censor de teatros, para conllevar con el sueldo que le asignó, tamaña desgracia, pero suprimido el cargo después de la Revolución de 1868, su morada tétrica y sola quedó en la más profunda obscuridad.

Su existencia se deslizó con una amarga pesadumbre, y al fin murió triste, pobre y desamparado, habiendo tal vez entrevisto este final al escribir *El loco de la guardilla*, y en los suspiros de su libro *Leyendas, Cuentos y Poesías*, en el que lamenta el desabrimiento en que se desliza su mísera existencia.

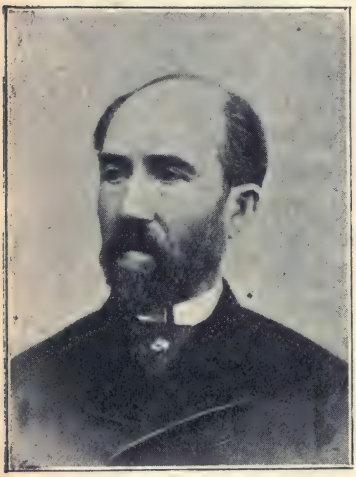
Murió en la calle de Segovia, en Madrid, y su cadáver fué paseado por la Villa y Corte, para recibir frente a los teatros el acostumbrado tributo a los que en vida la dieron espléndida y gloriosa a esos regocijados templos del arte.

CEFERINO SUÁREZ BRAVO

OVIEDO, 1825. BARCELONA, 1896.

Era hombre de una sola pieza, fundido en el troquel de pura raza española; amante de su Dios y de su Patria; íntegro, esclavo de su deber; desdeñoso del aplauso mundano, porque no gustaba de otro que el de su conciencia. En sus

mocedades se dedicó al teatro, notándose en sus obras el atavismo romántico de la época. Podemos citar los dramas *Amante y caballero*, *¡Es un ángel!*, *Enrique III*, *Los dos compadres;* las comedias *Un motín de Esquilache*, *El lunar de la marquesa*, etc.



Fué también periodista, y hasta su muerte colaboró en el *Diario de Barcelona*, publicando artículos muy leídos; de sobria frase, siempre enérgica y en ocasiones punzante, porque Suárez Bravo sentía hondo y hablaba alto. Había adquirido relieve en la redacción del *Padre Cobos*, periódico satírico, que fué durante el bienio la pesadilla de Espartero y de los progresistas, tanto más tremenda cuanto sus chistes desarrugaban el entrecejo de aquellos en quienes clavaba su aguijón, y en ellos iban siempre juntos el enfado molesto y la risa sedante. Oportuna es la ocasión para recordar algo del *Padre Cobos*, que aun se cita. Fué el ex-ministro moderado D. Pedro de Egaña quien reunió a los que lo redactaron, entre ellos Selgas, Estéban Garrido, González Pedrosa, Navarro Villoslada. También D. Adelardo López de Ayala, el autor de *El tanto por ciento*, colaboró en aquella publicación en la que se derrochó el

ingenio a manos llenas, pues todos sus redactores lo tenían para prodigarlo con derroche. También escribió en *El Pensamiento Español*, *El Siglo Futuro* y en *El Fénix*, dando muestra de su delicada vena satírica, sorprendiendo su manera de estigmatizar en breves líneas. Publicó, entre otros libros, *España demagógica*, *Cuadros disolventes*, *En la brecha*, *Hombres y cosas del tiempo*, *Guerra sin cuartel*, y la crónica dramática *Robespierre*.

B.

MANUEL TAMAYO Y BAUS

MADRID, 1829. MADRID, 1898.

No cabe precisar si el dramaturgo que ocultaba su nombre con el pseudónimo de Joaquín Estébanez, era dominado de tal manera por la modestia, que rehuía sistemáticamente la luz de gloria que sobre él proyectaban sus obras, o un espíritu tan exigente que nunca lo hecho le parecía digno de lo ideado; ello es que firmó muchas de sus obras con ese pseudónimo, que rechazó tenazmente la paternidad de algunas, cuyas ideas y cuya factura acusaban claramente quien les había dado el ser, y que asistió impasible a algunos de sus triunfos, negándose a aceptar plácemes y laureles.

Precoz en todo fué el joven Manuel; a los ocho años traducía y arreglaba piezas y comedias, que se representaban sin revelar el nombre de quien las acomodaba a nuestra escena, hasta que a los

diez años tradujo *Genoveva de Brabante*, y entonces se supo que aquel niño que vivía entre bastidores, pues era hijo de la célebre actriz llamada Antera Baus, era quien había vertido del francés al castellano la referida producción.

Casó también joven, a los diez y nueve años, con una sobrina de Máiquez, de modo, que si cuando hombre maduro se enterró casi en las Bibliotecas, en su juventud, toda su existencia giró sobre el tablado de los escenarios.

En estos adquirieron muy pronto gran fama sus creaciones, entre las que figuran las siguientes, las más empapadas de la máxima de M. Stâel: *conmover el alma, ennobleciéndola.*

El cinco de agosto, *Angela*, traducción; *Virginia*, saturada de liberalismo; *La rica hembra*, *Locura de amor*, admirable; *La bola de nieve*, precioso cuadro de costumbres; *Lo positivo*, arreglo tan feliz que aún hace las delicias del público, *Los hombres de bien*, profunda sátira social; *Lances de honor*, *No hay mal que por bien no venga*, *Más vale maña que fuerza*.

Requiere sitio de honor la representación de *Un drama nuevo*, que ha traspuesto el Pirineo y ha sido traducido a varios idiomas, por su importancia y por el triunfo que acarreó a Joaquín Estébanez, ya que Tamayo se negó a considerarlo como suyo, y aun hubiera quizás seguido inédito a no haberse valido Gaztambide, empresario del Teatro de la Zarzuela, del hermano de Tamayo, Victorino, para lograr que se representase, con éxito colosal, por dicho actor, la Sra. Lamadrid, Rafael Calvo, Oltra y Casañer.

Tamayo desempeñó algunos cargos para ayuda de la vida, protegido por su pariente Gil y Zárate; obtuvo después empleos de mayor monta con la Unión liberal, hasta que, haciendo un brusco cambio de frente, se declaró carlista convencido.

En 1860 ingresó en la Academia Española, que lo nombró su Secretario perpetuo, y durante el reinado de Alfonso XII fué nombrado Director de la Biblioteca Nacional.

El muchacho que en las mocedades tuvo por ambiente la escena dramática, se encerró en la edad madura entre libros, y allí, su espíritu

potente y cultivado se elevaba a las altas esferas, despreciando todo lo finito y material, mientras elevaba a Dios sus pensamientos y su alma.

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

Poeta por excelencia, o digamos por temperamento, tarde ha llegado este autor a la escena española, y no para hacer en ella lo que otro cualquier autor de mérito, sino para insuflar en la dramática castellana el genio de la verdadera poesía, de esa poesía que no siempre es verso, pero que alienta y vibra en todas las cosas que nos rodean, aunque, por desgracia nuestra, no todos los hombres tenemos capacidad para sentirla, ni en medida igual. Este señor del Valle Inclán — he aquí uno de los escasísimos hombres a quienes se puede llamar plenamente «señor» — ha comenzado a escribir comedias a principios de este siglo nuestro que vamos llevando adelante y cuando ya las gentes le conocían como originalísimo novelista y como poeta excelso. No son muchas sus obras teatrales ni creemos que llegue a ser muy copioso su repertorio; no es éste de aquellos abundantes escritores que escriben deprisa, sino de aquellos otros un tanto más escasos que escriben bien. Pensamos dejar citadas todas sus comedias conocidas, poniendo aquí los títulos de: *Aguila de blasón, Romance de lobos, La marquesa Rosalinda, Voces de gesta* y *Cuento de abril...* Repare el lector en que ya por sí solo

estos títulos suenan a algo exquisito y nada común, como ello es en realidad. *Cuento de abril*, por ejemplo, es una leyenda dramática llena de un encanto supremo, lucha de amor y de dolor, los dos grandes motores, quizá los únicos, de la vida de los hombres, debiendo añadir aun que este encanto llega hasta nosotros por los caminos de una versificación perfecta, llena de un profundo sentido poético.

P.

VENTURA DE LA VEGA

BUENOS AIRES, 1807. (entonces posesión española) — MADRID, 1865.

D. Ventura de la Vega fué gran poeta y excelente dramaturgo; elegante en su porte y sus maneras, ordenado en todo, moderado en política, y enemigo acérrimo de todos los extravíos del espíritu, aun cuando éstos vistieran el espléndido ropaje del genio y de una vehemente inspiración.

Huérfano de padre a los once años, fué enviado por su madre a Madrid al cuidado de un tío suyo, y allí estudió con maestros de tanta ciencia como Lista y Hermosilla.

Con Segovia, Escosura y Amador de los Ríos formó parte de la sociedad *El Mirto* que presidió Lista, sociedad calificada de *Parnasillo*, que nació en el café de Venecia, y siguió luego en el famoso Teatro del Príncipe.

Como poeta y de exaltada imaginación, perteneció también a una sociedad secreta titulada *Los Numantinos*, que tenía alguna conexión con los francmasones; fué ésta perseguida y Vega hubo de

ingresar en la cárcel y en un convento, para purgar sus arranques numantinos.

Sus primeras producciones fueron condenadas por su mismo autor, por considerarlas de escaso valor, habiendo visto la luz pública, por su mérito indudable algunas odas, rimas, epitalámios, sonetos y cantos épicos, sobre todo el dedicado a la

pacificación de Cataluña, en loor de Fernando VII, en 1828.

Sus obras dramáticas de mayor renombre son *El hombre de mundo* y *D. Fernando de Antequera*, especialmente la primera, que le abrió de par en par las puertas del Parnaso español; y es que esta producción es un trasunto de sí mismo, culto, elegante, distinguido, pulcro en todo, no podía menos de influir en el acierto de su famosa producción.

Esas cualidades brillan también en sus arreglos y producciones, que mejoran y embellecen los originales.

En 1824 estrenó su primera obra dramática *Virtud y reconocimiento*,, en la misma noche que debutaba Bretón con su *A la vejez viruelas*.

Barcelona había dado gallarda muestra de su potencia y de su amor al arte, construyendo el gran Teatro del Liceo, capaz para 4,500 personas, y en su inauguración, en 4 de abril de 1847, estrenó Vega su famoso drama *D. Fernando de Antequera*, representado por el eximio Latorre.

En la noche del 24 de diciembre de 1862, en casa del marqués de Molins, quien obsequiaba a los amigos con una espléndida cena antes de la Misa del gallo, fué leída con grande aplauso *La muerte de César*, joya literaria de primer orden, que no escitó grande estusiasmo en la escena por falta de ambiente en aquella época, y por no estar los actores en condiciones de declamar la alta tragedia.

Entre el variado repertorio que ha legado al teatro español, figuran las siguientes obras: *El am-*

bicioso, El marqués de Caravaca, El marido de mi mujer, Jugar con fuego, El héroe por fuerza, El planeta Venus, El fuego del cielo, El pozo de los enamorados, La sociedad de los trece, El diablo predicador, Una noche toledana, El premio del bien hablar, El rey se divierte, El taco, Jacobo II, La calumnia, La duquesita, La farsa y *La segunda dama duende.*

Ventura de la Vega hubo de apelar, como tantos otros, a la protección de los políticos para poder vivir, y tras algunos modestos empleos desempeñó direcciones y subsecretarías, la Fiscalía de las órdenes de Carlos III e Isabel la Católica, cuyas condecoraciones poseía, fué agregado a la embajada de París, maestro de literatura y secretario de Isabel II, director del Teatro Español y del Conservatorio de Madrid.

En 1842, pobre y cesante, ingresó en la Academia Española de la lengua.

Al enviudar en 1854 de su amante esposa doña Manuela Oreiro de Lesna, que había sido cantante, fué tal su sentimiento, que estuvo a punto de hacerse fraile.

Retiróse a Bayona con la salud muy quebrantada, sin poder lograr su restablecimiento, y pocos días después de su regreso a Madrid, daba su último suspiro en casa Escosura, en brazos de su hijo Ricardo.

Fué enterrado en la Sacramental de San Isidro el 1.º de diciembre de 1865, rodeado de la justa aureola que se había conquistado, llevando las cintas de su féretro Nocedal, Rubí, Hernando y

Pizarroso, habiéndolo cubierto de flores las actrices al pasar por delante del Teatro Español, donde tantas veces habían resonado estruendosos aplausos en honor del autor de *El hombre de mundo* y *D. Fernando de Antequera*.

RICARDO DE LA VEGA

MADRID, 1839. MADRID, 1910.

Tuvo en Vega un buen sucesor el sainetero de comienzos del pasado siglo D. Ramón de la Cruz.

Con cara avinagrada, pero de carácter festivo, fino en maneras y con aversión a lo grosero, si su padre fué una gloria para la alta comedia, él lo fué para el sainete.

Sagaz observador de las costumbres del pueblo, las trasladó a la escena, despojadas de cuanto pudiese afearlas, divirtió y regocijó sin acudir a la gruesa pimienta, con un derroche de sal, que hicieron por extremo sabrosas sus concepciones.

Notables fueron entre ellas *Pepa la frescachona o el colegial desenvuelto*, *Los baños del Manzanares*, *La canción de la Lola*, *La verbena de la paloma*, *La abuela*, *Luis el Tumbón o el despacho de huevos frescos*, *Cuatro sacristanes*, *El año pasado por agua*, *Providencias judiciales*, *A casarse tocan o la misa a grande orquesta*, que obtuvo un gran triunfo y los plácemes de los más eximios literatos, *La función de mi pueblo*, *En busca del diputado*, *Acompaño a V. en el sentimiento*, *Vega peluquero*, *De Jetafe*

al paraíso, Bonitas están las leyes ó la viuda del interfecto, El barón de Tronco Verde.

Al éxito de la *Verbena*, que fué inmenso, contribuyó el maestro Bretón, con su alegre y popular música.

La abuela produjo gran bullicio en su estreno; creyeron los admiradores de D. José Echegaray ver una sátira respecto al género que con tanto éxito cultivaba, y protestaron ruidosamente contra lo que suponían una diatriba deprimente para el famoso autor de *En el puño de la espada* y *La muerte en los labios*.

Vega, como todos los observadores de sutil percepción, se abstraía de tal manera, que muchas veces no se daba cuenta de lo que le rodeaba, salvo su persistente objetivo.

MARCOS ZAPATA

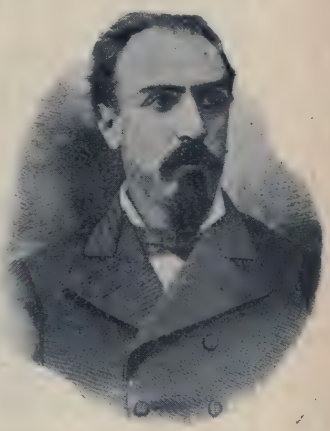
ZARAGOZA, 1845.

He aquí un celebrado autor dramático que suponemos falleció en Madrid.

Escribió *La piedad de una reina*, que fué prohibido, pues aunque se refería a una reina madre de

Suecia, se interpretó como alusivo a la meritísima soberana María Cristina y a su hijo Alfonso XIII.

Gobernaba entonces el partido liberal, y prohibió el drama el gobernador de Madrid, Duque de Frías, de acuerdo con el ministro de la Gobernación D. Venancio González; Azcárate y Romero Robledo movieron gran bullicio en el Congreso con pretexto de este suceso los autores dramáticos protestaron y aún se suspendieron las funciones en los teatros para demostrar a Zapata sus simpatías; muchos disgustos le acarreó esta prohibición, que le proporcionó, empero, una gran notoriedad.



La capilla de Lanuza, que inició sus éxitos en la escena, las excelentes zarzuelas *El anillo de hierro* y *El reloj de Lucerna*, los dramas *Camöens*, *El solitario de Yuste* y *El castillo de Simancas*, y muchas poesías líricas y leyendas históricas, en todo lo cual se revela el genio del verdadero poeta y la corrección del discreto literato.

Por exceso de modestia, Zapata se negó siempre a facilitar datos personales respecto a sí mismo prefiriendo ser apreciado y juzgado por sus obras, que constituyen una selecta labor.

JOSÉ ZORRILLA

VALLADOLID, 1817. MADRID, 1893.

Ha sido el primer poeta lírico español del pasado siglo, y uno de los más populares dramaturgos.

Rebelde a la férula paterna que quería fuese abogado, tomó el camino de Madrid para desarrollar en la Corte el germen poético que bullía en su cerebro.

Mostróse éste en el entierro de Larra en 1837, con una poesía que causó la admiración de todos y le conquistó una gran notoriedad.

Desde entonces, de su pluma brotaron raudales de inspiración en leyendas, odas, dramas y comedias, que por él leídas sonaban como una música, ora dulce y suave, ora semejando el bravío ruído de un torrente desbordado.

Sus producciones teatrales no son numerosas, pero todas aplaudidas; figuran entre ellas *La mejor razón la espada*, *Sancho García*, *El puñal del godo*, *El Zapatero y el Rey* y *Traidor, inconfeso y mártir*.

El drama, empero, que inmortaliza su memoria es el popular *D. Juan Tenorio*, cuyas representaciones perduran a través de los tiempos y de los cambios de gustos y costumbres, y cuyos versos se sabe de memoria la mitad del pueblo español.

Como sería harto difícil catalogar sus innumerables poesías, pues su lira no cesó de vibrar mientras quedó pulso en sus dedos, nos limitaremos a nombrar lo más notable de su repertorio: *Album de un loco, Cantos del trovador, Recuerdos del tiempo viejo*, escritos en prosa para el periódico

El Imparcial; Ecos de las montañas, María, Granada, Recuerdos de Toledo, La Catedral, Las pirámides, El reloj, D. Pedro Calderón, Margarita la Tornera, El Cristo de la Vega y *A buen juez mejor testigo.*

Sus méritos y su justa fama le llevaron a ocupar un sillón en la Academia Española, y a ser coronado solemnemente en Granada, la tierra de sus amores, saturada del incienso de sus inspirados cantos.

Zorrilla evocó los tiempos de los trovadores errantes; como ellos vagó siempre, adquirió oro y vivió en la miseria, aquí y en Méjico, donde obtuvo la privanza del desventurado Emperador Maximiliano.

A su muerte, el Ateneo de Madrid, tomó la iniciativa para honrar en su entierro al eximio poeta, consiguiendo que el Estado prohijara la idea y costeara lo necesario para dar a ese acto la solemnidad que requería la pérdida de un ruiseñor que deleitó con sus cantos a dos o tres generaciones, cantos cuyo eco tardará mucho en extinguirse, por su peregrina inspiración y por la armonía en que rebosan.

Fué inhumado entonces su cadáver en la parroquia de San Justo, de Madrid, y luego trasladado a Valladolid, donde aquel Ayuntamiento dedicó un mausoleo al hijo benemérito de la capital de Castilla la Vieja.

DRAMÁTICA CASTELLANA

ACTORES y ACTRICES

IRENE ALBA

Una de nuestras mejores características en la época actual.

Ha ejercido casi siempre en la Comedia, de Madrid, viniendo aquí en las *tournées* veraniegas.

Empezó con la zarzuela, secundando al renombrado Cerbón, pero luego dejó la música y se distinguió en la dramática, creando cada uno de los papeles que le han sido confiados.

Está inimitable en *La zahorí* y *El abolengo*, y entre los muchos tipos que ha creado, recordamos con gran placer el de la hermosa valenciana envejecida en *Mañana de sol*, que termina con aquellas amargas exclamaciones: «¡Y ese es aquél!», «¡Y esa es aquélla!»

MARÍA ÁLVAREZ TUBAU

MADRID, 1854. MADRID, 1914.

Acaba de fallecer (12 marzo) una de nuestras notabilidades en la escena española, que habiéndose inspirado en las lecciones de Julián Romea, ha sido luego peritísima maestra de muchas actrices, entre ellas la Pino y la Gambardela, dejando un hueco difícil de llenar en el Teatro Español.

Aprendió en el Conservatorio de Madrid, del que era ahora eximia Profesora, y desde 1866 en que debutó en la Zarzuela hasta hace muy poco, ha sido una de nuestras mejores actrices, y habilísima directora de escena.

Actuó con Mario en la Comedia, en Granada con Tamayo, y en Apolo con Vico, y desde el primer momento reveló temperamento dramático, naturalidad y despejo, y un gran dominio de la escena.

Al dejar de colaborar con Mario, tomó el Teatro de la Alhambra, dirigiendo la compañía por ella formada, brillando como primer astro en aquel coliseo.

Todos los géneros le fueron familiares, desde los dramas de Dumas, que ella popularizó, hasta los sainetes de D. Ramón de la Cruz, habiendo figurado en su repertorio *La criolla*, *Inocencia*, *Contra viento y marea*, *El ángel del hogar*, *El guardián de*

la casa, La charra, Soledad, Cariños que matan, La villana de Vallecas, En el puño de la espada, y muchas otras, escritas expresamente para María.

Tuvo predilección por el teatro extranjero, representando con grande acierto *La Corte de Napoleón, La princesa Jorge, Divorciémonos, Demimonde, Resurrección*, de Tolstoï, y muchas otras, en todas las cuales obtuvo merecidos triunfos, así en Madiid como en provincias y en América.

María casó con un abogado de Burgos llamado Hernando, retirándose temporalmente de la escena, reapareciendo en ella con nuevos fulgores, contrayendo segundas nupcias con el eminente autor dramático Ceferino Palencia, dirigiendo ambos el Teatro de la Princesa, en un buen período de honra y provecho.

María fué una grande actriz mientras tuvo buena salud, cariñosa esposa, y sobre todo madre amantísima, por lo que no es de extrañar que en la escena revelase tan intensamente este noble sentimiento.

SOFÍA ALVERÁ DE NESTOSA

En los comienzos de su carrera figuró con éxito en las compañías de zarzuela, pero sus dotes artísticas la llevaron pronto a la comedia, en la que sobresalió representando primero papeles de graciosa, después de característica, siempre con acierto y donaire.

La Sra. Alverá no sólo tenía arrogante figura, bello y expresivo rostro, sino también voz simpática y excelente entonación.

Trabajó en muchas compañías, entre ellas la de García Ortega, y representó todos los géneros, tomando parte así en *Frou-Frou* y *Francillón*, como en *Serafina la devota*, obteniendo un ruidoso éxito en *Pepa la frescachona*, y en las creaciones de Feliu y Codina en las que estaba inimitable, haciendo ansiar al espectador las escenas en que tomaba parte.

JOAQUÍN ARJONA

SEVILLA, 1817. • MADRID, 1875.

El aplaudido y fogoso autor dramático catalán Ignacio Iglesias, al encomiar en un elocuente discurso la obra del pianista Malats, en el homenaje que se le tributó colocando una lápida conmemorativa en la casa que murió, puso de relieve el mérito de los ejecutantes, que esmaltan y dan vida a las creaciones de los autores, mejorándolas y elevándolas muchas veces.

Como autor dramático se refirió principalmente a los actores, que cuando merecen el nombre de tales completan con la feliz interpretación el pensamiento y el desarrollo de dramas y comedias.

Esto puede aplicarse a Arjona, que después de un concienzudo estudio añadía muchos quilates a la obra del autor, que se sorprendía a veces con bellezas que ni siquiera había sospechado en su obra.

En Sevilla y Zaragoza estudió Arjona latinidad y humanidades, y en Barcelona, de 1832 al 34, matemáticas, dibujo, música y lengua francesa.

Sus padres querían siguiera después la carrera de Medicina, pero su vocación al teatro le arrastró con ímpetu hacia la escena.

Aun niño, debutó en Madrid, Sevilla y Barcelona.

De 1835 al 39 pasó casi desapercibido, formando parte de varias compañías en Granada, Sevilla y Cádiz, alternando en papeles serios y jocosos.

Fué en 1842 cuando su figura adquirió relieve como primer actor en Málaga y Sevilla, consagrando su notoriedad el público del Teatro del Circo de Madrid en 1844, y en el año siguiente fué a Cádiz, donde antes hiciera soltar la carcajada y en esta etapa derramar abundantes lágrimas con la intensidad del sentimiento con que interpretaba dramas sensacionales.

Fué a Francia a estudiar aquel teatro y sus actores, y se connaturalizó con la sencillez y el desenfado de aquellos artistas, lo que pudieron apreciar los barceloneses en el Liceo en el año 1847, fecha de su primera inauguración.

Era gran observador de la vida y de las épocas y cuando hablaba con los amigos representaba, cuando se hallaba en escena, departía familiarmente.

Los muchos y aprovechados alumnos que recibieron sus doctas lecciones en el Conservatorio de Madrid, pregonaron siempre las grandes cualidades de Arjona como experto maestro.

Entre las obras en que se distinguió figuran *El arte de conspirar, Un avaro, La rica hembra,*

El sí de las niñas, El niño perdido, Virginia, La aldea de San Lorenzo, etc.

Arjona, si en la escena cosechó muchos aplausos, no consiguió nunca un regular bienestar; sus sinsabores aumentaron con la muerte de su hijo en 1872, hijo tan preciado qne se ganó una cátedra luchando con inteligencia de primer orden, y tres años más tarde entregaba su alma al Creador, alma de artista, si elevada a los espacios etéreos por su talento, probada y marchita en el crisol de los desengaños; su último canto fué a Bretón de los Herreros dedicado, leyendo en el Senado composiciones de aquel insigne vate, que a poder oirlas, sintiera viva satisfacción al ver tan magistralmente declamados sus versos, en la sesión necrológica dedicada al recuerdo de tan peregrino ingenio.

JUAN BALAGUER

PALMA DE MALLORCA.

Como la mayoría de los actores, Balaguer lo ha sido a despecho de su familia, que lo habían dedicado al arte de la fotografía.

Desde que debutó en Palma representando San Juan en la *Pasión*, a los diecisiete años, ha seguido una larga carrera escénica, llegando a ser uno de nuestros primeros actores cómicos y característicos, y un hábil director de escena, habiendo aprendido principalmente de Mario, con quien

trabajó durante diez años, la naturalidad, el sentir el personaje que representa, consiguiendo la realidad en vez de la ficción, para convencer al público y hacerle saborear íntegramente las bellezas de cuantas producciones dirige e interpreta.

Después de su debut trabajó en la compañía de D.ª Julia Cirera, actuando en provincias y en Madrid, luego en la de Ricardo Morales, con Victorino Tamayo en la América del Sur, en el Español con Catalina, Vico, Cepillo, y su maestro Mario en la Comedia.

Pasó después a Lara como primer actor y director, y con Larra formaron compañía, que recorrió España, Cuba y Méjico.

Volvió a la Comedia, y fué a la Argentina, y luego dirigió la excelente compañía del nuevo Teatro Romea de Barcelona, en la que figura como primera actriz la simpática artista Concha Catalá, compartiendo aquí y en todas partes el aplauso que merece su primoroso trabajo, la variedad en los espectáculos, la esmerada interpretación de las obras y el acierto con que son dirigidas por Balaguer.

Muy extenso es su repertorio, del que entresacaremos algunos títulos, pues sería harto prolija su enumeración: *Mi cara mitad*, *Bodas de plata*,

El amor que pasa, El afinador, Zaragüeta, El barón de Tronco Verde, El ama de la casa, D.ª Clarines, El señor cura, Los dominós blancos, Pascual Cordero, La doncella de mi mujer, El noveno mandamiento, San Sebastián, mártir, Militares y paisanos, Las flores, Clara-Sol, Tortosa y Soler, El sombrero de copa, Los gansos del Capitolio, El libre cambio, El genio alegre, Las de Caín, El cura de Longueval, El centenario, La ley del mundo, etc.

ANTERA BAUS

CARTAGENA, 1797.

A la temprana edad de nueve años pisó la escena por vez primera, tomando parte en la famosa comedia de Moratín *El sí de las niñas;* trabajó después bajo la dirección de Máiquez, de quien se separó por no representar la tragedia *Athalia*, por creer en su modestia carecer de facultades para hacerlo cual la obra requería.

Esto no fué óbice para que en 1822 representara otra tragedia, *Raquel*, con gran aplauso, producción que no se reprodujo por causas políticas, quedando en el panteón del olvido.

Antera, como su hermana Joaquina, fueron en aquella época, gloria de la escena española, y su nombre y su familia se han perpetuado en la dramática castellana.

ELISA BOLDÚN

SEVILLA.

Aquella gentil actriz que aún recuerdan los barceloneses, constantes apasionados por el Teatro Principal, se eclipsó en el zénit de su gloria al contraer matrimonio, viviendo retirada con su esposo cabe las márgenes del Turia.

Su precocidad en la escena española fué tal que a los ocho años se presentaba ante el público en el Teatro Principal de Cádiz, tomando parte en la representación de *La archiduquesita*, *Hija y madre* y *La alegría de la casa*, cuyas representaciones revelaron los albores del fuego artístico que ardía en el alma de la incipiente actriz.

En 1860, al lado de Romea, su eminente maestro, desempeñó, en el teatro de Lope de Vega, a maravilla el papel de Margarita en la comedia de Larra *La oración de la tarde*, siendo entusiastamente aplaudida.

Representó luego en el Teatro del Príncipe en la compañía de P. Delgado, al lado de la ínclita Teodora Lamadrid; pasando después a San Sebastián, Granada, Valladolid, Zaragoza, Barcelona y otras partes, conquistando en todas las escenas los triunfos debidos a su talento y a su estro artístico,

que lo mismo le permitía conmover el corazón en lo trágico, que escitar la carcajada en el género cómico.

Al regresar a Madrid llevaba un lastre de gloria, bastante a abrirle las puertas de todos los coliseos, y obtener desde luego el caluroso favor del público de la Corte.

En 1866 trabajó con su maestro Romea en el Español, después con Catalina y la eminente Matilde Díez; en 1874 fué primera actriz en el Teatro del Circo, con Victorino Tamayo y Rafael Calvo, habiendo terminado sus triunfos en el Español, para abandonar la carrera al contraer matrimonio; ésta fué brillante hasta el apogeo, y si obtuvo grandes éxitos con el teatro de José Echegaray, no los alcanzó menores con el de otros autores, que en vez de poner el llanto en sus ojos, ponían en su boca regocijada sonrisa, cambiando con gran facilidad las crisis del drama por las inocencias e ingenuidades de la jocosa comedia.

He aquí algunas de las producciones que más primorosamente interpretaba: *Gabriela de Vergy, La niña boba, Un drama nuevo, El abogado de pobres, La bola de nieve, El tanto por ciento, Los amantes de Teruel, El tejado de vidrio, D. Juan Tenorio, Un banquero, La Beltraneja, El pañuelo blanco, Crisálida y mariposa, Marcela o ¿a cual de los tres?, Mi secretario y yo, Amor, honor y poder, Marta la piadosa, La vida es sueño, La jura en Santa Gadea, Amar a ciegas, Entre bobos anda el juego, Mujer gazmoña y marido infiel, Entre el deber y el derecho, Otello, Casa con dos puertas, La*

feria de las mujeres, Me voy de Madrid, La Redoma encantada, La escala de la vida, La novela de la vida, No hay mal que por bien no venga, El desdén con el desdén y *Más vale maña que fuerza.*

En 1873 se le dedicó el siguiente Soneto en la noche de su beneficio :

Si al par que el entusiasmo y el deseo
fuese grande el valer de nuestra lira,
el nombre de Boldún, que hoy nos inspira,
resistiera al agua del Leteo.
El dolorido afán, el discreteo,
la enamorada amante que suspira,
la que celosa de su amor, delira,
en tí sublime y sin esfuerzo veo.
En carmesíes hojas de claveles
tu sonrisa no más, calma la pena ;
la dulzura en tu voz, destila mieles ;
La dicha, tu dolor fiero envenena ;
y así, reina del arte, entre laureles
triunfante pisas la española escena.

CONCEPCIÓN CATALÁ

BILBAO.

Pocos datos hemos podido conseguir acerca tan meritísima actriz, bien conocida del público de Barcelona por su gallarda figura, su belleza, elegancia y distinción, por su afable trato, y sobre todo por su acertada interpretación del teatro cómico moderno que representa admirablemente, dando especial resonancia a cada tipo o personaje.

Fué segunda dama de la Pino, de la que aprendió la sutilidad en la expresión, adquiriendo, empero, una naturalidad, que le es propia, y que facilita su movimiento en la escena como si se hallara en su casa.

Ha trabajado principalmente en Madrid y Barcelona, habiendo hecho excursiones artísticas en provincias y en América.

Entre su vasto repertorio citaremos *El centenario, Amores y amoríos, El cura de Longueval, El director general, Las de Caín, Lo cursi, El genio alegre, Divorciémonos, Los gansos del Capitolio, El sombrero de copa, Las flores, La dicha agena, El matrimonio interino, La musa loca, D.ª Clarines, El ama de la casa, Zaragüeta, El patio, El abolengo, El amor que pasa, Por las nubes* y otras muchas.

MANUEL CATALINA

MADRID, 1886.

Hijo fué de una distinguida familia, que quiso utilizar el incipiente talento del joven Manuel en la carrera de abogado, pero su decidida afición al teatro le hizo abandonar el templo de Temis por el de Talía, y en 1846 debutaba en el teatro del Instituto con la producción *Quiero ser cómico.*

Pasó en 1847 al Teatro de la Cruz, donde puso en escena *D. Alonso de Ercilla, Los dos amigos y el dote, El bufón del rey* y *La voluntad del difunto.*

Trasladóse a Barcelona, y aquí representó en los teatros de Santa Cruz y Capuchinos *El amante universal, Un cambio de mano, Cecilia la cieguecita* y *El que menos corre vuela.*

Estuvo en la Coruña, Valencia, Sevilla, Habana, Santiago de Cuba y Méjico, donde triunfó con *Los hijos de Eduardo, No hay que tentar al diablo, La carcajada, Mujer gazmoña y marido infiel.*

Constituído en director y empresario del Teatro del Príncipe, de Madrid, contrató a Romea, y a su

lado acrecentó sus aptitudes, estrenando gran número de obras y justificando en ellas su divisa *todo para el arte.*

Refundió *El licenciado Vidriera*, de Moreto, y *Por derecho de conquista*, de Légouvé, esta última una de sus favoritas, en que estaba inimitable, en compañía de Matilde Díez, con quien compartió durante algunos años las glorias de la escena, obteniendo también grandes triunfos en *Batalla de damas.*

Su natural elegancia y sus maneras aristocráticas fueron un acabado modelo para todos los actores de su época, y su altura intelectual le hizo sobresalir entre sus émulos; era por extremo erudito, versificaba con facilidad y era también un distinguido prosista.

JOAQUÍN CAPRARA

BOLONIA, 1770

Aunque italiano, español fué como actor, que vino aquí con el ejército de su nación, y al tomar la licencia ingresó en el teatro, desempeñando los papeles más humildes, pero sus aptitudes, su acción natural y expresiva, y su artística cabeza hicieron que Máiquez comprendiera que de él podía hacer un gran actor, como así sucedió.

Andando el tiempo dejó de ser galán y actuó de característico, siendo nombrado profesor del Conservatorio de Madrid al fundarse esta institución.

SALVADORA CAIRÓN

1881.

Fué primera actriz, y representó con discreción y aplauso. Compartió aun joven el ocaso de las glorias de Pepe Valero, con quien casó, pero no fué sino un satélite de ese grande astro de la escena española.

Salvadora era andaluza, y debutó en el teatro como bailarina; pronto dejó el baile por la comedia, en la que sobresalió en los papeles cómicos, lo que no excluye que brillara en el drama.

Su paso por la escena fué brillante, pero fugaz, a lo que contribuyeron sus relevantes prendas personales y las enfermedades que le sobrevinieron, desvaneciendo las esperanzas que sus dotes habían hecho concebir.

VICENTE CALTAÑAZOR

MADRID, 1814. . . . . MADRID, 1895.

Más que artista dramático ha sido artista lírico, contribuyendo en gran parte a la implantación de la zarzuela en España con su gracia natural, su vis cómica y los recursos de su talento, mas cómo actor fué en sus comienzos, y su labor cómica adquirió entonces gran relieve, le incluimos aquí con este carácter, prescindiendo de los éxitos que luego alcanzó en el género lírico como tenor cómico, en el que brilló durante muchos años.

Estudió en el Seminario de San Isidro el Real, dirigido por los PP. de la Compañía de Jesús, llevándole prematuramente al teatro no sólo las penurias de su familia, sino su vocación decidida por el arte de Talía.

En 1837 debutó en Zaragoza, y en 1845 actuaba ya de director en el teatro del Instituto de Madrid, donde puso en escena las parodias de las óperas *Lucrecia* y *Lucía*, con los títulos de

La venganza de Alfonso y *El sacristán de San Lorenzo*.

El éxito de estas piezas dramático-musicales le llevaron a la zarzuela, contribuyendo en gran parte a su propagación, después de ejercer con fortuna de gracioso en las comedias, muchas por él dirigidas, perdiendo el arte dramático su eficaz cooperación al dedicarse al lírico con entusiasmo y decidida voluntad.

RAFAEL CALVO

SEVILLA, 1844. CÁDIZ, 1888.

Hijo fué Rafael del actor D. José Calvo, quien destinaba su hijo a la carrera de Derecho, que éste abandonó muy pronto, después de haber cursado algunas asignaturas en la Universidad de Barcelona.

El que nace para actor se sujeta difícilmente a la férula de un Maestro; los arranques del genio están reñidos con la disciplina escolar y académica.

Bien pronto se convenció el padre de la irresistible vocación del hijo, y le confió en la noche de su beneficio, la interpretación de uno de los personajes en *La Alquería de Bretaña*.

Luego fué a América con Arjona, Lamadrid, Valverde y Mario en calidad de galán joven, y a su regreso fué a Murcia y Almería como primer actor.

En Madrid actuó en el Español con la Boldún, y luego en el teatro de la plaza del Rey con esa excelente actriz, Victorino Tamayo, Donato Jiménez, y su hermano Ricardo.

Después de varias excursiones por provincias, volvió al Español, de Madrid, alternando allí con su émulo Vico, desde entonces su estimado amigo y colaborador.

Fué después a la América del Sur, donde conquistó *plata* y laureles en abundancia; regresando en 1885.

Tomó por su cuenta el Español, y con Vico hizo otra vez las delicias del público madrileño, pasó luego al de la Princesa, después a Barcelona y Cádiz, donde se extinguió prematuramente una existencia gloriosa para el Arte, después de un incesante y siempre aplaudido trabajo.

Calvo ha sido una figura de gran relieve en la escena española, en la segunda mitad del siglo pasado; su estatura no era aventajada, pero su rostro, agraciado y expresivo, completaba la armonía y el tono en las estrofas que recitaba con inimitable perfección, hasta llegar a hacerlas más rítmicas de cómo las había ideado su autor.

Todos los géneros dramáticos fueron por él

perfectamente interpretados, lo mismo del teatro antiguo que del moderno, y entre el gran número de obras que figuraron en su repertorio citaremos *La Beltraneja, En esta vida todo es verdad y todo es mentira, El mágico prodigioso, La vida es sueño, El desdén con el desdén, Un drama nuevo, D. Alvaro o la fuerza del sino, Hermenegildo, El castigo sin venganza, El vergonzoso en palacio, El Trovador, El Zapatero y el Rey, D. Juan Tenorio, El suicidio de Werther, La bola de nieve,* y todo el repertorio de José Echegaray, la mayor parte de cuyas producciones fueron escritas por el insigne dramaturgo para ser representadas por su actor favorito.

Cuando su talento había llegado a conquistarle el apogeo en su carrera vino a sorprenderle la traidora enfermedad en Cádiz, causando su prematura muerte un duelo nacional, pues a parte sus dotes como artista, Calvo se había hecho simpático en todas partes, así en España como también en América.

Manuel Ossorio le dedicó el siguiente Soneto en 1872.

Como aquel gran artista de tu nombre
tú eres pintor también: la poesía
que presiden Melpómene y Talía
guardaba para ti, digno renombre.
Intérprete fiel de otro gran hombre
su Segismundo en ti cobra valía,
porque al darle más vida y lozanía,
aun más su ingenio al universo asombre.
Poetas que seguís por su camino:
si la voz de Rafael los aires llena,
no dudéis de alcanzar alto destino;
Que ya se nombra y por doquier resuena
como en pintura Rafael divino,
él, el divino de la patria escena.

MIGUEL CEPILLO

Excelente actor que brilló en la escena española a últimos del siglo pasado, fué Cepillo muy querido de los públicos de Madrid y Barcelona, distinguiéndose de un modo especial en la interpretación de la comedia y del melodrama, aunque alguien le acusó alguna vez de frialdad en la expresión y de cierta monotonía en el gesto; a pesar de ello, triunfó siempre en comedias tan regocijadas como la titulada *Un inglés y un vizcaíno*, que ha hecho las delicias de todos los públicos. Trabajó largas temporadas al lado de maestros como Mario, y otras veces se presentó al frente de valiosas compañías, como al estrenar en Barcelona el famoso melodrama *Los dos pilletes*. Actor muy concienzudo y de una gran probidad artística, no defraudó nunca las esperanzas que autores como Galdós y Echegaray pusieran en sus grandes facultades para el estreno de obras suyas, y cuenta que éste no es elogio pequeño.

P.

CARMEN COBEÑA

Llevada a ella por una vocación decidida y fuerte, allá por el año de 1890 empezó Carmen Cobeña su carrera artística, habiendo sido uno de sus primeros maestros en la escena el inolvidable Rafael Calvo, a cuyo lado se ganó la joven actriz sus primeros triunfos teatrales, aquellos que casi siempre deciden de la futura suerte de un comediante. Después empezó a brillar con luz refulgente y propia entre la pléyade de buenos cómicos que tan bien sabía manejar la experta mano de Emilio Mario, distinguiéndose por la «suave fuerza» con que sabía expresar sobre las tablas los más complicados sentimientos... Como tantos otros actores y actrices españoles, quiso también la Cobeña probar fortuna en América y gustar el sabor de los aplausos de nuestros hermanos de allende los mares y cabe afirmar que de aquellos países ha vuelto nuestra actriz habiendo ganado en fuerza expresiva su voz y su ademán y también bastante más segura de sí misma, como lo demuestran los grandes triunfos alcanzados en las últimas campañas que ha hecho en diversos teatros de Madrid y de provincias, especialmente interpretando el teatro

moderno, hecho casi siempre de reconditeces y de esfumados matices, teatro en que la Cobeña se nos muestra aquella sorprendente actriz que sabe fundir en sí misma el apasionado fuego de su primer maestro con la reflexiva serenidad que el incomparable Mario supo infiltrar en su alma de mujer, que es la Cobeña una de las actrices españolas más hondamente femeninas.

P.

CÁNDIDA DARDALLA

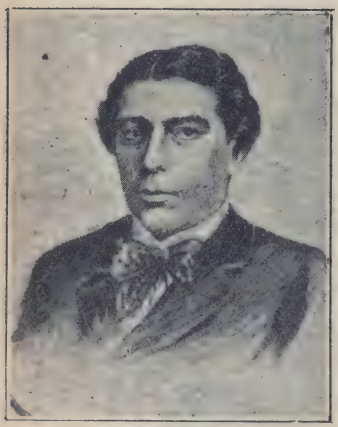
Allá por los años de 1860 a 1870 brilló en la escena barcelonesa, en el Teatro del Circo, una dama joven sin par que, llamándose *Cándida*, y, siendo muy lista, representaba con gran primor los papeles de ingenuidad y ternura.

Las obras entonces en boga de Ayala, Larra, Eguilaz y otros, tuvieron en la Dardalla su mejor intérprete, despertando y avivando en el público los más delicados sentimientos, conmoviendo el alma con sus acentos, sus ademanes y hasta con su expresivo silencio.

Cándida procedía de la raza gitana, y sin embargo fué durante

mucho tiempo el figurín que imitaban las señoras, pues se hizo proverbial su elegancia y notoria su distinción.

Hemos dicho antes que Dardalla era una primorosa dama joven, y ahora añadimos que en los papeles de dama no convencía, pues le faltaban voz y figura; era una especie de Marini, actriz italiana que arrebataba cuando hacía la *Pamela*, de Goldoni, y *Il figlio de la selve*, y enfriaba en *Medea* o en otros dramas pasionales e intensivos.



JOSÉ M.ª DARDALLA

Primer actor y director de escena en el género cómico. Trabajó en muchos teatros, especialmente en el Circo Barcelonés, donde hizo las delicias de los espectadores en largas temporadas con su vis cómica y su experta dirección.

Su especialidad era la representación de sainetes y cuadros de la vida gitanesca, en lo cual estaba inimitable, hábilmente secundado por el actor Guerrero; en *Los dos ciegos*, *El esquilador* y otras piezas, trasladaban a la escena cuadros arrancados del natural, con tal acierto y tanta gracia que el público se regocijaba a más y mejor, premiando con sus aplausos la labor de Dardalla muy especialmente.

PEDRO DELGADO

SEVILLA, 1904.

Fué en sus comienzos cómico aficionado, perfeccionándose tan rápidamente en el arte dramático que, al aparecer en público en el antiguo Liceo de Vista Hermosa, hízolo como primer actor y director, caso que tiene pocos ejemplos en España.

Brilló en el *Sancho García*, que representó muchísimas veces, y también en *El tanto por ciento*, de Ayala, que estrenó con Teodora, la Boldún y Casañer, siendo imposible, por su gran número, citar las muchas obras cuyo estreno le confiaron los autores.

Citaremos, empero, como muestra *El haz de leña*, de Núñez de Arce, *Traidor, inconfeso y mártir*, de Zorrilla, *Otelo*, de Retes, *El jugador de manos*, *Sol de invierno*, *etc.*

D. Juan Tenorio, de Zorrilla, fué estrenado sin éxito por Latorre, maestro de Delgado; se empeñó éste en resucitar la obra, y venciendo la repugnancia de Teodora, que temía un nuevo fracaso, la hizo reaparecer en escena, obteniendo un ruido-

so triunfo, y siendo éste la base de los pingües rendimientos que da el feliz engendro de Zorrilla en el tiempo de las castañas en casi todos los teatros dramáticos de España.

Fué Delgado una persona culta y simpática, que sostenía amable trato con nuestros mejores literatos y fué una especialidad en el género romántico.

En 1891, alejado ya de la escena, Mario dió una función a su beneficio en el Teatro Español, y en ella el agraciado representó en *El violín de Cremona*, oyendo los últimos aplausos dedicados a tan benemérito actor.

Después de esto cayó en la obscuridad, fué asilado del Hospital de Sevilla, y murió allí en medio de la mayor indigencia.

FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA

MURCIA, 1863.

Noble origen tiene este excelente actor, pues su padre ostentaba, entre otros títulos, los de marqués de Fontanar y conde de Balazote y de Lalaing, grande de España de primera clase.

Casó con D.ª Ventura Serrano, hija de los duques de la Torre, y en el teatro que éstos mandaron construir en su hotel, llamado «Teatro Ventura», empezó a representar el prócer con tal entusiasmo, que después de enviudar se lanzó resueltamente a la escena, debutando en el Español con

La Dama de las Camelias, en la Comedia con *Mariana* y en la Princesa con *D. Alvaro o la fuerza del sino*.

Su esmerada educación le había preparado para dignificar el arte escénico, y, a pesar de haberse mecido su juventud entre el fausto y los placeres, quiso crearse una fortuna propia con su solo esfuerzo, y la escena le deparó el lugar adecuado para su intento, en provecho de la misma y del progreso en la vida teatral.

Wenceslao Bueno adivinó sus relevantes cualidades, y con él recorrió los teatros de las provincias de Levante, siendo notorios sus adelantos en la carrera a que con tanto entusiasmo se había dedicado.

Pronto la crisálida se hizo mariposa, y el actor secundario de la compañía de Bueno se trocó en director y hasta empresario.

En 1895 fué contratado por D. Ramón Guerrero para el Teatro Español, donde actuó bajo la dirección de D. Ricardo Calvo, y luego bajo la suya, brillando como astro de primera magnitud en el teatro clásico.

En enero de 1896 los amantes figurados en la escena se convirtieron en esposos en el hogar, uniéndose a la ínclita actriz María Guerrero, hija de D. Ramón, compartiendo con ella los triunfos,

así en el teatro antiguo como en el moderno, habiendo estrenado la mayoría de las producciones hoy en boga, escritas para uno u otro de ambos cónyuges.

Ellos han dado la tónica del buen gusto y la propiedad en la escena, vistiendo trajes suntuosos, fruto de inteligentes estudios de indumentaria, lo que, unido a sus méritos personales, les ha valido justa fama en España y en el extranjero, donde sus *tournées* han constituído una carrera gloriosa, llevando en triunfo por el mundo las creaciones de nuestro teatro.

La compañía que dirigen es la que con mayor fidelidad sigue las trazas de los grandes artistas nacionales y extranjeros, sin perjuicio de aplicar todo el progreso operado en los mejores teatros modernos.

Esto explica sus éxitos aquí y en Ultramar; desde 1898 recorrieron la República Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Cuba, Guatemala, San Salvador y Panamá, renovando en aquellos países la savia de sangre española que tristes recuerdos habían paralizado, contribuyendo al renacimiento del cariño fraternal entre españoles e hispano-americanos.

Es que Díaz de Mendoza y su esposa no se satisfacen con el éxito personal, sino con el de toda la compañía, hábilmente preparada y dirigida.

Sólo así se comprende que se atrevieran a actuar en París, Bruselas, Milán y Roma, obteniendo ovaciones en esas capitales, donde el arte dramático cuenta con eximios actores y actrices.

Las cualidades de buen gusto en el decir, en el vestir y en decorar, el estudio de los personajes que representa, y su acción propia y elegante le han valido la dirección del Conservatorio de Madrid, de donde han salido discípulos que le honran y enaltecen.

Ha sido fundador y es presidente honorario de la Asociación de actores españoles, a la que dió alientos en su génesis, y a la que ha dispensado una espléndida protección.

Tal actor requería escenario propio, cual es el del Teatro de la Princesa, donde actúa en invierno, dando a conocer las nuevas producciones del teatro español, poniendo de relieve sus méritos con una artística y excelente actuación.

MATILDE DÍEZ

MADRID, 1818. MADRID, 1883.

Una de las más preciadas glorias de la escena española corresponde a Matilde Díez.

Desterrado su padre de la Villa y Corte por sus ideas políticas, y no en muy buen estado su peculio, acudió la hija en auxilio del padre, aportando su precoz inteligencia, su gracia natural, su belleza y su voz incomparable.

Debutó en Cádiz o Lisboa, que esto resulta algo borroso, a los nueve años de edad, con éxito extraordinario, no dejando ya las tablas desde tan temprana edad.

Trasladada la familia a Sevilla cuatro años más tarde, Matilde representó un monólogo que para

ella escribió D. Juan Nicasio Gallego, titulado *Mariquita la golosa* y *Cristina o la reina de quince años*, aprovechando las lecciones del célebre actor García Luna.

En el teatro del Príncipe, de Madrid, donde actuó desde 1834, la incipiente actriz adquirió la categoría de artista desde su primera representación con *La niña en casa y la mamá en las máscaras*, se consolidó su justa fama y adquirió su nombre relevante nombradía.

Casó en 1836 con Romea, astro de primera magnitud, en el teatro Español; su idilio duró poco, pues dos genios tan colosales no cabían en un hogar; misterios del alma y del arte los separaron, para no juntarse sino en la tumba, donde sus restos proclaman la efímera gloria mundana, cuyo recuerdo sólo perdura cuando es tan radiante como la de Matilde.

De 1853 a 1859 estuvo en América, cosechando pesos, triunfos y aplausos en Cuba y en Méjico, y terminó su carrera desempeñando con gran maestría la cátedra de declamación en el Conservatorio de Madrid.

Dominó Matilde todos los géneros, desde el pasillo a la tragedia, sí con garbo en lo cómico, con acentos y actitudes académicas en lo dramático, resplandeciendo en todas sus interpretaciones un sentido estético que las elevaban, y causaban la admiración y el asombro del público que la oía.

Afable, inteligente y discreta, se captó la simpatía de cuantos la trataron, así en Madrid, donde vió la luz, y donde se extinguió su voz dulce y argentina, como en esta capital donde pasó algunos años de plácido retiro en su residencia de San Gervasio.

Y antes de poner punto, evoquemos un soneto

de su época, que sintetiza la admiración que su labor artística inspiraba.

¿Quién como tú, mujer, ángel o diosa,
pinta, retrata, gime, sufre y llora?
¿Quién como tú, Matilde, así atesora
las prendas todas de una actriz famosa?

Al resonar tu voz, si poderosa,
¿quién no descubre en ti a la gran señora?
Si tierna escapa, fácil y sonora,
de pura virgen es, de casta esposa.

¿Y quién, sublime actriz, quien lo dijera,
que a tanto el genio y el estudio alcanzan?...
Sin ellos nadie a tanta altura llega.

Aplaudir hoy tu mérito es quimera,
cuando para ello de la tumba se alzan
Moreto, Calderón, Lope de Vega.

MARÍA DEL ROSARIO FERNÁNDEZ
(La Tirana)

Sevilla, 1775. Madrid, 1803.

Casi sale del cuadro de artistas contemporáneos la famosa Tirana, por la remota fecha en que actuó, pero fué tal su relieve, tan simpática su persona y relevante su talento, que bien merece una honrosa escepción.

Rosario poseyó gran belleza y fué durante muchos años la niña mimada del público de Madrid.

Allí, en el árido promontorio castellano hizo

brillar reflejos de luz de su tierra, el gracejo andaluz y la bulliciosa alegría de sus paisanos.

El famoso Goya la reprodujo en un célebre cuadro, en el que no se sabe si debe admirarse la hermosura y donaire del original o el árte con que Goya lo trasladó al lienzo, realzando y poniendo muy altos los méritos físicos y el admirable porte de Rosario.

Empezó su brillante carrera en los Reales Sitios, cuando luchaban los partidarios del teatro español con los del teatro francés, dominando casi éste por el legendario antojo de los españoles por todo lo que lleva el sello extranjero.

Ecléctica la Tirana, así representaba obras de Calderón, Rojas Zorrilla, y Comella como de Racine, Corneille y Moliére; interpretando con igual acierto la tragedia y la comedia, en todos sus grados, matices y géneros, gracias a su talento y exquisito sentimiento artístico.

En aquella época, en que el teatro estaba severamente regimentado con las reformas del conde de Aranda, era ya un triunfo llegar a representar papeles de dama, triunfo que alcanzó pronto Rosario por sus prendas físicas e intelectuales y los encantos de su *sprit* que dicen los franceses, que ella poseía en alto grado.

Hubo de luchar por entonces con otra renombrada andaluza, *La Caramba*, que se llamaba María Antonia Fernández, agraciada y salerosa, algo descocada, que cantaba gitanesca y voluptuosamente, de mucha belleza, alegre conducta y extravagante indumentaria.

Esto y otros motivos, si le atrajeron triunfos fueron mezclados algunas veces con pesares, que acibararon en ocasiones la placidez de una dichosa y alegre existencia; y como trabajase con exceso al fin la fatiga acabó sus fuerzas y su vida.

No fué feliz en su matrimonio con Castellanos, que el genio se acomoda poco a la prosa del hogar.

Moratín dedicó a la Tirana sentidos versos, loando y describiendo el mérito de la varia e inteligente interpretación de todos los tipos y matices que idealizó con su acertada interpretación.

MARIANO FERNÁNDEZ

MADRID, 1815.

El parentesco con un empleado del Teatro de la Cruz hizo despertar su afición y sus aptitudes teatrales.

Estudió en el Conservatorio con Luna y Guzmán.

En 1835 debutó en el Teatro del Príncipe con *La Mogigata*, de Moratín, con gran éxito.

Trabajó en provincias como actor, y con poco sueldo, al lado de nuestros grandes actores.

Sustituyó a Guzmán en el género cómico, y fué siempre el encanto del público por su gracejo natural y distinguido, constituyendo su arte un correcto modelo, digno de ser imitado.

Lucía su trabajo en el Teatro de Calderón, Tirso y Moreto, y a la vez se hacía aplaudir con grande entusiasmo en las tonadillas picarescas.

Fué amigo y condiscípulo de los Romea y demostró su nativa bondad en el seno de la familia.

Como prueba de la popularidad que había obtenido muy justamente por sus relevantes cualidades, podemos citar, entre otros éxitos, el de *La familia improvisada*, de Vega, representada ciento veinte noches sin interrupción.

DOMINGO GARCÍA

Fué durante muchos años regocijo del público de nuestros teatros, especialmente de Barcelona, este actor cómico que hacía reir cuanto más serio se ponía, por su decir, su hacer y su presentar, se caracterizaba muy bien y vestía, si algo grotesco, con propiedad y con gracia.

Su especialidad era el sainete y las comedias de magia, que hacía con gran donaire y sin ese cansancio de que adolecen muchos actores cuando repiten muchas veces una producción.

Estaba inimitable en *La cola del diablo* y *La redoma encantada*, muy bien en *El chiquitín de la casa*, *Hija única*, en una revista de Palencia titulada *España*, en *Francillón*, y delicioso en el chocolatero rico de las *Sorpresas del divorcio*.

Aprendió con Arjona, y en sus últimos años regentó la clase de declamación del Conservatorio de Barcelona.

JOSÉ GARCÍA LUNA

MADRID, 1865.

En 1830 fué primer actor del Teatro Español de Madrid, hasta 1841.

Estudioso y entusiasta, sus facultades empero no se avenían siempre con la representación escénica.

Descolló en *El arte de conspirar* y en *Lo de arriba abajo*, que representó en el Teatro Nuevo, de Barcelona, teatro en cuya área hoy existe la Plaza Real.

Estrenó *D. Alvaro o la fuerza del sino*, *El zapatero y el rey* y otras producciones, siendo uno de los mejores actores de su época.

Fué profesor del Conservatorio de Madrid.

FRANCISCO GARCÍA ORTEGA

Por discreto galán joven se tenía al realmente joven García Ortega, cuando se reveló primer actor de buena cepa en *El primer choque*, linda comedia de Sánchez Pérez, volando desde entonces en las alturas, y dejando de ser satélite de otros astros.

No en vano había recibido lecciones del gran Mario, lo que unido a sus excepcionales cualidades le convirtieron en primer actor y director, representando todo el repertorio moderno, entre

cuyas producciones recordamos *La Dolores, Miel de la Alcarria, El adversario, Catalina, Niño prodigio.*

La juventud y el talento de García Ortega hacen esperar que consolide en la escena la fama que en ella han alcanzado nuestros más preclaros actores, teniendo en cuenta su gran cultura, muy especialmente en cuanto a la dramática se refiere.

PEDRO GONZÁLEZ MATE

MADRID, 1843

Era tal vez el discípulo más aprovechado de Latorre; empezó a actuar en el Príncipe, de Madrid, y después figuró en varias compañías como primer actor y director, descollando en el género romántico, entonces tan en boga.

Su fama fué tan grande como pasajera, pues murió joven, agobiado por cruel enfermedad, antes de finir la primera mitad del siglo pasado.

Representó en Barcelona en el Teatro de Capuchinos, donde hizo a maravilla *Lo de arriba abajo* y *El diablo verde.*

Presenciaba una corrida de toros desde un palco, y le ocurrió llamar cobarde al diestro que estaba en la faena de matar el toro, y éste, encarándose con Mate exclamó: Baje su mercé a demostrar su valor, pues aquí se muere de *veritas*, y allá en las tablas se resucita al bajar el telón.

JUAN GRIMALDI

FRANCIA

Militar, literato, periodista, diplomático, pedagogo, autor, actor y empresario; todo esto fué D. Juan Grimaldi, que vino de Francia en 1823 con el ejército del Duque de Angulema, luego se españolizó y se consagró a las letras y al teatro, aprovechando los estudios que tenía hechos de nuestros clásicos del siglo de oro.

Bien merece aquí un sitio de honor el maestro de tantos cómicos, el Mecenas a quien muchos debieron su fama, y a quien calificó el sabio Marqués de Molins como regenerador del Teatro Español, desterrando del drama lo enfático, y el exceso de romanticismo en la comedia.

Grimaldi estudió literatura con tal provecho, que fué luego el consultor obligado de muchos, y casado con la notable actriz Concepción Rodríguez, tomó a su cargo el teatro del Príncipe y reemplazó allí al gran Máiquez, empresa por demás gigantesca, aleccionando a su esposa y a Latorre.

Fué además de profesor un experto director en la decoración, la indumentaria y la manera de manejar la comparsería.

Entre otras producciones tradujo *La huérfana de Bruselas*, y *La pata de cabra*, mejorando esta última con un castizo y donoso lenguaje.

Grimaldi en su tiempo fué hombre de grande influencia, no solamente en el teatro, sino en la política y el periodismo, fué Cónsul de España en París, defendió denodadamente el trono de Isabel II, e intimó con la Reina Gobernadora, de quien fué apoderado en la capital de Francia.

CEFERINO GUERRA

LORCA, 1815.

Allá, a mediados del siglo pasado hubo un excelente actor en el Circo Barcelonés de Barcelona, hábil director y maestro consumado de cuantos figuraban en su compañía.

Privaba entonces el repertorio de Eguílaz, Larra y Tamayo, que él representaba con gran maestría cuidando la presentación escénica y todos los detalles para hacer completa la ilusión en el espectador.

Cultivaba todos los géneros, y así brillaba en las fuertes sensaciones de las *Querellas del Rey sabio*, como en los cómicos apuros del protagonista de la pieza *Una idea feliz*, que se ofrece a hospedar extranjeros, sin conocer más idioma que el castellano, pero queriendo aparentar que posee muchos, siendo esto causa que los confunda y forme una cómica ensalada. Representó hasta 1864 ó 1865, siempre con éxito y en su ciudad natal hay un teatro que lleva su nombre.

JOSEFA GUERRA

De esta notable actriz, no tenemos otras noticias sino que figuraba en la compañía de Mario, y aún joven y bella, representaba con garbo y sutileza los papeles de característica, en los cuales en aquella época apenas si nadie la igualaba.

MARÍA GUERRERO

MADRID, 1869.

La actriz de mayor renombre en la escena española de algunos años a esta parte, es la gentil María, artista de corazón, inteligente y apasionada por la estética en cuanto se refiere al teatro e integra la escena, para producir la ilusión del natural en un sentido elevado y propio de lo que en ella se representa.

María Guerrero estudia sin descanso, y atiende con exquisito buen gusto así al traje como al decorado, al carácter de cada personaje como a los efectos de conjunto.

Aleccionada primero por Teodora Lamadrid y después por Coquelín, ha introducido en la repre-

sentación teatral tal lujo y propiedad en el ambiente en que los artistas se mueven y en los trajes que visten, que ha obligado a todos los actores

a abandonar el punible descuido que en esto se notaba, aunque las imitaciones carecen generalmente del sello genial que ha impreso María a las

producciones que ha creado, esmaltando y enriqueciendo sus bellezas.

Después de seguir al experto Mario en el Teatro de la Comedia de Madrid, aprendiendo mucho del prestigioso director de escena, instalóse en el Teatro Español, de aquella capital, donde alcanzó grandes y sucesivos triunfos.

Todos los géneros fueron por María hábilmente interpretados, sobre todo el teatro clásico, que ella hizo revivir y que ha sido siempre el nervio de todos sus programas.

Al lado de las producciones de Tirso y de Calderón ha creado con profundo estudio y el temperamento adecuado a cada época y a cada personaje, desde 1890 hasta el presente, tipos opuestos y divergentes en *D. Juan Tenorio, Lo positivo, Un crítico incipiente, La casa de campo, Entre dolora y cuento, El cura de Longueval, Felipe Derblay, El moderno Endimión, La última limosna, La mujer de Lot, Mariana, María Rosa, Cleopatra, Semiramis* y todo el repertorio moderno de Echegaray y Guimerá, del atildado Benavente, de los donosos Quinteros, y de nuestro paisano el ya renombrado Marquina.

Casada en 1896 con el linajudo D. Fernando Díaz de Mendoza, marqués de Fontanar, cuya pasión por el arte le hizo abandonar el palacio por las tablas, elevando éstas en palacio con su distinción y su talento, contribuyó este enlace a acrisolar el escenario que caracterizaba a María, y a obtener unos conjuntos admirables, bajo la batuta de tan expertos directores, así durante los años

que ejercieron en el Teatro Español, como últimamente en el de la Princesa.

María Guerrero consolidó su fama no sólo en Madrid, sino en las más importantes ciudades de España; fué llamada a América, y allí alcanzó ruidosos éxitos, atreviéndose a declamar sus obras favoritas en Francia, Bélgica e Italia, países clásicos en el arte dramático, habiendo hecho con fortuna tan peligrosa *tournée*.

María Guerrero es hoy la primera actriz española, calificativo consagrado aquí y allende los mares.

ANTONIO DE GUZMÁN

MADRID, 1786. MADRID, 1857.

Dedicóse cuando joven a la pintura, pero viendo que el arte de Apeles no daba jugo para aliviar la precaria situación de sus padres, optó por el teatro, que tuvo para él honra y provecho.

En 1815 figuró en la Compañía de Máiquez en clase de gracioso, en cuyo género ha tenido pocos rivales, por su finura, su gracejo y por la cultura que supo adquirir.

Esta le llevó al Conservatorio como profesor, siendo muchos y renombrados los actores por él amaestrados.

La última obra que representó fué *El enfermo de aprensión*, de Moliére, con la que puso fin a una carrera artística que hace honor al teatro español.

JOSEFA HIJOSA

MADRID, 1840. MADRID, 1899.

Hija predilecta fué del pueblo de Madrid la donosa Pepita, y se lanzó a la escena atraída por irresistible vocación, llevando a ella toda la sal de los barrios de Lavapiés y Maravillas, todo el garbo de las madrileñas, un claro talento de interpretación y una naturalidad que atraía y subyugaba al público, que oía a la Hijosa riente y complacido.

Porque si brillaba en el género cómico y picaresco, se distinguía en lo ingenuo, y vestía y representaba el señorío con finura y distinción.

Todo esto le atrajo, además del favor del público, el cariño y predilección de los grandes autores de su época, siendo requerida por Serra, Blasco y otros para dar vida a los personajes por ellos concebidos.

Representaba en el teatro moderno *A la puerta del cuartel*, de Serra, y con la misma perfección

pero apareciendo en escena como otra mujer distinta en *El alcalde de Zalamea* y *La niña boba*.

Casó con el actor Morales, y no halló la felicidad en el hogar; es muy difícil recoger a diario laureles en la escena, viviendo ante todos, y replegarse a la vida doméstica, quieta, apacible, pero llena de realidades y miserias inherentes a nuestra flaca naturaleza.

La estrella de Pepita se nubló y su nombre desapareció de los carteles por mucho tiempo; reapareció en el Español creando un tipo de vieja andaluza en una obra de Felíu y Codina, siendo el último átomo de gloria que la Hijosa alcanzó en su vida de artista.

TEODORA LAMADRID

ZARAGOZA, 1821. MADRID, 1896.

De noble abolengo procedía Teodora, cuyo verdadero apellido Herbella trocó su padre por el de Lamadrid, de un próximo ascendiente, en la creencia que las tablas que pisaron tempranamente sus hijas Bárbara y Teodora deslustraban sus blasones.

Bien ajeno estaba entonces del renombre que había de alcanzar el improvisado apellido, por el

arte exquisito de ambas hijas, sobre todo por lo que respecta a Teodora.

Temprano empezó ésta su afiligranada labor, pues a los ocho años actuaba en Sevilla, revelando dotes excepcionales.

Desde 1832 representó en Madrid, bajo los auspicios del empresario Grimaldi, en los teatros del Príncipe y de la Cruz, y durante treinta años que duró su aprovechada carrera cultivó todos los géneros dramáticos y en todos ellos sobresalió.

Fué siempre una dama, en la acepción más elevada de este calificativo, apasionada por su arte se identificó con todos los tipos, siendo una reina

cuando la producción lo exigía, una encopetada duquesa y una chispeante manola cuando interpretaba los donosos sainetes de D. Ramón de la Cruz.

Aparte su belleza y su gallardía, la voz y la expresión de la fisonomía favorecían su fiel interpretación en los más opuestos personajes y en las situaciones más distintas y difíciles.

Teodora Lamadrid creó y dejó como modelos en el arte dramático las protagonistas de *El Trovador, Los amantes de Teruel, El tanto por ciento, Adriana Lecouvreur, La ley de raza, Locura de amor, En el puño de la espada, Lo positivo, La campana de la Almudaina, El baile de la condesa, El alcalde de Zalamea* y otras muchas, escritas expresamente para Teodora y estrenadas y creadas por tan eximia actriz.

Finalizó su carrera en el Conservatorio de Madrid, y allí, coronada su cabeza por blancos cabellos fué una profesora insigne, una madre amantísima de todos sus alumnos.

Si en la escena recogió muchos e inmarcesibles laureles, en su hogar sólo halló amarguras y desengaños.

Su marido Basili, hombre muy mundano, le deparó escasa felicidad, y de sus dos hijos uno murió en Londres y otro en Madrid en temprana edad; no tuvo suerte en el empleo de sus ahorros, que perdió casi por completo, y la que tanto lloró e hizo llorar fingiendo en la escena, derramó abundantes lágrimas de veras en el recinto donde debía esperar tranquilo bienestar y descanso moral de las

pasiones y vaivenes que el arte le obligaba a fingir en el teatro, Olimpo de su gloria y de su fama.

BÁRBARA LAMADRID

SEVILLA, 1812. MADRID, 1893.

Fué Bárbara de arrogante figura y superior talento. — Según Zorrilla, dama imprescindible de Carlos Latorre. — Su constante estudio, su imponderable amor al teatro, su entonación vigorosa, su entusiasmo, la chispa eléctrica de la inspiración brillaba en ella, haciéndola una gran actriz.

Como su hermana Teodora ocultó, por preocupación paterna, su apellido Herbella, y tomó el de uno de sus progenitores, Lamadrid, al pisar la escena en los teatros de Andalucía; pasó a Madrid en 1832, donde actuó en los escenarios de la Cruz y del Príncipe, representando con gran éxito *La huérfana de Bruselas*, *María Estuardo*, *El Trovador* en su estreno, y sobre todo *D. Alfonso el Casto* y *D.ª Mencia*, escritos expresamente para Bárbara, por Hartzenbusch; estuvo tan sublime en la interpretación de

este difícil papel, que Zorrilla le dedicó un elocuente párrafo, que transcribimos, porque resultaría pálida cualquiera que fuese la síntesis en que lo resumiéramos:

«Hartzenbusch impregnó la trama y dejó envuelto el argumento de este poema dramático en una nebulosidad puramente alemana, que enturbia un poco la claridad de su progresiva explanación; pero llega una escena explicativa de maravilloso artificio en el último acto, en cuya escena aclaratoria estaba la Bárbara inimitable; sólo su asombrosa facultad intuitiva, la penetración y el convencimiento artístico de su papel y su dicción limpia y correctísima hacían comprender, mientras lo explicaba, aquel laberíntico relato. Según ella la iba disipando, penetraba la inteligencia del espectador y veía claro a través de la niebla del argumento; cesaba Bárbara de hablar, y tornaba la neblina alemana a enturbiar la claridad de lo momentáneamente comprendido.»

Después de haber emitido Zorrilla este lisonjero juicio acerca la manera de interpretar Bárbara el tipo de *D.ª Mencía*, no es de extrañar que solicitara su concurso para crear los papeles que ideaba el fogoso poeta vallisoletano, y que representase a maravilla sus obras *Cada cual con su razón*, *Sancho García*, *El rey loco*, *El caballo del Rey D. Sancho*, *La copa de marfil* y *D. Juan Tenorio*.

Representó, además, con gran maestría *El vaso de agua*, *Mademoisselle Belle Isle*, *Un matrimonio sin amor* y *El príncipe de Viana*, de la Avellaneda, quien escribió una escena para dos damas, en la que compitió con la famosa Matilde, sin que saliera eclipsada en la competencia.

Después de haber contraído matrimonio la artista quiso retirarse a tiempo de la escena, pero a

ruegos de su marido y del mismo Zorrilla siguió representando hasta que viendo al público algo frío, después de las calurosas ovaciones de que había sido objeto, se retiró en definitiva, reapareciendo tan sólo para tomar parte en el beneficio de su sobrina Carlota.

Errores y desgracias mermaron sus ahorros, viniendo una cruel enfermedad a coronar su martirio; aquella gallarda dama se había convertido en paralítica mujer, sin vista ni movimiento.

¡Cuán pronto se eclipsa la gloria! ¡Cuán pronto se marchitan las flores!

MARIANO DE LARRA

MADRID, 1858.

El actor que tiene la fortuna de excitar la hilaridad del público así que sale al escenario, es hijo del afamado autor dramático D. Luis Mariano de Larra y sobrino del famoso actor D. Fernando Ossorio, de modo que por sus venas circula sangre de artista, a juzgar por su genealogía.

Ha ejercido principalmente en Madrid y Barcelona, donde es conocido y estimado por sus rele-

vantes cualidades de actor cómico, lo que no excluye que desempeñe con mucho acierto los papeles de característico; su repertorio es considerable, y en la escena se encuentra como el pez en el agua, sin perjuicio de ser un tanto escéptico al juzgar su carrera, lo que no empece para que la ejerza con conciencia y brillantez, habiendo conquistado uno de los primeros puestos en su género en la escena española.

CARLOS LATORRE

TORO, 1799. — MADRID, 1851.

Aun se esboza en nuestra memoria el recuerdo de Latorre, allá en nuestra niñez, cuando sobre las tablas del escenario del Liceo lucía su gallarda figura, su voz sonora, su actitud varonil, representando con talento el Rey D. Pedro I, en el drama de Zorrilla *El zapatero y el rey*, con una dignidad y grandeza que ya quisieran poder ostentar muchos soberanos de veras.

El haber sido paje del rey intruso José Bonaparte le obligó a emigrar al restaurarse la dinastía borbónica, siguió en Francia la carrera militar y formó parte de la guardia imperial.

Pero su vocación por el arte escénico le hizo abandonar a Marte, trasladándose a España en 1820,

debutando cuatro años más tarde en el Teatro del Príncipe con *Otelo*, obteniendo justos y nutridos aplausos.

Adquirida una sólida reputación de primer actor, apareció con gran éxito en los escenarios de Sevilla, Barcelona y Granada, recogiendo laureles bien merecidos de andaluces y catalanes.

Su fama le llevó en 1832 a la cátedra del Conservatorio de Madrid, y otra vez a París, en 1838, donde representó en francés *D. Sebastián de Portugal*.

Desgracias de familia le tuvieron alejado de la escena hasta 1841 en que reapareció en el teatro, dejando un brillante recuerdo así el actor como el director de escena, como trágico y como dramático.

Entre sus obras favoritas pueden citarse *Oscar, Edipo, Pelayo, El zapatero y el rey, El puñal del godo, D. Juan Tenorio, Sancho García, Marino Faliero*.

JUAN LOMBIA

ZARAGOZA, 1806.

Podría este aragonés figurar entre los autores, pues creó o tradujo *El sitio de Zaragoza, El trapero de Madrid, El avaro, La Bolsa y el Rastro*,

El pilluelo de París, y otras, pero lo mencionamos aquí porque es más conocido como actor.

Fué antes ebanista, educó sus aptitudes, y se dedicó al teatro con gran éxito, principalmente en Madrid, y en papeles de característico.

Siguiendo sus aficiones literario-dramáticas escribió la obra *El Teatro*, útil compendio del arte dramático.

JUAN JOSÉ LUJÁN

CUENCA, 1831. BADAJOZ, 1889.

Era un excelente actor cómico, que estudiaba los tipos populares en la realidad, y los reproducía en la escena con naturalidad, con gran lujo de detalles, sin exagerar la nota humorística ni degenerar en chocarrero.

Hijo fué de un carpintero, cuyo oficio ejerció, mientras sus aficiones le llevaban a representar comedias en teatros particulares, hasta que en 1865 se presentó como actor en el del Recreo, de Madrid, pasando en 1867 al de Variedades, donde fué el ídolo del público durante veinte años, siendo sus obras predilectas *El Memorialista*, *Trapisondas por bondad*, *Los pavos reales*, *La sombra de Torquemada*, *Los baños del Manzanares*, *La familia del tío Maroma*, y muchas otras.

Trabajó luego en provincias y después e el Teatro Lara, de Madrid, en 1887, falleciendo en Badajoz este *gracioso*, tan apegado a su público,

como entusiasta éste por su actor predilecto, que regocijaba sin recurrir a vulgaridades y torpes groserías.

RITA LUNA

MÁLAGA, 1770. MADRID, 1832.

En pocas líneas puede resumirse la silueta de esta célebre actriz, casi más del siglo XVIII que del XIX.

Hija fué de cómicos, y debutó a los veinte años en un teatro particular, con la clásica comedia *Casa con dos puertas mala es de guardar.*

Formó luego parte de la compañía destinada a los Sitios Reales, hasta que Floridablanca la hizo contratar para el Teatro del Príncipe, donde arrolló a la famosa *Tirana*, con su genio, su arte y su buen decir.

Actuó después en el Teatro de la Cruz, donde alcanzó grandes triunfos, pero su antigua rivalidad con la *Tirana*, el despego de Moratín contra Rita, por querer interpretar a su manera la comedia *El viejo y la niña*, sus desavenencias con el Corregidor Marquina, como también por contra-

riados amores, ello es que Rita Luna se retiró de la escena, y en las soledades del Real Sitio del Pardo fué un ángel tutelar de los pobres y una ejemplar y piadosa católica la actriz que había triunfado en el teatro, encendiendo en sus espectadores la pasión por el arte, el entusiasmo por lo heroico, y el desprecio hacia lo miserable.

Una pulmonía fulminante puso término a la vida de tan eximia actriz.

ISIDORO MÁIQUEZ

CARTAGENA, 1768. GRANADA, 1820.

Casi no pertenece este gran actor a la época contemporánea, pero astro de tal magnitud no puede faltar entre los satélites que de él recibieron la luz.

Isidoro Máiquez había nacido para actor dramático.

Su figura severa, su fisonomía expresiva, la difícil facilidad de identificarse con los personajes que representaba; todo en él concurría para formar uno de esos artistas que dejan nombre imperecedero.

Durante el tiempo que permaneció en París, emigrado por causas políticas, Máiquez completó, por decirlo así, su educación artística.

En España no tenía modelos a quienes imitar. En París vió al famoso Talma.

Era el tipo que Máiquez había soñado; al que mejor se adaptaban sus condiciones.

El actor español tomó del actor francés algunas actitudes, su escuela en el decir, y, en una palabra, su arte de declamación.

Pero como el insigne artista español conocía las diferencias que existían entre las aficiones del público parisiense y las del público español, no se limitó a copiar servilmente al celebérrimo actor francés, porque a ello se oponía su genio y su idiosincrasia.

Corrigió, transportó, por decirlo así, a la escena española aquel arte que tanto admiraba a los franceses.

En su vida íntima era con sus iguales cortés, con los superiores arrogante, con los humildes benévolo.

La tragedia fué el género favorito de Máiquez y donde rayó a mayor altura.

— Es tal mi temperamento — decía a Rubio, uno de los artistas de su compañía, — que cuando calzo el coturno me olvido de quien soy, y me parece que los espectadores están vestidos de máscara, porque me creo en los tiempos de la tragedia que represento.

Apuntados sus rasgos más salientes, vamos a

bosquejar al insigne trágico, que arrebató a sus oyentes interpretando a maravilla las obras de Racine, Shakespeare, Alfieri y Quintana, o sean los géneros francés, inglés, italiano y español.

El gobierno absoluto de aquella época veía con malos ojos cómo encendía el fuego del patriotismo en sus oyentes declamando con brío y vehemencia cuando representaba a Bruto, a Pelayo y a Megara, y cuando exclamaba entre frenéticos aplausos:

> « Y escrito está en el libro del destino
> que es libre la nación que quiere serlo.
> A fundar otra España y otra patria
> más grande, más feliz que la primera,
> a impulsos del hambre o de la espada.
> ¡ Libres nacimos ! ¡ libres moriremos ! »

Si como trágico rayaba en lo sublime, en la comedia estaba admirable, habiéndose distinguido en *García del Castañar, El rico-home de Alcalá, El pastelero de Madrigal, Cuantas veo tantas quiero, El astrólogo fingido, El vano humillado, Castillos en el aire, El celoso confundido, El distraído, El calavera.*

Como en todas las representaciones excitaba su presencia y su palabra vibrante el espíritu liberal, las autoridades rodeaban el teatro de agentes, y aun dirigiendo al actor previsoras advertencias, que él desatendía con su altivez y arrogancia.

El Corregidor Arjona quiso imponerle una obra insípida de un amigo suyo, y él se negó a ponerla en escena, siendo esta negativa causa de su desgracia.

Quiso interpretarlo el Corregidor como desacato a su autoridad y lo desterró a Ciudad Real; el pueblo se opuso, pero arrollado por la fuerza armada, fué llevado a la Mancha; de allí pasó a Granada, donde una terrible enfermedad le hizo perder la razón y la vida, terminando su carrera con las palabras que dirigió al doctor poco antes de su muerte: «Voy a estrenar la última tragedia, y, por mi desgracia, es la primera vez que no sé el papel.»

Omitimos comentarios propios como corolario de la gloria alcanzada por Máiquez, pues cuanto dijéramos sería pálido al lado de lo que acerca de él escribió Moratín.

«Inimitable actor, que mereciste
entre los tuyos la primera palma,
y amigo, alumno y émulo de Talma
la admiración del mundo dividiste.»

EMILIO MARIO

GRANADA, 1838. MADRID, 1899.

Su verdadero nombre fué Mario López Chaves, que cambió a excitación de Olona, por creer que resultaba «Emilio Mario» más eufónico y adecuado para el teatro.

Cursó en Madrid el bachillerato, la carrera notarial, y aun la preparación para la Escuela militar, pero su pasión por el teatro le llevó a la

escena, donde pudo evidenciar su gran talento y su amor al arte.

Estudió en el Conservatorio desde 1854, y en 1856 debutaba en el Español, protegido por Fernando Ossorio.

Trabajó con Romea, aprendiendo mucho de aquel coloso de la escena, y después en el Teatro de Novedades.

Estuvo dos veces en Cuba, con Arjona y la Lamadrid, y luego con Pepe Valero.

De regreso trabajó otra vez en el Español, y al fin se reveló en toda su magnitud, en el Teatro de la Comedia, que dirigió con gran pericia y fortuna.

Galán joven al principio, primer actor después y al fin director de escena, brilló en todos los papeles que le cupieron, sobre todo en la dirección, amaestrando a todos los artistas de su compañía.

La escena por él dirigida fué siempre modelo de naturalidad y buen gusto, no sólo en la disposición de muebles y adornos, sino en los trajes y en la manera y porte de los actores, que conducía insensiblemente por las vías del buen gusto y la perfección estética.

Muestras son de su hábil dirección y de sus condiciones de maestro, artistas tan meritísimos como Guerrero, Tubau y Mendoza Tenorio, actores como García Ortega, Thuiller, Rossell, Balaguer y Julianito Romea, que en su compañía consiguieron buena parte del perfeccionamiento de sus facultades naturales.

Mario alcanzó una época en que el teatro se deslizaba dentro de una atmósfera sensata y rica en las enseñanzas que debe dar, aparte el recreo y la distracción.

Autores renombrados producían sin cesar, y sus concepciones tendían a ilustrar el entendimiento, a purificar y ennoblecer el lenguaje, a elevar los sentimientos, en fin, a divertir y recrear dejando siempre en el ánimo alguna idea provechosa, alguna frase sutil y afortunada.

Desempeñó Mario todos los papeles con igual

perfección, pero tenía predilección por los de cura, como *La monja descalza*, *El amigo Fritz*, y *El cura de Longueval*, pero a la vez estaba inimitable en *Mariana*, *San Sebastián, mártir* y *Lo positivo*.

JOSÉ MATA

MADRID, 1905.

Participó de la época de Arjona y Valero, y también de la de Calvo y Vico, alternando con ellos, y adquiriendo notable relieve por su bella dicción, noble porte y perfecta indumentaria.

Ejerció en Madrid y provincias, descolló, entre otras obras, en *El tanto por ciento*, *Ferreol*, *El Señor D'Albert*, *Jorge el armador*, *La Carcajada*, y *De mala raza;* estrenó muchas, haciendo de sus protagonistas verdaderas creaciones, y mereció con justicia los aplausos y simpatías del público sobre todo en los melodramas, y por la seriedad en su manera de ser, como actor y como hombre.

ELISA MENDOZA TENORIO

BARCELONA.

Hija fué del apuntador Mendoza y de la donosa actriz cómica Rosita Tenorio.

Mecióse, por tanto, su cuna en el teatro, de modo que no es de extrañar que el escenario fuese su casa desde que en Cádiz debutó con lisonjero éxito con la obra *Hija y Madre*, después de aleccionada por el famoso actor Arjona.

Fué siempre una excelente dama joven, cultivó todos los géneros, pero estuvo mejor en la comedia que en el drama.

Actuó generalmente en Madrid, en los teatros Español y de la Comedia, pero los barceloneses disfrutamos también de los primores de nuestra paisana, cuyo acento puro castellano desmentía su origen catalán.

Aun recordamos su gracejo en *Lo positivo*, que ninguna actriz ha representado con tan graciosa ingenuidad, y también en *La casa de campo*, que desempeñaba a maravilla.

Entre su repertorio mencionaremos *D. Juan Tenorio, Los amantes de Teruel, La muerte en los labios, En el seno de la muerte, Consuelo, La mariposa, Un drama nuevo, La niña boba, El desdén con el desdén, Crisálida y mariposa.*

Ya hemos dicho que fué una de las mejores damas jóvenes de su tiempo, mas cuando por haberse retirado de la escena la Boldún se lanzó a desempeñar papeles de primera dama, le pasó lo que a muchas otras, que teniendo grande inteligencia y fina percepción para interpretar las pasiones humanas, sus cualidades físicas no siempre se avenían con la arrogancia y la fuerza que requieren ciertos caracteres.

A este propósito reproduciremos un juicio crítico emitido por el escritor Pedro Bofill, con motivo de la representación de *Lo positivo* cuyo parecer coincide con el nuestro:

«Estas condiciones se avienen perfectamente a las facultades de la simpática actriz, que es una excelente dama joven, quizás la única hoy día, muy a propósito para comedias como *El tanto por ciento*, para obras como *La mariposa*, pero que no puede interpretar en toda su plenitud las fuertes situaciones dramáticas para las cuales se requiere un aliento soberano, una entonación viril, y, las más de las veces, una figura que domine desde las tablas, por su continente y gallardía.»

Al casar Elisa con el Dr. Tolosa Latour, abandonó la escena, donde tantos lauros había conseguido, fijando su residencia en Madrid.

PEDRO MONTAÑO

De este primer actor no hemos hallado dato alguno; sólo podemos consignar como recuerdo de nuestra niñez que los críticos decían de él que la Naturaleza había hecho un cómico a despecho suyo.

Montaño tenía buena figura, potente voz y un gran dominio de la escena; cuando representaba a D. Pedro en *El zapatero y el rey*, tenía toda la arrogancia del Monarca de Castilla, unida a una grande majestad.

Era buen director, mas como actor deslucían su trabajo frecuentes equivocaciones, debidas a su apatía en el estudio de lo que había de declamar.

Tres ciudades se disputan su cuna; Cádiz, Zaragoza y Málaga; pero es posible que proceda de la última, pues existe en aquella ciudad la calle de Montaño.

Apareció en la escena del Príncipe, de Madrid, por los años 1832 ó 33, y en 1864 aun recorría los teatros de la Corte y de provincias.

FRANCISCO MORANO

Como muchos, ha sido actor contra la voluntad de su familia; como tantos, ha sufrido amarguras antes de triunfar, y trabajador infatigable no sólo ha interpretado en la escena las concepciones de

otros, sino que las ha producido él mismo, siendo en esto menos afortunado que en lo primero, pero quedándole una cultura literaria, una ilustración nada común, significándose, además, por su finura y elegancia.

A los quince años fué a América, desempeñando el modesto papel de segundo apunte, y a los diez y

nueve obtuvo de la Tubau un humilde sueldo como actor del montón, representando luego papeles de galán joven en la Comedia, de Madrid.

Fué a provincias con Cepillo, y al regresar a Madrid pudo lucir sus relevantes cualidades en Lara y la Comedia, apareciendo el astro en toda su magnitud.

Le propusieron ir a América otra vez y rechazó la oferta, actuando en la Alhambra y en provincias, como galán, director y empresario.

Por entonces colaboró en sus tareas la gentil Moreno, artista inteligente y de gran corazón, quien hizo lucir el trabajo del actor, consagrando su renombre el público del Teatro Lara, donde fué comprendido y festejado.

También ha trabajado en el Lírico, habiendo interpretado allí y en varios teatros, entre otras, las siguientes producciones: *D. Alvaro o la fuerza del sino, La muerte civil, Tortosa y Soler, Amor de amar, El deshonor, Magda, Infiel,* y el papel del Mariscal Léfébre en *La Corte de Napoleón.*

MATILDE MORENO

MADRID.

Dos años atrás vino a Barcelona una compañía dramática sin más título que ser la de la Comedia, de Madrid, no mencionando siquiera los primeros artistas de la misma.

Con desconfianza fuimos a ver el estreno de *La escuela de las princesas,* atraídos por la fama de

Benavente, y siendo gratamente sorprendidos con una representación perfecta en el conjunto y admirable en los detalles; los elevados pensamientos de Benavente, y su afiligranado lenguaje fueron transmitidos al público con toda fidelidad por Santiago y González, la Pérez Vargas, y la sin par Matilde, que dijo e hizo su papel de princesa antojadiza con una labor pulcra y expresiva.

Desgraciadamente, de aquel conjunto de compañía salió la Moreno para dejar el primer puesto a la Srta. Pérez de Vargas, pero en nuestro humilde sentir el puesto ha quedado vacante sin la Moreno, pues, ella dama y la otra dama joven, se completaban y daban grande armonía a cuanto representaban.

Los *Amores y amoríos*, de los Quinteros, fueron por la Moreno admirablemente interpretados, como todas las producciones puestas en escena en aquella temporada.

Matilde ha actuado en provincias y en América, y principalmente en Madrid, empezando en Lara, y después en la Comedia, Princesa y Español.

Entre su vasto repertorio figuran *Fedora, El adversario, Pepita Tudó, La reina joven, La loca de la casa, Señora ama, La fuerza bruta, La madeja, Electra, El centenario* y *Nena Teruel.*

Matilde posee una figura bella y simpática, exquisita elegancia, y declama con naturalidad, atrayendo al público con dulce simpatía.

FERNANDO OSSORIO

SANLÚCAR DE BARRAMEDA, 1830. MADRID, 1862.

Cultivó con especialidad el género cómico, logrando envidiables triunfos en los teatros de Variedades y del Príncipe, pero no satisfecho con ellos, buscó y alcanzó grandes éxitos en la interpretación del drama, dejando unido su recuerdo a los titulados *El cura de aldea* y *La culebra en el pecho.* También fué cultivador afortunado de las bellas letras, dando al teatro el drama *La aurora de la fortuna,* la zarzuela *Walter o la huérfana de Bruselas* y otras producciones.

MANUEL OSSORIO

BADAJOZ, 1827. LA CAROLINA, 1890.

Así Manuel como sus hermanos Fernando y Cristina sintieron amores por el teatro, que los atrajo.

Hizo el primero su debut en Cádiz en 1844; pasó luego a Madrid, donde representó con gran éxito papeles de galán joven con Arjona y la Teodora, en *Adriana, Angela, Virginia, Verdades amargas, El caballero del milagro, Alarcón, La Virgen de Murillo,* en cuyas obras reveló sus grandes aptitudes.

En 1854 hizo revivir el *Pelayo,* de Quintana, y llegó el artista a su apogeo; después recorrió los teatros de provincias y de ultramar, decayendo notablemente, al faltarle el estímulo de los grandes maestros con quienes antes había aprendido y actuado.

JOSEFA PALMA

BARCELONA (SAN GERVASIO), 1897.

Joven, bella, elegante, distinguida, con talento natural y exquisito sentimiento, empezó en el Teatro del Príncipe en 1846 al lado de Matilde, llegando pronto a la cumbre de la gloria.

Fué con el tiempo una gran dama, que en comedias como *La cruz del matrimonio* rayaba a grande altura, pero su epopeya se realizó mientras la llamaban la *Palmita*, entusiasmando a todos los auditorios en los papeles de dama joven, en los que estaba inimitable.

Actuó durante mucho tiempo con el célebre Mate, y romántica y sentimental, lució también en dramas como *Catalina Howard* y otros congéneres.

Casó con Florencio Romea, hermano del gran Julián.

MERCEDES PÉREZ DE VARGAS

Esta gentil artista no ha llegado todavía al zénit de su gloria, pero brilla ya en las escenas como primera actriz.

Es más apta, a nuestro entender, para el género ligero y gracioso que para el dramático; ríe mejor que llora, y al interpretar el repertorio moderno triunfa siempre en lo ingenuo, lo pretencioso y lo que requiere gracia natural, sin convencer todavía en los grandes sentimientos y en las profundas amarguras.

Representó antes con Santiago y la Moreno, y hoy desempeña los primeros papeles en la compañía de la Comedia, de Madrid, al lado de González, siendo muy querida en Barcelona por sus cualidades de actriz y su donosura.

ROSARIO PINO

En la plenitud de su talento y de sus grandes cualidades para el cultivo de lo que se llama « alta comedia», se ha retirado de la escena esta notabilísima actriz (1914), lo que hondamente deploran

cuantos aman el arte escénico y desean ver cada día más esplendoroso el teatro español. Modestamente comenzó su carrera artística en Barcelona, donde ya fueron notadas y aplaudidas sus excepcionales condiciones para la interpretación de tipos escénicos que no alcancen una gran intensidad

dramática. Después pasó al Teatro de la Princesa, de Madrid, donde trabajó al lado de María Tubau y donde, con tan alto ejemplo siempre ante los ojos, perfeccionó todavía su arte exquisito, que tiene algo de la escuela italiana, y es capaz de expresar los más delicados y fugitivos matices del sentimiento. Quiso festejar sus oídos y halagar su corazón de artista con los calurosos aplausos de los públicos americanos, y pasó también el mar... Al volver de América, trabajó de nuevo la Pino, acrecentada cada día su fama, en los principales teatros de Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao... especializándose en esa labor pulida y detallada que es el encanto de todo auditorio de gusto fino y delicado. Se ha despedido del teatro esta excelentísima actriz representando las más aplaudidas obras de Benavente, que de un modo tan especial convienen a los talentos dramáticos de Rosario Pino, que ha triunfado en ellas siempre.

P.

ANTONIO PIZARROSO

JEREZ DE LA FRONTERA, 1811. MADRID, 1874.

Precoz fué el desarrollo mental de este actor; a los siete años cursaba las asignaturas de latín, francés, historia y geografía, y a los diez suplía a su maestro explicando a sus camaradas geografía y gramática castellana.

Tenía una pronunciación clara y leía perfecta-

mente, siendo obligado en todas las recitaciones públicas de su colegio.

Estas cualidades le predispusieron para la escena, cuando las estrecheces de su hogar le indujeron a pisar las tablas, lo que hizo en Cádiz por primera vez en 1832; pasó luego a Valencia, donde tanto agradó que siguió allí hasta 1837, y después a Bilbao, en cuya ciudad tuvo ocasión de demostrar en el Sitio que sufrió la invicta villa durante la primera guerra civil, que era tan excelente actor como valiente ciudadano, siendo condecorado por sus proezas durante el referido Sitio, y en el decurso de su vida con varias otras cruces por meritísimos actos realizados por Pizarroso en defensa de la patria.

Después de Bilbao actuó en las principales capitales, sobre todo en Madrid, donde permaneció mucho tiempo, trabajando con los primeros artistas de su época, emulando sus glorias, y representando con maestría, entre otras *La abadía de Castro*, *El zapatero y el rey*, *Los dos cerrajeros*, *Boca negra*, *Sancho García*, *Guzmán el bueno*, *Las querellas del Rey sabio*, *Venganza catalana*, *La llave de oro*, *El rigor de las desdichas* y otras muchas entonces en boga.

En todas las obras por él representadas fué característico su arte en la indumentaria y la perfecta representación de los personajes, debido todo a sus prolijos estudios y a su perspicua inteligencia.

Estas cualidades le llevaron a la cátedra de declamación del Conservatorio de Madrid, de donde salieron muchos y aplaudidos actores; cerrada ésta, continuó sus lecciones para la organización del Teatro Español, en cuya inauguración, el 1.º de octubre de 1872, leyó un concienzudo discurso acerca el arte dramático; también cesó este nuevo Instituto, pero no se arredró el actor patricio, y continuó en su casa las lecciones de declamación, con suma pericia y con el entusiasmo que demostró siempre por la carrera teatral.

Había escrito también un libro titulado *Reflexiones sobre el arte de la declamación*, y cuando le sorprendió la muerte estaba redactando un *Tratado de declamación*.

Su entierro fué un acto solemne, y su féretro llevó a la última morada las coronas que echaron sobre él sus numerosos discípulos desde los balcones del Teatro Español.

CONCEPCIÓN RODRÍGUEZ

PALMA DE MALLORCA, 1802. PARÍS, 1857.

Actriz fué y de gran nota la esposa del eximio Juan Grimaldi, enseñada por él, llegando a crear escuela, que siguieron muchas de sus sucesoras en la dramática española.

Hija era de un actor, y muy temprano empezó a pisar las tablas en Sevilla y Granada, donde han aparecido la mayoría de los astros que han iluminado nuestra escena nacional, allá en la ya remota fecha de 1815, aleccionada entonces por la profesora D.ª Dolores Pintó, estuvo en Barcelona en 1817 y luego actuó con éxito en Madrid, desempeñando segundos papeles hasta que en 1822 tomó la alternativa como primera dama, distinguiéndose notoriamente en *La Diva*, *Andrómaca*, *La huérfana de Bruselas*, *D. Alvaro* y otras muchas.

En 1836 se retiró de la escena donde tantos lauros había alcanzado, aprovechando con sus dotes las lecciones de su maestro y a la vez esposo.

MATILDE RODRÍGUEZ

RONDA (MÁLAGA). MADRID, 1913.

Hija fué de D. José Rodríguez, actor de la compañía de D. Pedro Delgado, y de la notable actriz D.ª Catalina Larripa.

Allá en Sevilla, la niña Matilde debutó en *Los lazos de la familia*, obteniendo una estruendosa ovación.

Pasaron los años; murió su madre y enfermó su padre, y las apremiantes necesidades de la vida le impusieron la carrera del teatro, con los apremios de su situación, pero con las ventajas de sus aptitudes, su buena memoria, su intuición y la claridad con que vertía los conceptos, fuesen en prosa o en verso.

Figuró como primera actriz en la compañía de Victorino Tamayo, empezando definitivamente su carrera en el Teatro de Cervantes de Sevilla.

Fué, en 1880, a estrenar el Teatro Lara, después pasó al de la Comedia, donde obtuvo un grande

éxito con *Los dulces de la boda*, y en esos teatros y en el Español estrenó cientos de obras, siempre con igual fortuna.

En julio de 1890 casó con el discreto actor don José Rubio, con quien compartió los honores de la escena en el Español, y en varios teatros de América.

A su fallecimiento, en 1913, la prensa hizo justicia a las relevantes dotes de Matilde, que si llenó la escena de armonías con su talento y su buen decir, las guardó también para el hogar, siendo de él la providencia y la alegría.

JULIÁN ROMEA

ALDEA DE SAN JUAN (MURCIA), 1816. LOECHES, 1868.

Este coloso de la escena española era hijo de padres de noble abolengo, que contrariaron los primeros arranques del novel actor, pues aún decaídos en su antiguo rango y con escasa fortuna, consideraban una mengua para su estirpe que Julián pisara las tablas del teatro.

A pesar de todas las contrariedades, y después de haber recibido las lecciones del célebre Latorre, fué bien acogido por Grimaldi, Mecenas de casi todas nuestras notabilidades, quien le contrató de galán joven para el Teatro del Príncipe, con 24 reales diarios.

Pronto levantó el vuelo el águila murciana, y en 26 de agosto de 1831 debutaba en el Corral de la Pacheca, hoy Teatro Español, con la obra *El testamento*. de Ventura de la Vega.

Extenso fué su repertorio, que comprendió todos los géneros dramáticos, pudiendo citarse del mismo *Clotilde, La huérfana de Bruselas, La carcajada, La cruz del matrimonio, El hombre de mundo* y *La muerte de César*.

Muchas otras producciones interpretó con arte verdaderamente propio y genial, pero cabe señalar con piedra blanca *Sullivan*, cuya representación le valía siempre un triunfo, sancionado por el gran Rossi, quien proclamó que nadie había llegado a

su altura en esta obra, una de las favoritas del insigne actor italiano.

Su cultura era proverbial; nadie le ha aventajado en la indumentaria y la dirección de escena, de la que desterró la costumbre de que los personajes enemigos salieran al fin del acto a recibir los aplausos cogidos de las manos.

Fué poeta y literato, dejando algunos célebres sonetos, y sus obras *Tratado de la declamación* y *Los héroes en el teatro*.

En 1836 casó con Matilde Díez, y aquellos jóvenes actores despertaron en el público un entusiasmo rayano en el delirio; pero como ambos eran astros de gran magnitud y no cabían juntos ni en la escena ni en el hogar, hubieron de separarse en vida para reunirse en la tumba, donde yacen juntos tan peregrinos ingenios en la Sacramental de San Lorenzo, de Madrid.

JOSÉ RUBIO

MADRID, 1857.

Estudió con provecho la carrera del notariado, en la que obtuvo honorífica calificación, pero atraído por la escena recibió provechosas lecciones de D. Manuel Ossorio, y debutó a los quince años en el Teatro Español con el sainete de don Ramón de la Cruz *El peluquero soltero y el peluquero casado*, siendo muy bien recibido por el público.

Trabajó luego con creciente éxito en dicho teatro, en la Comedia, en Apolo, en Lara, y en los principales teatros de Barcelona, Sevilla, Málaga, Valencia, Bilbao, etc:, valiéndole siempre grandes aplausos su notoria ilustración y la asiduidad en el estudio de los personajes por él creados, con gran complacencia de los autores.

Su especialidad ha sido el género cómico, ora en papeles de característico o de galán joven, representando a maravilla los viejos verdes, los tenorios de boquilla, los fatuos y los tontos, dando a cada uno la vis cómica adecuada para atraer el interés y simpatía del público sin descender a efectos de brocha gorda.

Constituye su elogio que cualquier personaje por él representado ha perdido siempre al ser interpretado por otro actor.

JOSÉ SANTIAGO

El arte del monólogo es un arte muy difícil, en el que han sobresalido únicamente los colosos de la escena, entre ellos de un modo muy singular el francés Coquelín y el italiano Novelli, cuya admirable manera de *decir* y de *hacer* los monólogos la

recordarán siempre aquellos que tuvieron la fortuna de verle en la escena siquiera una vez. Entre los modernos actores castellanos, pocos se han distinguido en este dificilísimo arte de interesar a un auditorio con la simple narración de un hecho dramático o de una sencilla ocurrencia cómica, y entre esos pocos hay que poner sin duda en primer

lugar a José Santiago, quien ha alcanzado, en estos últimos años, grande y bien ganada preeminencia en el teatro español. Ha trabajado Santiago, en distintas ocasiones y en los principales teatros de Madrid y de provincias, al lado de eximios actores castellanos y también ha dirigido personalmente compañías, conquistándose en todas partes el aplauso de los más difíciles auditorios, con su labor tan cuidada y siempre de buen gusto. No quiso Santiago dejar de recibir la consagración de los públicos americanos y allí se fué hace algunos años, ganándose muy pronto con su trabajo solamente abundantísimos laureles, volviendo con ellos cargado a los patrios lares, para seguir aquí luchando y venciendo como siempre, sobre todo en lo que se llama papeles de «comedia ligera», que tiene este excelente actor el buen gusto de no acanallar jamás.

P.

JOSÉ TALLAVÍ

POSESIONES EUROPEAS DE ÁFRICA.

Es sin duda éste uno de los muchos o pocos actores españoles a quienes tiene reservado su arte una fama imperecedera, pues se trata de un comediante personalísimo, de una de esas figuras que se imponen por su propia virtualidad, de esas que no deben casi nada a su tiempo. Ha pasado con este actor algo que tiene su poquitín de insólito

entre nosotros... Aquí en Barcelona trabajó algún tiempo, sin lograr sobresalir en nada, sin acertar en la forma de exteriorizar la modalidad artística que llevaba dentro; fué a Madrid y

no estuvo más afortunado, a pesar de que pudo trabajar al lado de grandes actores y en los principales teatros de la corte... Sin embargo, Tallaví sentía rebullir en su espíritu algo que pugnaba por salir afuera y, sin pensarlo mucho, fuese a América. Allí quiso ser todo lo que *debía* ser, se entregó a sí mismo y triunfó. Los grandes públicos españoles, primero el de Barcelona y el de Madrid después, han confirmado con sus aplausos este triunfo, y es ya hoy este gran actor tenido por uno de los mejores que han pisado la escena española. Su extraordinaria ductilidad, su expresión clara y avasalladora aseguran su triunfo sobre el auditorio, lo mismo si encarna el degenerado «Oswaldo» de *Los espectros* que si viste la pelliza de «Manelich» en *Tierra baja*.

P.

VICTORINO TAMAYO

Ha sido primero un perfecto galán joven que en *Lo positivo* revelaba sus dotes de distinción y nobleza, y en los dramas y comedias de capa y espada renovaba los caballeros y los episodios de los

tiempos de Felipe IV con gran fidelidad y perfección.

Empezó con Matilde Díez, después fué a Andalucía, donde alcanzó gran boga, y ya galán y director de escena se colocó a la altura de los mejores en los diversos teatros en que actuó su compañía.

ROSA TENORIO

La agraciada dama joven de este nombre, que llevaba a los teatros la juventud masculina, para admirar su gracia y su belleza, representó siempre con gran fortuna, cultivó todos los géneros, y se vió siempre aplaudida y festejada.

Casó con el apuntador Mendoza, y de este matrimonio surgió otra perla teatral, Elisa Mendoza Tenorio, de la que hablamos en el lugar correspondiente.

EMILIO THUILLER

MÁLAGA, 1866.

Este simpático artista nació de padre francés y de madre española, cursó la carrera de perito mercantil, y muerto su padre dió rienda suelta a su amor por el arte dramático, y obtuvo de su madre que pudiese trasladarse a la Corte, donde cursó tres años en el Conservatorio, bajo la dirección de expertos profesores, con gran brillantez y aprovechamiento.

Debutó en el Teatro de Novedades, e ingresó luego en el de la Comedia como galán joven, y allí desplegó todas sus facultades, que son muchas, siendo tan grato para el público como éste para el actor.

Cuando en este teatro se instaló la zarzuela no quiso aceptar las ventajosas condiciones que le hicieron para representar en el Español, y se fué a provincias, donde trabajó bajo la dirección de Mario, organizó después compañía, luego formó parte de la dirigida por María Guerrero, representando al lado de Díaz de Mendoza, y emulando sus glorias.

Ha estrenado más de cincuenta obras, se ha distinguido en lo cómico y en lo dramático, lo que

demuestra la flexibilidad de su talento, y ha brillado, entre otras, en las obras *Juan José*, *De mala raza*, *Realidad*, *Mariana*, *La fierecilla domada*, *Malvaloca* y en cuantas ha tomado parte.

ANTONIO VALERO

VALENCIA, 1799.

Hijo fué de otro actor, y en las tablas se destetó, y aprendió a hablar y a moverse, en el teatro tuvo su cuna, y en él discurrió su vida entera.

Esto explica que en su primera edad, representase como ángel en Sevilla, niño en Málaga y mozalbete en Granada.

Pasó a Madrid y ocupó el modesto escalafón de racionista en el Teatro del Príncipe; allí se enamoró de Máiquez e hizo cuanto pudo para modelarse en su selecta escuela, desempeñando entre otros el papel de Loredano en *Otelo*.

En Zaragoza fué mal recibido por su pequeña estatura, pero el talento y el genio se impusieron, provocando el aplauso y una cariñosa y entusiasta despedida.

Pasó a Barcelona al antiguo Teatro de Santa Cruz, donde desempeñó papeles de galán joven, galán y característico, y cansado de representar amoríos, lances y aventuras caballerescas, trocó el coturno por el dios Momo, convirtiéndose en el actor cómico de mayor fama en aquellos tiempos.

Hasta progresó en el arte de Terpsícore, con lo que completó su gracia ingénita, regocijando al público con su palabra, su fisonomía, su gesto y sus piruetas.

Se caracterizó siempre con *picardía* y carácter propio, llegando a ser maestro en indumentaria escénica.

Valero, serio, grave y trágico en su juventud, convirtióse en su edad madura en jocoso, expansivo y humorista, contrariando con su especial idiosincrasia las leyes naturales.

Aun recordamos al viejo actor que vimos en nuestras mocedades representando a maravilla sainetes como *El maestro de escuela*, *Perico el empedrador* y *El maestro de baile*, que deleitaban al auditorio, y proporcionaba a éste ratos placenteros y regocijados, que premiaba con calurosos y frecuentes aplausos.

JOSÉ VALERO

SEVILLA, 1808. BARCELONA, 1891.

Presente tenemos a Valero representando *Guzmán el Bueno*, en el Teatro de Capuchinos, hoy Plaza Real de Barcelona, el *Luis XI*, *La Carcajada*, hecha tan al vivo que finía siempre con vómitos y calentura, y finalmente *La campana de la Almudaina*, cuyo brillante éxito compartió con el autor Sr. Palou.

Y es que actor tan eminente creaba los papeles que tenía a su cargo, y ya no cabía otra interpre-

tación que la suya, pues su talento esmaltaba las ideas y el lenguaje del autor.

Con igual maestría que las producciones citadas desempeñó los principales papeles de *Ricardo d'Arlington, Andrés, Los amantes de Teruel, El*

mal apóstol y el buen ladrón, Baltasar, Juan Lorenzo, Las querellas del Rey sabio, Flor de un día, El avaro, El Patriarca del Turia, Haroldo el normando, La aldea de San Lorenzo y muchas otras que sería prolijo enumerar.

Valero era hijo de actor; empezó joven la misma carrera y pronto se vislumbró en el niño al artista que había de arrebatar en todas partes donde actuara.

Compañero fué en aquella época de Máiquez, Latorre y Guzmán, y con ellos compartió los triunfos en la escena española.

Debutó con *El Pastelero de Madrigal*, representó después en el Teatro de la Cruz, de Madrid, recorriendo luego los principales de provincias, especialmente Barcelona, para él lugar predilecto, donde se correspondía al afecto de Valero, y se reconocían sus grandes méritos y su experta batuta en la dirección escénica.

Trabajó también en Cuba y Puerto Rico, en México, Buenos Aires, Perú y Chile, mostrándose siempre tan grande actor como patricio español, y trayendo a su patria espléndida cosecha de laureles y de agradables y fastuosos recuerdos.

Empezó su carrera a los siete años y sólo terminó con su muerte, después de setenta y cinco años de pisar las tablas enalteciendo el arte, y admirando a varias generaciones.

Su éxito en América fué coronado con un espléndido donativo que le hizo el capitalista Castells, en Buenos Aires.

En una de las excursiones que hizo a provincias con su compañía destinó los beneficios al Hospital de la Princesa, de Madrid, y como el Ministro quisiera galardonar un donativo con tanto trabajo acopiado, Valero declinó el honor que se le ofrecía, pidiendo tan sólo una cama del Hospital, por si le hacía falta algún día.

Valero había obtenido, como gran maestro, una plaza de profesor en el Conservatorio de Madrid.

ISIDORO VALERO

No deslució ciertamente su glorioso apellido en la escena española.

Fué actor desigual, pero hábil director de escena; actuó con Arjona y la Díez, y después con Calvo y Vico, emancipándose para formar compañía bajo su dirección.

Representaba admirablemente *La aldea de San Lorenzo*, y después de muchas peripecias tuvo un fin desgraciado, atentando contra su vida.

JOSÉ VALLÉS

Más que galán ha sido característico y buen director de escena.

Aprendió con Luján, y después secundó a Mario, brillando en muchos papeles, entre ellos el neurasténico coronel de *Magda*, y el de Cano en el drama *Juan José*.

Había sido tipógrafo, pero el teatro le atrajo con irresistible vocación; empezó su carrera en el escenario de un café, pasó al teatro del Recreo

y al de Variedades, formando parte al cabo de poco tiempo de las mejores compañías, especialmente de la dirigida por los esposos Tubau y Palencia.

BALBINA VALVERDE

BADAJOZ, 1840. MADRID, 1910.

Ha sido esta actriz una de las figuras de más relieve del teatro moderno.

Su fisonomía simpática, inteligente y expresiva; sus ojos llenos de luz, su boca pequeña, siempre sonriente, prendas son de grande estima para una artista.

Si a esto agregamos sus cualidades morales de discreción y bondad, su conocimiento del mundo y del teatro, su decir magistral, la fidedigna interpretación de las obras, perfiladas y matizadas por Balbina, esas escenas mudas que hablaban más que las palabras, no es de extrañar el éxito alcanzado por tan eximia actriz durante los muchos años que ha actuado, casi siempre en Madrid, y que fuesen en tan gran número sus amigos y admiradores.

Uno de sus cronistas eleva a mil el número de producciones distintas por ella interpretadas, y a

trescientas las estrenadas; esas cifras nos parecen un tanto exageradas, pero es lo cierto que fueron muchas, y que a todas acompañó el éxito más lisonjero.

Citaremos algunas de sus obras favoritas, no sea más que como muestra de su intensa labor.

El bien y el mal, Sistema homeopático, Mentiras graves, La chismosa, El pelo de la dehesa, A Madrid me vuelvo, Suegra y abuela, A tontas y a locas, Doce retratos, seis reales, Lo que vale el talento, Un novio a pedir de boca, ¡ Ay qué tío !, Un modelo de suegra, Palabra de honor, La caza del gallo, Mi última calaverada, El poeta y la beneficiada, Los polvos de la madre Celestina, Las cuatro esquinas, El baile de la Condesa, Bueno, bonito y barato, Juan García, ¡ Pobres hombres !, Ropa blanca, Las manzanas de oro, Cuestión de táctica, Moros en la costa, Los carboneros, La ocasión la pintan calva, La careta verde, Con la música a otra parte, El anzuelo, Calvo y compañía, Artistas para la Habana, La primera cura, Receta contra las suegras, El primer indicio, Las tres Rosas, El año sin juicio, Esto, lo otro y lo de más allá, Contra viento y marea, Errar el golpe, D. Tomás, La comedianta jamona, El café de la libertad, Ganar tiempo, Rocicler, sociedad de baile.

Hasta aquí hemos visto a la Valverde en escena; hablemos ahora de los albores de su carrera.

Muerto su padre, trasladóse niña aún a Madrid con su madre e ingresó en el Conservatorio, donde recibió las lecciones de Luna y Romea; sus progresos fueron tan evidentes que al poco tiempo

había obtenido una pensión y ganado las medallas reglamentarias.

Balbina tuvo un Mecenas, y este fué el eximio Ventura de la Vega; logró de Valero que ingresara en el Teatro del Príncipe, y después de Fernando Ossorio que le confiara el papel de característica en *La culebra en el pecho* y en *¿Quién es el autor...?* en cuyo desempeño logró un señalado triunfo, confirmando lo que el ojo certero de Vega había descubierto en la joven actriz, eso es, su extraordinaria aptitud para los papeles de característica, en los cuales ha dejado un glorioso recuerdo que tardará en borrarse mucho tiempo.

Ya hemos dicho antes que en Madrid actuó casi siempre, con la excepción de una excursión a la Habana con Teodora Lamadrid, Arjona, Calvo y Mario, y allí como en la Corte, iluminó la escena española con los destellos de su preclaro ingenio.

ANTONIO VICO

JEREZ DE LA FRONTERA (CÁDIZ), 1840.

EN EL MAR DE LAS ANTILLAS, CERCA NUEVITAS, 1902.

Desaparecidos de la escena española actores de tanto prestigio como Romea, Arjona y Valero, huérfana hubiera quedado a no surgir D. Rafael Calvo y D. Antonio Vico.

Había éste representado papeles de galán joven con Romea y Arjona, quienes no habían visto en él más que un actor regular, pero Valero, más perspícuo en este punto, descubrió en Vico un gran actor y le enseñó y alentó para que sus facultades adquirieran todo el desenvolvimiento de que eran susceptibles.

En 1864, obtiene sus primeros triunfos en Barcelona, luego con la compañía de Tamayo, acrecienta su fama en las principales poblaciones de España, la que llega a su apogeo Madrid en 1873 en el teatro Lope de Rueda, con la representación magistral de la obra de Hartzenbusch, *Los Amantes de Teruel;* dos años más tarde sienta sus reales en el teatro Español.

Autores dramáticos tan celebrados como Ayala, José Echegaray, Sellés, Cano, y otros, se apresuran a escribir papeles adecuados a las grandes aptitudes reveladas por Vico y en *Consuelo, El gran galeoto, La muerte en los labios, Vida alegre y*

muerte triste, *El nudo gordiano* y *La Pasionaria*, hace un trabajo de lapidario, haciendo brillar los diamantes con lo exquisito de su labor, sorprendiendo muchas veces a los autores con la interpretación de pasajes cuya belleza, cuyo palpitante interés, ni siquiera habían sospechado.

Y no es que prefiriera siempre el papel de mayor lucimiento, sino que remedando a D. Quijote, cuando dijo que donde él estaba, allí estaba la cabecera, acogía algunas veces personajes desairados, que representados por él, adquirían gran valor y no menos relieve.

Distinguióse también desempeñando los principales papeles en obras del teatro antiguo y mo-

derno, tales como *El alcalde de Zalamea* y *D. Juan Tenorio*, en cuyo acto del cementerio sorprendió a Zorrilla elevando el drama hasta un punto que él no había siquiera soñado.

El único actor que en aquella época podía sostener con él una honrosa competencia, era D. Rafael Calvo, con quien se unió representando juntos muchas veces, contándose las representaciones por legítimos triunfos en la escena española.

Vico representó principalmente en Madrid, donde desde 1882 desempeñó una Cátedra en el Conservatorio, pero con frecuencia, recorrió las provincias españolas, Portugal y la Isla de Cuba, cosechando en todas partes aplausos y laureles, como también oro y regalos que se evaporaron como los primeros, suerte que cabe generalmente a todos los artistas que se preocupan más del brillo de su nombre que de su porvenir; como los grandes genios, también tenía sus eclipses, unas veces, iluminaba una escena con los fulgores de su talento, otras la oscurecía convirtiendo lo sublime en lo vulgar; resultaba desigual, pero estos eclipses momentáneos hacían brillar más y más el astro, cuando irradiaba toda su potente luz.

DRAMÁTICA CATALANA

AUTORES

MANUEL ANGELÓN

LÉRIDA.

Poeta y literato distinguido fué Angelón; sus novelas alcanzaron gran popularidad, y se distinguió asimismo en estudios serios y académicos.

Su labor dramática fué escasa, pero bien acogida por el público.

Se reducen sus obras a *La Verge de las Mercés*, drama sacro caballeresco en cinco actos, estrenado en el teatro Circo Barcelonés en 1856, diez años antes que se instaurara resueltamente el teatro

catalán, y a los cuadros dramáticos *El angel de la paz, La Bolsa, Setse jutges, Empeños de honra y amor* y *Llum y fum.*

Más fecunda fué su obra literaria, debido a que, en su tiempo existía más ambiente para la lectura que para la escena catalana.

Son sus principales obras *Los misterios del pueblo español durante veinte siglos*, obra que consta de tres voluminosos tomos, *Un Corpus de sangre, El pendón de Sta. Eulalia o los fueros de Cataluña, Isabel II, Atrás el extrangero, Treinta años o la vida de un jugador, El alojado, Flor de un día, Espinas de una flor* y *Rigoletto.*

Escribió además muchas Memorias y Biografías, gran número de artículos, y colaboró en la donosa Guía crítica de Barcelona, de la que existen raros ejemplares, uno de ellos en nuestra Biblioteca.

JOSÉ M. ARNAU

ARENYS DE MAR, 1832. ARENYS DE MAR, 1913.

Nació el año de 1832 en Arenys de Mar, y como si el esplendoroso espectáculo de nuestro azul Mediterráneo hubiese templado sus nervios de artista, fué siempre Arnau comedido en sus concepciones teatrales, parco en el desarrollo del conflicto dramático y sobrio en el lenguaje. Aun así y quizás por ello mismo han llegado a alcanzar extraordinario relieve, que aumenta a medida que el tiempo

pasa, algunos de sus *tipos* dramáticos, haciendo imperecederas muchas de sus comedias. Ya se pudieron advertir estas sus cualidades fundamentales en sus primeros ensayos, tales como *Un embolich de cordas* (1869) y otras pequeñas comedias,

triunfando más tarde también a favor de ellas en obras como *Donas!...* y *La mitja taronja*, que han de ser ornato eterno del teatro catalán. Sobre todo *La mitja taronja* será siempre recibida con aplauso por nuestro público, por la frescura y fugasidad de sus tipos y el poderoso aliento de vida que en toda la comedia predomina. De este

autor pueden citarse aun: *Al altre mon, A bordo y en terra, Las tres alegrías*... Distínguese el teatro de Arnau por el hondo estudio psicológico que hace el autor de los personajes que pone frente a frente para que de esto sólo resulte el conflicto dramático y se pueda desarrollar y resolver lógicamente, por todo lo cual bien le podemos calificar de «verista», y eso en tiempos en que aun no se había pretenciosamente dogmatizado sobre estas cosas.

P.

EDUARDO AULÉS

BARCELONA, 1839. BARCELONA, 1913.

Por antonomasia Aulés ejerció la severa judicatura, pues si bien cumplió los deberes inherentes a este grave cargo merced a su preclara inteligencia, pocos escritores habrá de Quevedo acá que hayan tenido una musa más festiva, que les haya inspirado tantas ocurrencias y chistes y tantas diabluras como realizó Aulés en su constante vida de bohemio.

Las anécdotas que de él se cuentan son prodigiosas y bastaran para llenar sendas páginas si enumerarlas y referirlas nos propusiéramos.

La fecundidad de su ingenio era tan exuberante que Pitarra, a quien por cierto no le faltaba, aseguraba que cuando se agotaran los asuntos representables, Aulés encontraría medio de hallarlos nuevos, frescos y numerosos.

Aulés veía todas las cosas por el lado cómico, y tenía un arte especial para trasladar a la escena los sucesos y frases populares, y hasta vulgares, habiendo alcanzado gran boga sus producciones *Lo diari ho porta, Cinch minuts fora del mon, Cel rogent, Tot cor, Cap y cua, La trompeta de la sal, Lo sant Cristo gros.*

Suyas son también, pero de menor éxito *Tres blancs y un negre, Dos carboners, Romagosa (bis), Vots son trumfos, L'anada a Montserrat, Cólera vostras, ¡Ell!, Sis rals diaris, Lletra menuda, La ma trencada, Una dona a la brasa, No va más, Per no mudarse de pis, La mar vella, Sense sogre, No's pot ser pobre, Inocencia, Amor telefónich.*

Hizo algunos arreglos de obras extranjeras, escribió en diarios y revistas y no produjo más

porque su cerebro tenía sobra de inspiración, pero falta de sosiego y perseverancia.

Su campaña jurídica consistió en ejercer las funciones de Juez en Cuba y de Juez y Fiscal en Filipinas.

VÍCTOR BALAGUER

BARCELONA, 1824. MADRID, 1901

Si reseñar debiéramos la estupenda labor llevada a cabo por Balaguer en el curso de su vida no bastara ciertamente un fragmento de este libro, ni siquiera uno o varios volúmenes.

Fué ante todo un patricio, poeta, literato, historiador, periodista, dramaturgo y... hasta político.

Ensayaremos a entresacar de la inmensa balumba de sus actos y de sus obras, lo más preeminente que recordamos, síntesis y compendio de una vida aprovechada para el lustre de las letras y de la historia patria, de una existencia deslizada entre aplausos y simpatías, debidas a la alteza de miras de Balaguer, a su indudable talento, y a las prendas morales que le caracterizaban.

La creación en Villanueva y Geltrú del Museo-Biblioteca que lleva su nombre, dejando allí toda su fortuna, sus amados libros y las obras de arte que poseía es un acto tan inusitado cual pocos se puedan citar, pues si muchos han dado algo en

vida de lo que trabajosamente han adquirido, pocos o ninguno han dado cuanto tenían, y todo aquello que más estimaban.

Caudillo fué siempre en la defensa del Trabajo Nacional, costándole una de esas luchas surgidas entre proteccionistas y librecambistas la renuncia del alto puesto de Presidente del Consejo de Estado, y lo más doloroso para él, enajenarse la amistad de Sagasta, que era un ídolo para Balaguer.

Constituiría un farragoso Catálogo la enumeración de sus discursos, conferencias, traducciones, obras originales y en colaboración, sus trabajos históricos, es decir, cuanto se refiere a su labor literaria; nos limitaremos, por lo tanto, a mencionar una parte de esa labor, suficiente para dar idea del inmenso trabajo por Balaguer llevado a cabo.

Pondremos en primer término su monumental *Historia de Cataluña*, que consta de cinco tomos, y la *Historia poética y literaria de los Trovadores*, que tiene seis volúmenes, *Las bellezas de la Historia de Cataluña*, *Los frailes y sus conventos*, *Las calles de Barcelona*, *Las guerras de Granada*, *Los Reyes Católicos*, y lo que más le caracteriza *Lo Trovador de Montserrat*, *Añoranzas y Celistias*,

y todo un enjambre de poesías, leyendas y recuerdos.

Entre sus demás trabajos literarios citaremos *Los tercios catalanes en Africa*, *Junto al hogar*, miscelánea en tres volúmenes, *Cuatro perlas de un collar: Monasterios de Ripoll, Poblet, Santas Creus y San Cucufate*, *Lluvia de Mayo*, *La bandera de la muerte*, *Memorias de un liberal*, *Anales de las guerras de Italia*, *Prusia y Austria*, *Memorias de un constituyente*, *El del capuz colorado*, *El doncel de la Reina*, *La espada del muerto*, *La damisela del castillo*, *Lo romiatge del ánima*, y muchas Guías de distintas comarcas de Cataluña y de Piedra (Aragón) a cuyo derruído Monasterio dedicó un precioso libro en 1881.

En sus mocedades fué uno de los miembros más activos de las Sociedades Filarmónica y Filomática de Barcelona, tuvo a su cargo la cátedra de Historia de Cataluña, fué Cronista de Barcelona, y en unión de otros esclarecidos literatos instituyó en 1859 la poética fiesta de los Juegos Florales, institución que en la esfera de las letras ha hecho resurgir el espíritu de nuestro glorioso pasado.

En 1871 fué proclamado Mestre en Gay saber, por haber obtenido los tres premios reglamentarios, y fué Presidente de la misma Institución en 1868.

Pero vamos al arte dramático, principal objetivo de este libro, cuadro que requiere no obstante, el marco de las cualidades que adornaban al biografiado, aparte sus méritos y su obra como dramaturgo.

Como el número de sus producciones es enorme, citaremos algunas, omitiendo sobre ellas los comentarios a que se prestan.

La mort d'Aníbal, Saffo, Coriolá, La sombra de César, La perla de Tíbulo, La mort de Nerón, L'última hora de Colón, La tragedia de Llivia, Las esposallas de la morta, Lo guant del degollat, Raig de lluna, La tapada del Retiro, Ausias March, Wifredo el velloso, Las cuatro barras de sangre, Al toque de oración, Bandera contra bandera, D. Juan de Serrallonga, D. Juan de Padilla, Un corazón de mujer, Los expósitos del puente de Nuestra Señora, Julieta y Romeo, De cocinero a ministro, y su famosa trilogía *Els Pirineus*, puesta en música por el renombrado maestro Pedrell.

Fué Balaguer periodista en todos los géneros de los ecos de la opinión pública; fundó, dirigió, redactó y colaboró en la mayoría de los periódicos de su época, de entre los cuales mencionaremos los siguientes: *El Constitucional, El Laurel, El Genio, El Fénix, El Museo de las hermosas, La Mañana, La Corona de Aragón, El Conseller, El Telégrafo, La Mañana de Ultramar, El Barcino, La Lira, El Catalán, El Popular, La Antorcha* y el *Diario de Barcelona*, del que fué redactor durante muchos años.

Sus trabajos literarios le llevaron a la Academia de la Lengua, y los históricos a la de la Historia, revelando en cuanto hizo y escribió ser ferviente adepto del lema de los Juegos Florales: *Fides, Patria, Amor*, pues cantó las glorias de la

Virgen, fué buen patricio y cumplido caballero con las damas.

Balaguer, que había nacido para trovador errante y soñador perpetuo, se encontró de lleno en la política; fué diputado, senador y cuatro veces ministro; creó el Museo de Ultramar, hoy agregado al ministerio de Estado, y desarrolló cuanto se avenía con sus gustos y aptitudes.

Aunque catalán de corazón, se avino tanto con la vida cortesana que sentía un resquemor al dejar Madrid, donde en el Senado y en el Congreso, en casa de Castelar, en la de la Duquesa de Denia, y en la de D. Fernando Puig, se hallaba como el pez en el agua, y antes de su donación a Villanueva, en las tertulias vespertinas de su casa, en medio de su vasta Biblioteca, y de sus valiosas colecciones artísticas y arqueológicas.

NOTA. — La circunstancia de ser Balaguer amigo y pariente nuestro ha hecho que estos apuntes hayan salido de los límites que tienen los referentes a otros notables y eximios dramaturgos.

TEODORO BARÓ

FIGUERAS, 1842.

Es un temperamento complejo el de este autor, pues ha cultivado todos los géneros literarios y ha sobresalido en todos: en historia, en novela,

en poesía, en teatro, en periodismo, y sin embargo es de notar que considerada en sí misma cada una de sus obras, se distinguen todas por su diáfana claridad y por la franca sencillez de su construcción y desarrollo. En la ciudad de Figueras y en el año de 1842 nació Baró, dando muy

pronto muestras de su privilegiado y vario ingenio. Despertada su emulación por los triunfos del teatro catalán, quiso también medir en él sus armas y comenzó por hacerlo con una serie de pequeñas comedias, que obtuvieron siempre buen éxito, a las que siguieron pronto obras de mayor empuje; pudiendo entre todas citarse con verdadero elogio: *A só de tabals, Lo joch dels disbarats, Lo secret del nunci, Lo senyor secretari, Temps d'en Belluga campi qui pugui* y algunas más, todas ellas regocijadas y llenas de *tipos* si alguna vez grotescos, nunca groseros ni bajos. Son comedias las suyas que hacen reir francamente al auditorio, sin que padezcan jamás ni la moral ni el buen sentido, y esto bien lo podemos tener por un gran mérito en los tiempos presentes.

Como hemos dicho al empezar la silueta del comediógrafo, Baró ha brillado en otros conceptos que, en compendio, vamos a señalar.

Como escritor didáctico y de amena literatura hay que citar su *Historia de España, Las virtudes cristianas o los ángeles en la tierra,* obra rebosante en mística poesía, *El Mundo,* enciclopedia de conocimientos útiles, *Compendio de historia universal, La Edad antigua, Cuentos del hogar, Lo llibre del cor,* impregnado de terneza y amargos recuerdos.

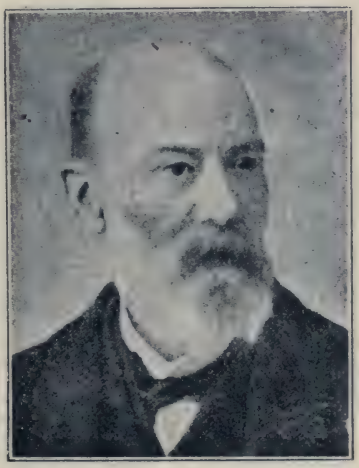
Ha sido siempre periodista y ha ocupado un lugar preeminente en el *Diario de Barcelona,* Diputado y Gobernador varias veces y Director general de Beneficencia y Sanidad.

P.

RAMÓN BORDAS Y ESTRAGUÉS

CASTELLÓN DE AMPURIAS, 1837. , 1906.

Poca pero escogida fué la labor de este notable escritor.



Descuellan entre sus producciones *La flor de la montanya*, *Un agregat de boigs*, *La pagesa d'Ibissa*, *Lo comte d'Ampurias* y *L'enredaire*.

FRANCISCO PELAYO BRIZ

BARCELONA, 1839. BARCELONA, 1889.

Comenzó a versificar cuando estudiante, con timidez y harta modestia, y llegó a ser un doctor en poesía, por todos consultado y por todos respetado su atinado criterio.

No ejerció su carrera de derecho y dedicó toda su labor a estudios literarios, publicando selectos libros y concienzudos artículos, habiendo escrito para el teatro, entre otros dramas, *La creu de plata*, *La masía dels amors*, *La pinya d'or*, *Miquel Riu*, *La fals o lo cap de colla*, en colaboración con Pitarra, así como también *L'agulla* y *La orientada*.

NARCISO CAPMANY

1837. 1886.

Fué un dramático concienzudo y pensador; debutó en 1865 en el Tívoli con la producción *Pensa mal y no errarás;* produjo mucho, entre lo cual citaremos *Los tres toms, Un vagó, La copa del dolor,*

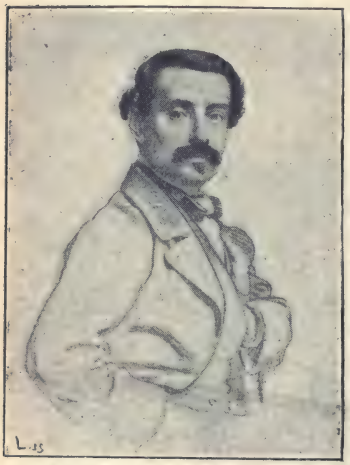
¡ Dorm !, Tres y la María sola, Si m'embrutas t'enmascaro, Contra enveja, No's pot dir blat..., A la lluna de Valencia, y en colaboración con Molas y Casas *De la terra al sol.*

Como sus títulos indican, la musa festiva fué la que casi siempre inspiró a este excelente vate.

FRANCISCO CAMPRODÓN

VICH, 1816. HABANA, 1869.

En la antigua Universidad de Cervera estudió la carrera de Derecho este aventajado poeta, si incorrecto algunas veces, siempre inspirado y brillante.



Son sus obras dramáticas más populares *Flor de un día* y *Espinas de una flor*, representadas a saciedad en toda clase de teatros; la primera resulta una creación romántica y bella, la segunda una flor casi marchita.

Como libretista de zarzuela figura entre los más aventajados; suyas son la popular *Marina*, *Los diamantes de la corona*, *El diablo en el poder*, *El relámpago*, *Una vieja*, *El dominó azul*, *El vizconde* y *Un pleito*, algunas de corte marcadamente francés.

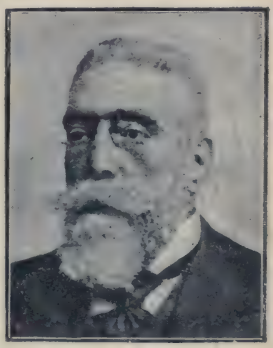
En catalán no recordamos que tuviera otras producciones que la donosa y de moral relativa *La tornada del Titó* y la *Teta gallinaire*.

Fué diputado en las Constituyentes de 1854, perteneció después a la Unión liberal, y poeta tan afluente y romántico acabó sus días en la Habana, en la prosaica tarea de administrador de loterías.

JOSÉ COLL Y BRITAPAJA

ARECIBO (PUERTO RICO). BARCELONA, 1904.

Aunque hijo de las Antillas, catalán fué por su origen, y barcelonés toda su vida, pues residió aquí desde su infancia, aquí estudió y probó la carrera de Derecho, que no llegó a ejercer, por llevarle sus aficiones a la amena literatura y al periodismo humorístico.



Era jovial y ocurrente, manejaba la sátira con gran maestría, y atraído por el éxito de las parodias de Pitarra, quiso ocupar un sitio en el teatro catalán, no fuera más que para hacer reir y regocijar al público.

Los que hoy lean *El Robinson petit*, *La fantasma groga*, *De Sant Pol al polo nort*, y otras divertidas zarzuelas compuestas por nuestro amigo Coll, apenas si comprenderán que un público siempre numeroso las colmase de aplausos, y que algunas como *De Sant Pol al polo nort* y *El tribut de las cent donzellas* se representasen continuamente y obtuvieran éxito entusiasta.

Sus obras dramáticas están saturadas del ambiente de la época en que se escribían, y hasta hechas para determinados artistas; pasada aquélla

y éstos, se eclipsan también las obras, sobre todo las que no tienen otro objetivo que mantener la hilaridad y el buen humor de los espectadores

Coll debió a sus obras una gran popularidad, y es digno de estudio el periodo en que brilló.

JOSÉ FELIU Y CODINA

BARCELONA, 1847. MADRID, 1897.

Estudió en nuestra capital la carrera de Derecho, y se distinguió en los comienzos de su carrera literaria como poeta satírico y jovial.

Dedicóse con gran fortuna al teatro catalán, para el que escribió *La bolva d'or*, *Lo senyor padrí*, *La Rambla de las flors*, *Los fadrins externs*, *Lo Tamboriner*, *Lo pont del diable*, *Lo Rabadá*, *Lo Mestre de minyons*, *Cofis y mofis*, *Lo mas perdut*, *A ca la Sonámbula*, *L'esparver*, *Un pis a l'Ensanxe*, *Del ou al sou*, *Lo gra de mesch*, *Un mosquit d'arbre*, *Lo rovell del ou*, *La filla del Marxant*, *La dona d'aigua* y *Lo Nuvi*.

Pero donde alcanzó mayor fama y cosechó más laureles fué en la escena castellana, privándola su prematura muerte del fruto de su privilegiado ingenio, después del triunfo alcanzado con *La Dolores*, estrenada a regañadientes un domingo por la tarde, y puesta luego a nivel de los dramas más hermosos, *María del Carmen* y *Miel de la Alcarria*,

habiendo colaborado en *La tuna*, *El testamento de un brujo*, y *Boca de fraile*.

En Madrid, donde abrió bufete después de 1868, fué periodista y hombre político, habiendo sido redactor de la *Iberia* y colaborado en *La América*

y *El Imparcial*, y antes, en su país natal, en *La Pubilla*, *Lo Nunci* y *Lo tros de paper*.

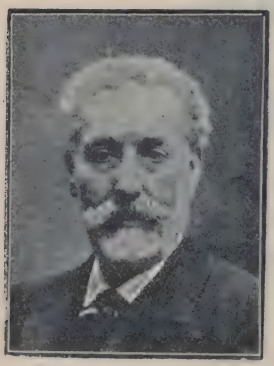
También escribió dos novelas basadas en obras dramáticas de Pitarra *La Dida* y *Lo rector de Vallfogona*, demostrando en toda su provechosa labor grande inspiración, suma cultura y extraordinario ingenio.

ANTONIO FERRER Y CODINA

BARCELONA.

Muy discutido ha sido este autor, por suponerle plagiario en sus arreglos y transformaciones de comedias nacionales y extranjeras.

No tenemos competencia para juzgar entre los pareceres emitidos sobre el particular, pero consignaremos nuestra opinión acerca la genuína originalidad de todas las obras.



Así como la industria crea productos transformando las primeras materias en artefactos, así el escritor transforma, sin darse cuenta muchas veces, las ideas y las palabras que antes han penetrado en su cerebro por la lectura o la audición; cierto que les ha impreso fisonomía distinta y propia del autor, pero ni ha inventado las palabras ni las ideas hubieran surgido sin un previo estudio de lo dicho y hecho por otros en el decurso de los tiempos.

Ello es que Ferrer y Codina escribió mucho, y alcanzó no pocos éxitos, y de su estupenda labor se harán cargo nuestros lectores por la siguiente

enumeración de sus obras, originales, traducidas o arregladas.

La tornada d'en Garroja, Los dos barbers, Un cop de telas, A la prevenció, Aucells de paper, Castor y Polux, Las Carolinas, Barbers de saló, Armes y lletres, Aucells d'América, Celos d'un rey, Gallina vella fa bon caldo, Messalina, Palos y a casa, Un condemnat a mort, Villa Enriqueta, La perla de Badalona, Marits per partida doble, Nit d'aigua, Un soci que's pert de vista, Un debut, Lo suplici de Tántalo, Un manresá del any vuit, Lo gat de mar, Un quefe de la Coronela, La suripanta, Las reliquias d'una mare, Lo pagés del Ampurdá, Lo punyal d'or, Magdalena, Otger, Tenorios, Un home de sort, Toreros d'hivern, L'escolanet de la Pobla, y *Africa.*

ADRIÁN GUAL

No es corto ciertamente el camino que ha hecho Adrián Gual desde su *Nocturn morat,* fruto de un cerebro joven y descarriado por extrañas influencias, hasta su hermosa comedia *Donzell qui cerca muller,* que por primera vez se ha representado en el Romea, de Barcelona, hace ahora dos o tres años. Es esta obra de Gual, entre las últimas

que ha dado al público, una de las más hermosas comedias que se han visto en la escena catalana y señaladora de un excelentísimo camino que seguramente sería provechoso seguir. Trátase de una obra profundamente poética, de un desarrollo agradable y de un desenlace tan plácido como reconfortante, la cual escucha el auditorio con verdadero placer, pues además está escrita toda ella en magníficos versos. Gual no es solamente un dramaturgo, sino que es también lo que puede llamarse un «hombre de teatro», pues ya antes de que se hubiese hecho aplaudir como autor de comedias, había logrado grandes triunfos como director escénico, montando como nadie obras del teatro clásico y del teatro moderno y haciendo con su arte, de simples aficionados, verdaderos actores. Ha escrito además: *Silenci*, *La culpable*, *Misteri de dolor*, *¡Pobre Berta!*, *La fi d'en Tomás Reynals*.

Recientemente ha contribuído Gual a la creación de una cátedra de arte dramático catalán en el Conservatorio del Liceo, cuya dirección le ha confiado la Junta directiva.

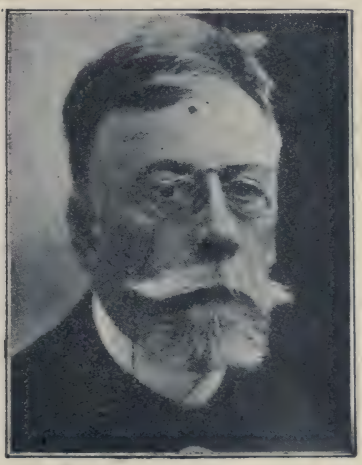
Y siguiendo sus intentos de realzar la dramática catalana y proseguir su campaña de *Teatre íntim*, ha tomado un gran local en Gracia, artísticamente decorado, que titula *Auditorium*, inaugurando sus funciones con *La comedia extraordinaria de l'home qui va perdre el temps*.

P.

ANGEL GUIMERÁ

CANARIAS, 1847.

Nació este excelso poeta catalán en una de las islas Canarias y como si la naturaleza hubiere fundido en su alma los ardores del suelo y del



cielo africanos en que vieron sus ojos la primera luz, con la austera sobriedad que es característica de la tierra catalana, de que era hijo su padre y en la que él mismo vivió luego desde muy niño, diríase que está su genio poético formado

por las vehemencias de la gente africana y por las frías sobriedades de los pueblos catalanes. No es la inspiración de Guimerá, dice un crítico ilustre, como río de cristalinas aguas que copia el azul del firmamento ; es como un torrente caudaloso cuyas profundidades se ocultan a la mirada y cuyas aguas corren a sepultarse en insondables abismos; pero en que todo se dice con sobriedad ruda, con el menor número posible de palabras. En 1879, cuando era ya muy grande su fama de poeta lírico, se representó *Gala Placidia*, que es la primera de sus tragedias y la que abrió el camino a sus futuros triunfos. Siguieron pronto *Judith de Welp*, *Lo fill del rey*, *Mar y cel*, *Rey y monjo*, *L'ánima morta*, *Lo camí del sol*, *Andrónica*..., mientras daba a la escena, alternando con sus últimas tragedias, una serie de dramas de muy acentuado corte trágico, aunque tomando por fondo tipos y costumbres modernas, entre los que sobresalen *María Rosa*, *La festa del blat*, *Mossen Janot*, *La boja*, *En pólvora*, *Jesús de Nazareth*, *Las monjas de S. Aymant*, *La farsa*, *La filla del mar*, *Arrán de terra*, *La pecadora*, *Aygua que corre*, *Sol solet*, *La Miralta*, *L'Eloy*, *La santa espina*, *L'aranya*, *Sainet trist*, *Titayna*, *La Reyna vella*, *La sala de espera*, *Mestre Olaguer*, *La mort d'en Jaume d'Urgell*, *En Pep Botella*, *La Reyna jove*.

Algunas de estas obras se han puesto en música por reputados autores, alcanzando grande éxito, y otras, traducidas al castellano por Echegaray y otros eximios ingenios han dado ocasión a la Guerrero y otros artistas castellanos a hacer patri-

monio de todos las galas esparcidas por nuestro preclaro poeta en lengua catalana.

Y por encima de todos *Terra baixa*, que ha llevado el nombre de su autor a tierras extranjeras, siendo en todas partes admirada la genial concepción de ese drama intenso y fuerte que hace vibrar avasallador el alma de las multitudes. Y como queriendo hacer completa su personalidad dramática, ha sabido Guimerá llevar también a la escena la nota festiva y amablemente sentimental, según se ve en algunos de los dramas ya citados y en varios sainetes que lleva escritos, sobre todo en uno que titula *La Baldirona* y es un donosísimo cuadro de costumbres populares.

En 23 de mayo de 1909 la ciudad de Barcelona rindió un caluroso homenaje público al genio de Guimerá como autor dramático.

A propósito de este homenaje escribe el ilustrado periodista Sr. Francos Rodríguez, gobernador que fué de Barcelona, lo siguiente:

«El ilustre poeta fué aclamado por la muchedumbre y recibió valiosos testimonios de una admiración tan vehemente como merecida. Estas manifestaciones del entusiasmo popular son leve recompensa para quienes consagran su vida al arte.

Hacen mal cuantos regatean en vida la gloria a los que la merecen. Guardar para la hora de la muerte las alabanzas estruendosas, tiene algo de burlesco. En vida, cuando pueden saborear sus delicias, deben rendirse los tributos a los grandes ingenios, a los entendimientos poderosos, que por su inspiración o por el estudio, se hicieron acreedores a la gratitud de una nación.»

P.

IGNACIO IGLESIAS

En su primera juventud, allá por el año de 1890, obtuvo Iglesias sus primeros triunfos escé-

nicos, que luego han sido cada vez más ruidosos, a medida que el hombre cobraba experiencia, y el autor dramático, conociéndose cada vez más, des-

cubría su verdadero camino, que ya es hoy camino de esplendorosa gloria. Desde *L'escorsó*, que es una de sus primeras obras dramáticas, hasta *L'home de palla*, que es por ahora la última, ha dado Iglesias a la escena catalana innumerables comedias y dramas, algunos de los cuales vivirán eternamente, como *Los vells* y *Las garsas*, obras ambas que han de bastar para la gloria inmarcesible de quien les ha dado vida. En ambas se trasplanta a la escena, con una fuerza de expresión incomparable, un trozo del mundo real que nos envuelve, un aspecto de la existencia que es nuestra existencia propia, pero no en frío y en lo externo solamente, sino con todo su más profundo sentido de humanidad, porque los personajes que pone Iglesias en escena no son nunca muñecos, sino hombres y mujeres que tienen corazón y sangre ardorosa en las venas. Entre sus demás obras escénicas hemos de citar: *Fructidor*, *La resclosa*, *La mare eterna*, *Lo cor del poble*, *Flors de cingle*...

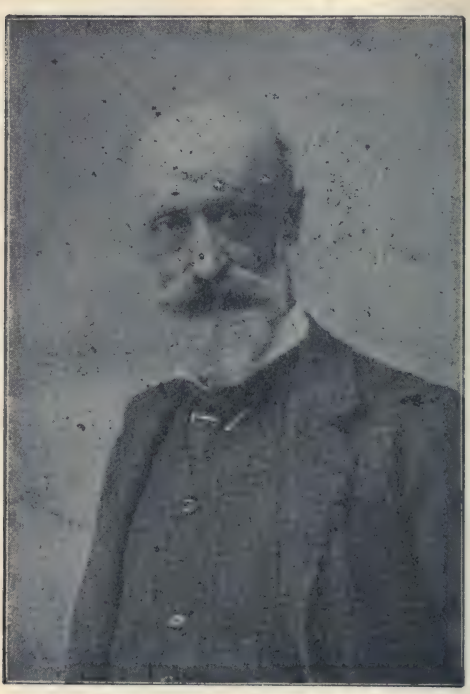
P.

APELES MESTRES

BARCELONA, 1854.

Este autor, que lleva ya una vida entera dedicado al cultivo de la poesía lírica y al arte del lápiz, ha llegado tarde al teatro, ciertamente, pero ha alcanzado en él grandes y merecidísimos triunfos. Ha llevado a la escena catalana una nota tan personal, tan singular, que indudablemente aun dejando a parte el valor intrínseco de sus

obras, que es mucho, habrá de figurar su nombre entre los primeros, entre los excelsos dramaturgos catalanes. Nació Mestres en Barcelona el año



de 1854 y hasta el de 1900 no subió al tablado escénico con su comedia lírica *La Rosóns*, cuyo asunto había tomado de uno de sus propios poemas. El éxito de esta obra fué grande, debido sin duda al encanto extraordinario que le prestaba su corte idílico y el desarrollo poemático de su trama

escénica. Tarde habrá comenzado este autor dramático, pero ha hecho en poco tiempo labor tan copiosa que hoy es ya inacabable la lista de sus obras, de las cuales no citaremos sino *Nit de Reys*, *Gaziel*, *Sirena*, *La presentalla*, *Nit de Nadal*, *L'avi*, *La barca*, *Los sense cor* y *L'estiuhet de Sant Martí*, comedia esta última en tres actos, como alguna de las ya citadas, y que tal vez como ninguna caracteriza el genio de este autor dramático, que es poeta siempre... porque es poeta de veras.

Aparte sus relevantes dotes literarias, Apeles Mestres ha sobresalido en la decoración de libros, demostrando en todas ellas su genio en el arte del dibujo y su fecunda imaginación.

P.

JUAN MOLAS Y CASAS

1855. BARCELONA, 1904.

Escritor festivo que debutó en la escena en 1876 con la comedia *Carambolas*, que se estrenó en el antiguo Teatro del Olimpo. A esta siguieron muchas otras, entre ellas *Nit de nuvis*, *Una senyora sola*, *De Nadal a Sant Esteve*, *Lo pessebre de don Pau*, *De la terra al sol*, en colaboración con Capmany; éstas y muchas más que dió a la escena no tuvieron otra finalidad, que entretener agrada-

blemente a los espectadores y provocar su hilaridad, debiendo citar entre sus producciones los *Portfolios de Eldorado*, especie de revistas de actualidad que se representaban en aquel teatro cuando él estaba encargado de su dirección.

JOSÉ PIN Y SOLER

TARRAGONA, 1842.

Se ha dicho de Pin y Soler, con la más alta justicia, que había dado al teatro catalán una modalidad nueva, una nueva manera, y es cierto, pues con el estreno de *Sogra y Nora* (1890) vemos aparecer en su escenario, en que hasta entonces hablaron tan sólo los hombres de guerra o las gentes del campo, a la clase media catalana, verdadera y viviente, con sus gustos, con sus pasiones, con su lenguaje. Nació este dramaturgo, que es también un excelso novelista, en la ciudad de Tarragona el año de 1842, y son por tanto sus producciones dramáticas fruto sazonado de su experiencia del vivir y de los hombres, no invenciones de imaginación más o menos ardiente. A la obra ya citada siguieron presto *La viudeta*, drama sentimental de una gran fuerza de verdad; *La tía Tecleta*, admirable creación de un tipo profundamente representativo, y *La Sirena*, obra de poderoso aliento

en que, sin dejar ni un punto de vista la tierra miserable que pisamos, se remonta el autor a las mayores sublimidades trágicas. Más tarde ha dado nuevas creaciones de su talento dramático a la escena catalana, pero no ha logrado todavía hacernos olvidar aquella *Sogra y Nora*, modelo de buenas comedias, por el perfecto equilibrio que en su traza predomina, por la profunda verdad psicológica que caracteriza a sus personajes, por la intensa y fuerte realidad que late en su conflicto dramático, por lo justificado y hondamente moral de su desenlace, por el apropiado siempre y correctísimo lenguaje en que está escrita la comedia toda, que no por demás es Pin y Soler uno de los mejores prosistas catalanes.

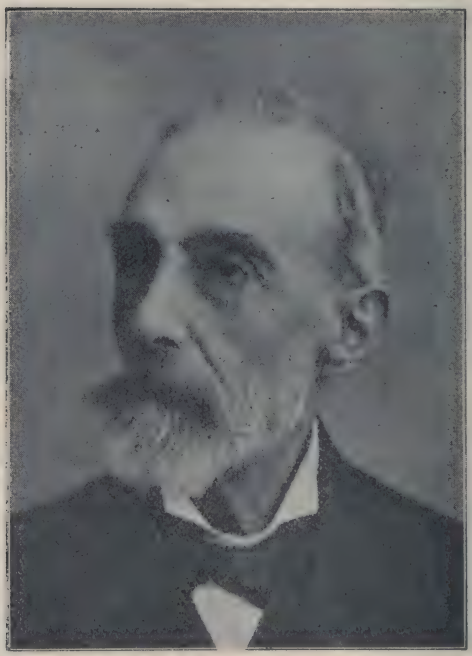
P.

CONRADO ROURE

BARCELONA, 1841.

Asaz copiosa es la labor de este autor dramático—que nació en Barcelona en el año de 1841—aunque varia y de valor muy desigual toda ella. En los principios del teatro catalán colaboró con Federico Soler en algunas de aquellas sus extravagancias de la primera época, como *Lo cantador*, no siempre exentas por completo de gracia. Pronto fué afirmándose en él un mejor gusto y aspirando siempre a mayores empresas dió al teatro comedias tan hermosas como: *Una noya es per un rey* y *Un pom de violas*, en que ya vemos destacarse

con gran relieve su personalidad de verdadero comediógrafo. En 1879 se representó con éxito su *Pau Claris*, que lleva a la escena un momento



culminante de la historia catalana, siendo de lamentar que nuestro autor no siguiese adelante por este camino, en el que con toda seguridad tan grandes triunfos había de alcanzar; no tan sólo dejó por desgracia de hacer esto, sino que desde aquel punto fué disminuyendo visiblemente su

producción escénica. Muchísimo más tarde nos dió su drama *Lo castell y la masía*, pero esta obra aunque vale mucho, ya no causó impresión grande; pues llegaba al teatro con enorme retraso, cuando éste había ya evolucionado y eran otros los gustos del público.

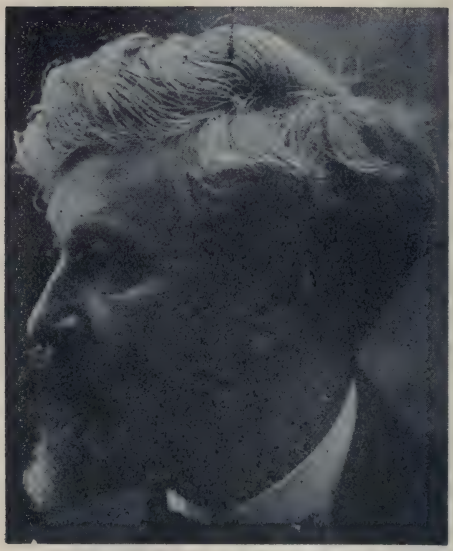
P.

SANTIAGO RUSIÑOL

BARCELONA, 1861.

Nació este literato, que es también tanto como literato un gran pintor, en la ciudad de Barcelona el año 1861; había ya pasado con mucho lo que llamamos la primera juventud cuando pensó en escribir para el teatro, y en 1890 representó Fontova su monólogo *L'home de l'orga*, que obtuvo un gran éxito y alentó a su autor por ese camino. No tardó ya en venir el estreno de *L'alegría que passa*, obra que provocó una verdadera explosión de cálido entusiasmo y que siempre la provocará entre toda clase de públicos, porque se siente en ella palpitar con fuerza grande algo que es como un reflejo de la propia vida interior. Desde este momento ya no se ha detenido Rusiñol ni un punto en el camino de sus triunfos escénicos, y, unas veces más y otras veces menos, ha sido siempre el aplauso el comentario que ha puesto el público a

todos sus dramas y comedias, escritos los primeros dando toda su intensidad a los grandes sentimientos de los hombres y predominando en las segundas la sátira de costumbres, llevada alguna vez



hasta lo grotesco. De su repertorio, ya muy extenso, merecen citarse: *Llibertat, L'héroe, Lo místich, Lo pati blau, Los savis de Vilatrista, La mare, L'hereu Escampa*... pudiendo todavía esperarse de su ingenio otros nuevos y seguramente aun más sazonados frutos.

P.

FEDERICO SOLER (Serafí Pitarra)

Barcelona, 1839. Barcelona, 1895.

D. Francisco de Sales Vidal, de Villanueva, y D. Eduardo Vidal de Valenciano, de Villafranca, iniciaron el Teatro Catalán con plausible éxito, pero estaba reservado a un modesto relojero de la calle de Escudillers, su creación definitiva, abriendo las puertas de la escena a tantos y tantos que a la par de *Pitarra* la han enriquecido con sus obras.

Nació tan popular dramaturgo en Barcelona en 1839 y en los ratos de ocio que le dejaba su ocupación, hacía versos y más versos, si inspirados casi siempre, poco aceptables desde el punto de vista moral y del buen gusto; luego ensayó una serie de parodias, que tituló *Singlots poétichs*, adoptando el pseudónimo de *Serafí Pitarra*, con que es generalmente conocido, y esas parodias revelaron desde la primera, llamada *La Esquella de la Torratxa*, inspirada en *La Campana de la Almudaina*, de Palou, revelaron, digo, a un dramaturgo de primer orden, como demostró sucesivamente en más de cien obras suyas que se representaron en los teatros Odeón y Romea, entre las cuales recordamos, *Las Joyas de la Roser*, *Las euras del mas*, *Las francesillas*, *Las modas*, *Lo ferrer de tall*, *La rosa blanca*, *Lo Rector de Vallfogona*, *L'Angel de*

la guarda, Las papellonas, El collaret de perlas, El Conceller y el Monarca, Els polítics de gambeto, L'apotecari d'Olot, La creu de la Masía, Los pescadors de Sant Pol, Lo punt de las donas, Las carbassas de Montroig, Un barret de riallas, Los cantis de Vilafranca, A la vora del mar, El ret de la Sila, Cura de moro, Lo jardí del general, La vivor del estornell, La mosca al nas, Café y copa, La dona y la bailarina, Per carta de mes, La casaca y la casulla, Lo campaner de San Llop, Lo teatre per dins, La bruixa, Lo didot, L'hereuet, La cua de palla, Lo primer amor, L'últim Rey de Magnolia, L'hostal de la farigola, Lo dir de la gent, La sabateta al balcó, La bala de vidre, Or.

Lo Comte l'Arnau, Jesús, 100,000 duros, Barba-Roja, Judas, La rondalla del infern, Lo monjo negre, Lo llibre del honor, Lo plor de la madrastra, Lo timbal del Bruch, O Rey o res, Lo forn del Rey, La filla del marxant, La pena de mort, Lo lliri d'aygua, Lo pubill, Sota terra, La ratlla dreta, La banda de bastardia, Cércol de foch, Lo bressol de Jesús, Lo contramestre, Los Segadors, Lo trinch del or, Senyora y majora, Lo campanar de Palma.

Lo cantador, Lo castell dels tres dragons, Coses del oncle, Ous del día, Las píldoras de Holloway, Si us plau per forsa, Un mercat de Calaf, La venjansa de la Tana, La vaquera de la piga rossa, En Joan doneta, Lo boig de las campanillas, Los héroes y las grandesas, Lo Pla de la Boquería o lo rovell de l'ou, La Rambla de las Flors, Donya Guadalupe, La festa del barri, A posta de sol, La fira de Sant Genís, Lo moro Benani, Lo sagristá de Sant

Roch, Els estudiants de Cervera, La dida, Los egoistas.

Las obras dramáticas de Soler despiertan vivo interés y denotan en su autor un conocimiento

profundo de las costumbres y lenguaje del país, siendo maestro consumado en preparar los finales de los actos, de manera que dejan una profunda emoción en el espectador.

La *Esquella* se estrenó en el Odeón en 1864, y las *Joyas* en Romea en 1866, verdadera inauguración del teatro catalán.

Soler era creyente a pesar suyo; se mostraba escéptico en la conversación, pero cuando su pluma corría a impulsos de su elevado espíritu, salía un raudal de inspiración que nada tenía de incredulidad; la Academia Española concedió un premio a su *Batalla de Reynas*, pero en el género caballeresco no llegó nunca a la altura de sus comedias de costumbres, así es que el premio fué concedido más a su labor catalana que a la castellana.

En la Plaza de las Comedias, como antes se llamaba, ahora del Teatro, se eleva un monumento a Pitarra, costeado por sus admiradores, que fueron muchos, perpetuando así la memoria del más fecundo de nuestros autores dramáticos, y quizás el más festivo, pues sus agudezas habían hecho reir de muy buena gana a toda una generación.

Sus conatos de dramas de tesis, de historia, sacra y profana, no hallaron ambiente favorable a pesar de la fuerza de su inspiración; su musa fulguró siempre al describir las costumbres de labriegos y burgueses, mas palideció en las disquisiciones filosóficas, sociales y caballerescas.

PEDRO ANTONIO TORRES

TARRAGONA, 1834. TARRAGONA, 1901.

El Sr. Torres fué un literato que pudo imaginar mucho y bien, pero la política le atrajo, y en ella encontró sin duda más provecho que en la literatura.

Importante es, sin embargo, su labor dramática; además de *La clau de casa*, su producción más celebrada, escribió *Lo full de paper*, *La Verge de la roca*, *La llantia de plata*, *Lo combat de Trafalgar* y *Lo Mestre Feliu*, todas bien recibidas por el público y favorablemente juzgadas por la crítica.

Torres fué activo periodista, Gobernador civil, y desempeñó elevados cargos en la Península y en Cuba, revelando siempre grandes aptitudes, y un juicio maduro y sereno.

FRANCISCO DE A. UBACH Y VINYETA

TIANA (BARCELONA), 1842. BARCELONA, 1913.

Conocimos a Ubach en su adolescencia, cuando acompañaba a un tío suyo enfermo, que había ido al pintoresco pueblo de San Fausto, con esperanza de recobrar la salud perdida, con la pureza de aquellos aires, con la excelencia del agua que mana de sus numerosas fuentes.

Allí, en la renombrada de las *Euras*, se sintió poeta el casi niño Ubach, y a la sombra de castaños, moreras y manzanos surgieron los vagidos de su inspiración, a cuyo soplo habían de brotar raudales de poesía, que constituyen un tesoro literario, formado por centenares de creaciones, labor fecunda y prodigiosa de un vate tan modesto como laborioso, meritísimo por la belleza de sus obras y por los elevados y loables sentimientos que las informan.

Concibiéronse muchas de ellas, después de sus primeros ensayos en San Fausto, en el piso más

elevado de una casa del Arco de la Gloria, en Barcelona; sin duda fué ésta una predestinación del poeta, que la alcanzó con su estro en grado superlativo, pero siempre modesto; si obtuvo éxitos legítimos y perdurables, no fué pregonado por las trompetas de la fama.

A trescientos cincuenta se elevan los premios conseguidos por él en los certámenes literarios, lo que supone una producción de poesías al menos doble, pudiendo compararse con el fecundo obispo *El Tostado*, y eso que escribía con la mano zurda, que si llega a tener disponible la derecha, sólo Dios sabe donde hubiera llegado ese rico manantial de versos emanado de quien, sin carrera literaria, sólo debió a su propio esfuerzo la cultura de que hace gala en sus escritos.

Y téngase en cuenta que mientras pudo se dedicó en la fábrica de lizos y peines de tejer, de los Sres. Carreras y Alberich, a la prosaica tarea de llevar el Debe y Haber de los negocios de la casa, donde entró como meritorio y acabó por ser su gerente, de modo que el ambiente en que vivía no era para inspirarle cantos y baladas, a pesar de lo cual escribió siempre, aun enfermo, no por la edad, sí por la fatiga intelectual.

En 1866 comenzaron sus triunfos en los Juegos Florales con su oda *Al general Manso*, uno de los héroes de la Guerra de la Independencia, y en 1874, obtenido el tercer premio reglamentario, era proclamado *Mestre en Gay saber*.

Publicó, desde 1866 a 1879 una serie de composiciones con los calificativos de *Celisties*, *Prime-*

renques y *Expansions*, y de 1878 a 1894 dos series, del *Romancer catalá históric tradicional y de costums*, que revela sus profundos conocimientos históricos, acumulados tras un paciente e inteligente trabajo.

Son de notar entre las composiciones que lo integran, las que le fueron premiadas con la englantina de oro *Lo darrer Pallars*, *Rey y lley* y *Lo combat de Cadaqués*.

Su labor dramática, objeto primordial de este libro, no fué muy extensa, quizá debido a exclusivismos y egoísmos que atajaron su vuelo, pero sí selecta, sana y de elevadas inspiraciones, valiéndose siempre del verso para desenvolver sus pensamientos.

En 1867 estrenó en el Teatro Principal su primera obra *Honra, patria y amor*, secundando el movimiento iniciado el año anterior para crear y dar vida al teatro catalán.

Después escribió los dramas históricos *Margarida de Prades*, *Joan Blancas* y *Almodis*, los pasionales *La ma freda*, *La cua del xuetà*, *Riàllas y plorallas*, *Lo pes de la culpa*, *Mala herba*, y dos tendenciosos, *Los hereus*, en que fustiga esta institución catalana en lo que tiene de injusta, y *L'última pena*, alegato contra la de muerte, dejando inéditos *Jacquart* y *La Madrastra*.

Ubach fué colaborador de *La Barretina*, *Lo gay saber* y *La Renaixensa*, Académico de Buenas Letras y correspondiente de la de la Historia.

Presidió el Centro Excursionista de Cataluña, y en este cargo y en todos sus actos reveló su inte-

ligencia y laboriosidad, y sobre todo su ardiente amor a la tierra natal.

También fundó con otros muchachos, que luego fueron eximios poetas, paseando por los pórticos de la Plaza Real *La jove Catalunya*, que luego pasó al Café de Francia y después al Suizo.

Como recuerdo de su gloriosa labor ha dejado a su familia un verdadero Museo de joyas y obras de arte, que testimonía su estupendo trabajo y las victorias alcanzadas por el poeta y el pensador.

FRANCISCO DE S. VIDAL

VILLANUEVA Y GELTRÚ, 1819. 1878.

Fué de los primeros en escribir para el teatro catalán, como que su comedia, *Una noya com un sol*, se representó en Barcelona en 1861, siendo merecidamente aplaudida, pues, además de estar escrita con gran galanura, aparecían en ella varios personajes llenos de vida y de verdad. Otras muchas comedias y bocetos dramáticos dió a la escena, pero a todos superó *La malvasía de Sitges*, que se representó con éxito grande, que dura todavía, algunos años después de la citada. En ella resplandecen como en otra ninguna de sus producciones las altas cualidades de comediógrafo que le distinguieron, pues muy pocos supieron como él manejar

tan parcamente el epígrama y pintar las ridiculeces de la sociedad con tan singular maestría. No fué uno de esos satíricos malhumorados que despiertan el odio con su burla, sino más bien un

amable preceptor que corregía los vicios de los hombres con la sonrisa en los labios. Nació Vidal el año de 1819 en Villanueva y Geltrú y murió en 1878, dejando por sus bondades imperecedera memoria entre los hombres y un recuerdo glorioso en el teatro catalán.

P.

EDUARDO VIDAL DE VALENCIANO

VILLAFRANCA DEL PANADÉS, 1838. BARCELONA, 1899.

Después de los ensayos por diversos autores hechos en la comedia y en el sainete, a Vidal se debe

el primer esfuerzo para levantar a mayores empresas la lengua catalana, haciéndola servir para la expresión de los más nobles sentimientos del alma. En 1865 se representó en el Teatro Principal de Barcelona su drama en tres actos *Tal farás tal trobarás*, el cual causó honda impresión lo mismo

entre los literatos que entre el público profano en cosas de literatura, y la causó, a pesar de los grandes defectos que sin duda la obra encierra, lo mismo en la forma que en el desarrollo del conflicto dramático, porque al fin comprendieron las gentes que también se podía en catalán hablar el lenguaje de las grandes pasiones humanas, cosa que por entonces dudaban muchos. Nació Vidal en Villafranca del Panadés el año de 1838 y murió en 1899, dejando en la escena catalana un repertorio extensísimo, aunque no es todo él oro puro, ni mucho menos, bien que le basta para la gloria de su nombre el drama cuyo título dejamos apuntado. No obstante, de entre sus obras se ven todavía con agrado: *Tal hi va qui no s'ho creu*, *Tants caps tants barrets*, *L'ase d'en Mora*, *Paraula es paraula*, y bastantes más. También escribió algunas zarzuelas, entre las que tuvo gran éxito *La guardiola*, e hizo no pocos arreglos y traducciones.

P.

EMILIO VILANOVA

BARCELONA, 1840. BARCELONA, 1905.

En la ciudad de Barcelona nació este gran pintor de costumbres y en la misma murió cuando había cumplido los sesenta y cinco años, habiéndosele erigido después, para hacer perdurable la memoria de su nombre, un sencillo monumento en los jardines públicos de su ciudad

natal. Hasta los últimos años de su vida, cuando era ya grande la celebridad que había alcanzado como cuentista — que nadie como él supo llegar tan al fondo del alma del pueblo típicamente barcelonés, — no pensó Vilanova en dedicar a la escena siquiera una parte de sus actividades intelectuales, y aun entonces lo hizo con notable

parquedad; de modo que su producción dramática es muy corta, y no obstante tiene por sí misma un extraordinario valor, que aumenta a medida que el tiempo transcurre y se destaca con mayores brillanteces sobre el fondo común de la literatura dramática catalana. No tenía que hacer Vilanova sino poner sobre las tablas del teatro algunos de los *tipos* que abundan en sus agri-dulces narraciones

para obtener sus más ruidosos triunfos escénicos, y esto hizo dando con ello vida a sainetes como *¿Qui... compra maduixas?*, *Las bodas d'en Cirilo* y *L'ase del hortelá*, escritos con desenfadada donosura y en los que nunca lo extravagante de sus situaciones destruye ni achica el fondo de humanismo y de verdad que late en todas sus escenas.

P.

DRAMÁTICA CATALANA

ACTORES y ACTRICES

TEODORO BONAPLATA

BARCELONA, 1841. BARCELONA, 1913.

Nació y murió este actor en la ciudad de Barcelona y aquí comenzó su carrera artística actuando con aplauso, muy joven todavía, en teatros como el Lírico y los Campos Elíseos. Esto era poco y deseoso de hallar mayor espacio para sus aspiraciones, fuese a América y allí pasó largos años ganándose la estimación de aquellos públicos con la acabada interpretación que daba a las mejores obras del teatro español. En 1883 regresó a Barcelona y en el Teatro Romea dió una serie de representaciones para hacerse conocer de nuestro público, cuya voluntad se conquistó en el acto, no siendo cosa fácil, para los que le vieron entonces, olvidar la interpretación

romántica y justa a la vez que dió al trágico personaje de *Otelo*. Inmediatamente entró a formar parte de la compañía del teatro catalán, y ya desde tal punto constituyó un éxito para tan excelente actor cada una de las obras que estrenó, cada uno de los personajes que encarnó en la escena. En *L'ánima morta* hizo una verdadera creación de aquel rey medio idiotizado por la idea fija que tiene clavada en el cerebro, alcanzando en algunos momentos las mayores sublimidades trágicas. Se distinguió también en la alta comedia y aun en la comedia grotesca y esto revela el mérito extraordinario de este actor.

P.

ENRIQUE BORRÁS

BADALONA, 1869.

Nacido en uno de los pueblos de nuestra hermosa costa levantina, allá por los años de mil ochocientos sesenta y nueve, ya en su primera juventud sintió despertarse potente en su alma de artista la afición a representar dramas y comedias, y en el teatrito de su pueblo y en compañía de algunos amigos, jóvenes como él, empezó la gloriosa carrera que tan rápidamente le había de encumbrar a las más altas regiones del arte. Vino a Barcelona y trabajó en el Tívoli y en Novedades bajo la dirección de Antonio Tutau, haciéndose pronto notar de los grandes públicos y de la crítica, que

comenzaron a aplaudirle como correspondía a sus altos méritos.

Entró más tarde en la compañía del Teatro catalán y en ella fué prestamente una de las principales figuras, alcanzando allí sus más señalados triunfos, representando obras como *Lo ferrer de tall*, *Rey y monjo*, *Mar y cel*, *Jesús de Nazareth*, *Terra baixa*... Dedicando siempre gran esmero en la caracterización del personaje; es Borrás de los actores que ponen todo su esfuerzo en dar al auditorio un verdadero trasunto de la realidad mientras la representación dure, para lo cual procura no descomponer nunca el *tipo*, ni aun en los momentos de mayor exaltación trágica, en que logra Borrás hacer sentir a los espectadores el escalofrío del terror... Después ha subido nuestro actor a la escena castellana y en ella continúa con el entusiasta aplauso de los públicos de España y de América.

P.

JAIME CAPDEVILA COLOMER

AMPOSTA (TARRAGONA), 1853. BARCELONA, 1911.

El genuino sucesor del gran Fontova, que casi llegó a igualar sus méritos, sentó plaza de pintor en su mocedad, pero pronto dejó la brocha por el teatro, empezando, como la mayoría de los actores, por mero aficionado en teatros caseros o particulares.

Trece años tenía cuando comenzó a actuar, y a los diez y siete ingresaba en la compañía del Teatro de Talía, que ya no existe, bajo la dirección de Montolíu.

Representó luego en Gracia y después en el Liceo, casando con la hija del conocido actor don Fernando Guerra.

Figuró en la compañía que actuaba en el derruído teatro de Novedades, con Tutau y la Mena, y después en Eldorado y el nuevo Teatro de Novedades, distinguiéndose en *La taberna*, *Mal pare* y *Lo bordet*, haciendo concebir gratas esperanzas sus dotes de actor cómico, y su facilidad en interpretar los tipos creados por la fantasía de los autores.

No se vieron defraudadas estas esperanzas, pues después de la pérdida de Fontova sentó sus reales en Romea y si no emuló sus glorias fué su inteligente imitador, haciendo reir de buena gana, sin descender a lo chocarrero.

Su larga y laboriosa campaña duró hasta 1907, que se contrató para Buenos Aires, haciendo las delicias de los bonaerenses en el Teatro Victoria hasta 1909, en que emprendió una gira a Mendoza, Rosario y Montevideo.

Al volver a la península formó parte de la compañía del Teatro Principal, a instancias del dramaturgo-pintor Rusiñol, pero la enfermedad que contrajo en América eclipsó rápidamente sus notorias y espléndidas facultades, precipitando el trabajo escénico el descenso de sus fuerzas y preparando el funesto desenlace de su muerte, acaecida en 1911.

Como Colomer y otros actores no sólo interpretó las creaciones ajenas, sino las propias, utilizando su ingenio y experiencia para escribir producciones tan donosas y ocurrentes como *La desheredada*, *Lo senyor Nadal*, *Carme*, *A sants y a minyons...*, *A mitj camí*, *Per massa bo*, *Lo pa de casa*, *A cal sastre*, *Casualitats*, *etc.*

ANDRÉS CAZURRO

Fué uno de los primeros actores y de mayor fuerza con que contó el Teatro catalán en sus comienzos; surgió de pronto como un verdadero primer actor en las famosas compañías del Teatro Odeón, disputando el favor del público a otros actores de mucha mayor experiencia y logrando finalmente el triunfo que su corazón ambicionaba; demuéstrase con esto que en el teatro, lo mismo que en otras esferas de la vida del hombre, no lo es todo la experiencia, sino que entra también por mucha parte en los éxitos humanos lo que se ha dado en llamar el fuego interno. Pasó más tarde al Teatro Romea, como la mayoría de los actores catalanes, y allí al estrenarse, en 1869, el drama *Las euras del mas* alcanzó un estruendoso triunfo, como no era cosa muy corriente en aquellos primeros tiempos del teatro catalán, y es que acertó

plenamente con la expresión que convenía dar al personaje representado, hecho a la vez de romanticismo y de observación directa de la realidad, como son los *tipos* principales, hablamos de los *tipos* dramáticos, del primitivo teatro catalán. Desde aquel momento fué Cazurro un actor indiscutible, encarnando siempre con acierto los personajes que se le confiaban.

P.

CONRADO COLOMER

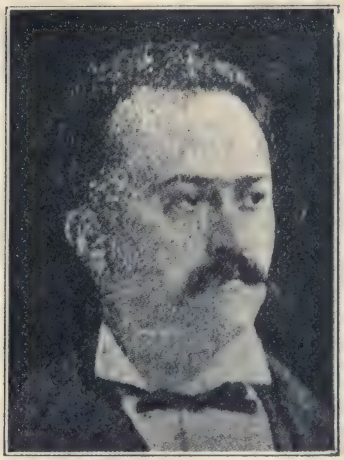
BARCELONA. BARCELONA, 1898.

En rigor debería figurar Colomer entre los autores por lo mucho que escribió y arregló para el teatro, pero lo colocamos aquí porque su característica era la representación escénica, y sus producciones tenían la única finalidad de entretener al público, siendo muchas tan fugaces como las flores, que amanecen frescas y hermosas y al caer el día están mustias y feas.

Estudió Colomer la carrera de ingeniero militar, mas el teatro le atrajo y a él se dedicó desde 1866, siendo uno de los más populares actores del Odeón y de Romea.

Entre sus muchas concepciones, por él pensadas, por él representadas, pueden citarse: *Una pessa de dos, La torre dels misteris, Lo célebre Maneja, La cartiloginotalgia, La guerra a casa, Un*

mal tanto, Un sogre de Damocles, De cobarts no hi ha res escrit, A can xeixanta, Las errades del papá, Lo meu modo de pensar, Verdalet, pare y fill, del comers de Barcelona, A costellas del gendre, Flor de té, La casa tranquila, La parentela, Tot es mal que



mata, Lo somni de l'Ignocencia, Ki-ki-ri-ki, La llantia maravellosa, Mil duros, La firma d'en Rovellat, La herencia del oncle Pau.

Muchas de esas producciones eran zarzuelitas que Colomer, con voz o sin ella, cantaba y declamaba haciendo durante algunos años las delicias del público con su gracia natural, algo saturada de gruesa pimienta.

RÓMULO CUELLO

Perteneció a una familia que proporcionó al teatro, galanes, damas y característicos.

Rómulo fué uno de estos, y gozó de gran fama durante mucho tiempo, habiendo ejercido en Odeón, Romea y hasta en el Liceo; pero en el Tívoli adquirió gran relieve, donde en *De Sant Pol al polo Nort* y en otras zarzuelas análogas hacía reir a carcajada batiente con su fea pero expresiva fisonomía y el acierto con que vestía e interpretaba los personajes cómicos que le hicieron querido y popular.

Había sido un mediano encuadernador en el taller de mi padre, pero pronto dejó los libros por las tablas, en las que halló más provecho y notoriedad.

LEÓN FONTOVA

BARCELONA, 1890.

No viejo todavía e indiscutiblemente en el pleno uso de sus grandes facultades artísticas, murió este actor catalán en Barcelona cuando había cumplido apenas los cincuenta y seis años de su edad. Sin tradiciones que seguir, sin ejemplos que imitar, — ni buenos ni malos, pues se ha

de decir que el teatro catalán no tenía historia, ya que apenas si merecen mención los grotescos ensayos de Robreño — hubo de formarse Fontova a sí mismo, sin más guía que su seguro instinto

del arte, sin más consejero que el aplauso del público, no siempre certero y digno de ser seguido. Por esto es mucho más de admirar la altísima labor de los actores catalanes, y muy en particular la de este de que hablamos, pues llegó a tan grandes sumidades por su solo y personal esfuerzo. Profunda huella dejaba en el ánimo del espectador el arte supremo, inspirado en la misma

realidad, con que *construía* los innumerables y variadísimos *tipos* que supo crear sobre la escena, en obras como *La dida*, *Lo ferrer de tall*, *Sota terra*, *Cura de moro*... y en tantísimas otras comedias que debieron una parte de su éxito a un actor como Fontova, que ponía siempre todas sus excepcionales facultades en la exteriorización del personaje que representaba, con una fuerza y un entusiasmo en que le han igualado pocos.

P.

ALFONSO FEDERICO FUENTES

BARCELONA, 1844. BARCELONA, 1908.

Fué un eterno muchacho en la escena, del que sacó gran partido Pitarra creando tipos adecuados a sus facultades, a los que Fuentes daba gran realce, satisfaciendo los propósitos de tan preclaro autor.

El cariño dispensado por éste a Fuentes era correspondido por el actor, que adoraba a Pitarra, y le rendía fervoroso culto, poniendo todo su empeño en realzar las obras con toda su inteligencia, con entusiasmo nunca desmentido.

Fuentes empezó como muchos representando en teatros de aficionados, entre ellos el Olimpo, que

fué la escuela de un gran número, pero a los diez y ocho años entró ya a formar parte de la compañía del Teatro Romea.

Allí recibió útiles lecciones del concienzudo actor García Parreño, y en breve se hizo aplaudir primero en lo serio, después en lo jocoso.

En ambos géneros se distinguió en *La dida, Lo forn del rey, Lo rector de Vallfogona, Joan Blancas, Lo plor de la madrastra, Cura de moro, La nit de nuvis, Donas, Cinc minuts fora del mon, Cércol de foch, Las bodas d'en Cirilo, L'hereuhet, Lo trinch de l'or, L'esquella de la torratxa, La Baldirona, etc.*

Fué un artista genial en los papeles característicos de mozalbete, ora ingenuo, ora travieso, ya listo, ya tonto, en todos los cuales interpretaba a maravilla la creación del autor, dándole vida y realce, y aumentando el efecto propuesto con gran lujo de detalles, que causaban las delicias del público y provocaban su hilaridad.

Había trabajado en todos los teatros de Barcelona, en las Baleares y en Valencia, pero su escenario predilecto fué Romea, donde se galardonó siempre su trabajo con aplausos sinceros y afectuosos.

JOAQUÍN GARCÍA PARREÑO

BARCELONA, 1880.

Oriundo de las provincias valencianas, dió este actor días de esplendorosa gloria al teatro catalán, allá en los tiempos que siguieron de cerca a su fundación, y aunque están ya muy lejos de nosotros aquellos tiempos, hasta nosotros ha llegado el prestigioso renombre de este comediante sin par. Abrazó en su juventud la carrera de las armas y llegó en ella muy adelante, pero la abandonó después, dícese que por motivos de orden político, y se dedicó por completo al teatro, empezando por trabajar en uno de los principales escenarios de la ciudad de Valencia. Estuvo después en la compañía de Julián Romea, recibiendo durante algunos años las lecciones de este coloso de la escena española. Entró en seguida en el Romea, de Barcelona, donde actuaba hacía tiempo la compañía catalana y allí es donde adquirió su merecido renombre creando los primeros personajes del

teatro catalán de su tiempo y asombrando a las gentes, por la fuerte naturalidad que supo dar a su trabajo, con su interpretación de «Mestre Jordi» de *Lo ferrer de tall*, que es uno de los más robustos y vivos caracteres que hay en el frondoso teatro de Soler. Tempranamente murió este actor en el año de 1880, no sin haber llevado empero a término feliz la arriesgada empresa, que había sido durante largos años su dorado sueño de artista, de levantar sobre las tablas la figura augusta de Jesús, lo cual hizo con una dignidad y una unción tan grandes que bien merecieron el aplauso de cuantos pudieron admirarle entonces, no menos que nuestro cariñoso recuerdo.

P.

ENRIQUE GIMÉNEZ

BARCELONA, 1868

Este joven primer actor ha hecho una carrera rápida y aprovechada.

Debutó a los trece años en el Tívoli bajo la dirección de su padre Manuel, y como galán joven actuó luego en provincias, siempre en el teatro castellano.

En 1895 representó en catalán con Tutau, Bonaplata y Borrás, y en 1899 volvió a la escena española con la Cobeña, recorriendo con éxito los teatros del Norte y Andalucía, en clase de primer actor y director de escena.

Después le hemos visto en el Principal y Romea, interpretando todos los géneros, desde el clásico griego hasta nuestros modernos autores, siempre con discreción y finura, con arte y suma propiedad en la expresión y en el traje.

Por su inteligencia en la dramática ejerce hoy de profesor en la clase consagrada a este estudio en el Conservatorio de Barcelona.

HERMENEGILDO GOULA

San Feliu de Guixols, 1843

Con la silueta de Goula podríamos hacer la del teatro catalán, pues durante medio siglo a él se ha consagrado, siguiendo desde sus comienzos hasta su apoteosis; desde el descenso hasta el actual marasmo.

Y éste proviene del alud de los cines, como hemos dicho en otro lugar, parques, variedades más o menos artísticas, más o menos decentes, tantos deportes y revistas humorísticas, de pésimo gusto muchas de ellas, de autores que tras la imaginería del arte no estudian ni atienden el gusto del público, y de tanto primer actor con categoría de racionista, como ocurre con las carreras, donde

acude en tropel la juventud desdeñando los oficios, con lo que resultan éstos faltos de gente perita e inteligente y aquéllas con médicos y abogados que se mueren de hambre, pues quizás muchos

burócratas que no hallan ocupación, o si la tienen la ejercen mal serían hábiles carpinteros, expertos cortadores en sastrería, es decir, obreros aprovechados para el trabajo, para la familia y para sí mismos en lugar de parásitos o perturbadores en la vida política, económica y social.

Pero volvamos a Goula, cuyo buen sentir hemos tratado de insinuar.

Fué alumno del Conservatorio de Barcelona y discípulo de los maestros José M.ª Angelón, Víctor Balaguer, Carlos Latorre y Villalón, ganando mientras su sustento, grabando para la imprenta dibujos trazados sobre planchas de boj.

Empezó su carrera a los catorce años en clase de aficionado, representando *Cel rogent*, de Aulés, y *Cura de moro*, de Pitarra.

A los diez y siete debutó en el Circo Barcelonés en la compañia que dirigía el eximio José Valero con *Las astas del toro*.

Actuó luego con Fernando Guerra en el Olimpo, con Gervasio Roca, Tutau, Lumbreras y la Mena, en Romea, siempre en lengua castellana, iniciando su ingreso en el teatro catalán con *La creu de plata*, de Briz. En ese teatro es donde Goula alcanzó un justo renombre, en los papeles de calavera y despreocupado, creando tipos siempre propios y característicos, que adrede intercalaban los autores en sus obras, seguros del acierto con que Goula los había de interpretar.

Desavenencias con la empresa del Romea le obligaron en 1892 a dejar aquella compañía, que constituía su ambiente artístico, trasladándose a Novedades, donde actuó por espacio de dos años.

Pitarra que sabía lo que valía este actor lo volvió a Romea, su escenario favorito, y allí representó entre otras obras *Senyora y majora*, *Batalla de reynas*, *Las esposallas de la morta*, siempre con éxito en los papeles de galán joven, sin convencer al público en los de característico.

Pitarra, que fué un gran dramaturgo, era muy

vacilante y cambiaba en los ensayos escenas y hasta actos enteros; Goula, que conocía el flaco de su autor favorito no aprendía sus papeles hasta el fin supliendo la práctica y la inteligencia a la memoria.

Goula fué uno de los actores más queridos del público, mientras éste y los autores vivieron en amorosa concordia; enfriada ésta, opina Goula y nosotros también que, o ha de ser el teatro catalán lo que fué en días tan prósperos o dejar de ser si ha de llevar vida endeble o maleada.

JUAN ISERN

Muy joven todavía murió este actor del teatro catalán — no mucho después del año 1890 — y bien puede afirmarse que la muerte tronchó, cuando ya iban a convertirse en flores, las grandes esperanzas que su talento artístico fundadamente hiciera concebir. El que esto escribe recuerda a Isern como a uno de los actores catalanes de mayor fuerza expresiva y capaz como pocos de comunicar a un auditorio todos los entusiasmos de su alma, porque poseía, además de una elegancia y de una corrección supremas, aquel fuego del en-

tusiasmo interior que hace ser al comediante sincero y hermosamente claro a un tiempo. Basta para convencerse de ello recordar a Isern en *Mar y cel*, en *Batalla de reynas*, en *Sota terra* y en tantísimos otros dramas y tragedias del teatro catalán, a los que dió vida escénica con el calor de su entusiasmo y con la fuerza expresiva de su arte, todo hecho de simpatía y de sinceridad.

P.

CARLOTA DE MENA

Hija de actores, puede decirse que nació en el teatro, que vivió en el teatro y que murió en él, pues hasta las postrimerías de su vida vivió por completo consagrada al cultivo de su arte, arte que fué la gran pasión de su existencia. Ya en 1866, es decir, en los comienzos del teatro catalán, fué tenida Carlota de Mena por una excelentísima actriz, apreciación que muy pronto confirmó con creces gracias a su trabajo concienzudo tanto como entusiasta, pues éstas fueron siempre las dos grandes cualidades que más la distinguieron. Entró en la compañía de Tutau en 1870 y ya no salió de ella hasta la muerte de este benemérito actor. Al lado de Tutau alcanzó sus más señalados triunfos, no solamente en la interpretación del teatro cata-

lán, sino que también creó algunos de los más famosos tipos del teatro español, lo mismo antiguo que moderno. Su interpretación de *La Dida*, una de las obras más típicas de la escena catalana, causó en los públicos de entonces una impresión tan profunda, que bien puede afirmarse que perdurará al través de los tiempos, después de haberle valido a Carlota de Mena el justo título de primera actriz del teatro catalán.

P.

CATALINA MIRAMBELL

Retirada ya de la escena mucho tiempo antes de morir, su memoria perduró inmarcesible en el teatro y perdurará todavía mucho tiempo, pues no es fácil que se olviden algunas de las perfectas creaciones que hizo esta actriz admirable, de una tan extraordinaria fuerza de naturalidad como no se ven muy frecuentes ejemplos en el teatro de ningún país. Cierto que esta naturalidad, tan recomendada por los mejores preceptistas, ha sido la característica de los comediantes catalanes en general; pero así y todo era de notar este mérito en Catalina Mirambell, en tan alto grado lo poseía y hasta tal punto se

compenetraba esta condición suya con su innata expresión artística. Ya era una actriz aplaudida por los públicos, cuando entró a formar parte de la compañía catalana del Odeón, donde obtuvo en seguida brillantísimos éxitos. En el escenario del teatro Romea se hizo más tarde aplaudir en la interpretación de innumerables personajes, poniendo en todos a contribución su extraordinario talento y su grande entusiasmo de artista que fué siempre desde sus mocedades.

P.

ANA MONNER

PALMA DE MALLORCA, 1850.
BARCELONA, 1914.

He aquí una gran actriz sin querer serlo, con antipatía al teatro, interpretando, empero, todos sus papeles con talento y acierto, merced a sus cualidades y a su sentimiento del deber, más fuerte que la aversión que sentía por la escena, porque hija de comediante ni le placía la vida de los cómicos, ni se avenía con el concepto que, en su sentir, tenía formado el público de cuantos a la escena se dedicaban.

A despecho, pues, de sus aficiones y de su voluntad, cómica fué y de relevante mérito, siendo

una de nuestras mejores características, gracias a su temperamento frío y reflexivo.

A los doce años su padre le confió un papel de niña, cuyo desempeño le valió muchos plácemes, a pesar de no haberlo estudiado y hecho de mala gana; siguió su prevención, y eso no obstante a los diez y siete años ejerció de dama joven en el Liceo.

Pinta gráficamente este desamor el hecho de que, habiendo acudido una noche al teatro para representar, en el supuesto de que el gran Massini no podría cantar por enfermo, como no llegó ese caso, los artistas de la compañía dramática se quedaron en el Liceo para oir al insigne tenor, mientras la Monner se iba tranquilamente a su casa, renunciando a las delicias del canto de aquel artista tan merecidamente celebrado.

Con afecto a las tablas o sin él, lo cierto es que en ellas actuó, alcanzando justos triunfos de 1893 a 1903, primero en castellano, con Tutau y Mena, y después en Romea, donde reemplazó a la eximia característica Mirambell, no sin hacerse rogar, pues creía sinceramente no poseer las dotes necesarias para ocupar el sitio que aquella dejara.

Acostumbrada al teatro castellano temía el catalán, que constituía para ella un arte nuevo, y cada estreno era una grande emoción, por más que estuviese segura de su papel, pero siempre con temor de no acertar.

Descolló sobre todo en las producciones del popular Pitarra y asimismo en las de Guimerá, Rusiñol, Iglesias, Rovira y Serra y otros, hasta que

un accidente en su salud mientras tomaba parte en *Cavallería rusticana*, la obligó a dejar una escena que no amaba, pero que había honrado con su talento y su voluntad, donde si sintió las espinas que lleva en sí la carrera, esparció en abundancia las flores del ingenio entre sus muchos admiradores.

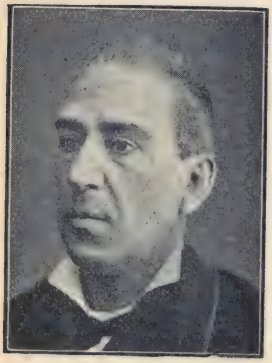
Casó en 1870 y enviudó diez años después; no asistía ya al teatro; sólo hizo una excepción al inaugurarse en el Eldorado las funciones de la Sociedad de Autores, por el respeto y afecto que hacia ellos conservaba.

CARMEN PARREÑO

Llena el nombre de esta actriz un larguísimo período del teatro catalán, desde lo que podríamos llamar la segunda época del mismo hasta casi los días que alcanzamos. Dotada de una elegante figura y de una dicción clara y vibrante de pasión a las veces, fué queridísima del público y obtuvo muy señalados triunfos con la interpretación de las «amorosas» que le confiaban los autores, perfectamente ciertos de que ponían el papel en inmejorables manos. El escenario del Romea fué el lugar de sus mayores victorias,

interpretando los principales personajes de obras como *La banda de Bastardía, Mar y cel, Batalla de reynas*... en todos los cuales sabía poner destellos de su alma de artista y trozos de su corazón de mujer noblemente apasionada. Después, dispersada por la muerte y por la ambición aquella compañía catalana, de conjunto tan admirable, Carmen Parreño trabajó en casi todos los teatros de Cataluña, sosteniendo hasta esos últimos años el prestigio de su arte y la fama justísima de su renombre.

P.



GERVASIO ROCA

Fué uno de los actores que dieron gloria a los comienzos del teatro catalán y que más contribuyeron con su arte a que el público se aficionase a la novedad de oir comedias y dramas escritos en lengua catalana. En el género llamado «cómico» nunca hizo Roca la menor concesión al mal gusto, sabiendo siempre mantener en el lugar más elevado la propia dignidad y la dignidad del artista, cosa que es de más difícil cumplimiento de lo que parece, pues necesita un comediante poseer una gran fuerza de voluntad sobre sí mismo para no dejarse arrastrar ni un momento siquiera por el afán del aplauso. Gervasio Roca pudo contarse

entre los expertos, y si no fuera esto bastante para su elogio añádase que le cupo la gloria de guiar los primeros pasos de León Fontova por el intrincado laberinto de un escenario. En el teatro del Odeón alcanzó sus mayores triunfos, uniendo su nombre al de los primeros poetas que infundieron su aliento al teatro de esta tierra catalana, regocijando al público con la interpretación de los *tipos* más grotescos, aun que sin descender nunca a lo bajo y grosero.

P.

RAMÓN ROSSELL

Conocimos a Rossell cuando estaba empleado en la casa de comercio de Gasset hermanos, en su sucursal de Barcelona, haciendo las delicias de los abonados al tercer piso del Liceo con su agudeza, y con la perfecta afinación con que remedaba a los artistas que en el teatro funcionaban.

Tanto persistió en esos remedos que, al fin, dejando el Debe y Haber por las tablas, apareció en los escenarios del Tívoli y del Odeón representando en piezas catalanas de carácter jocoso, conquistándose los aplausos del público.

Vino a Barcelona por entonces el famoso Arderius, explotando el género bufo tan en boga entonces en Francia, donde brillaban Hoffenbach y Lecocq, y con su perspicuo golpe de vista vió en Rossell un auxiliar aprovechable, ingresando desde luego en su compañía, en la cual acabó de sentar plaza de actor, ya que para el canto, aun teniendo grandes aptitudes, le faltaba el primer elemento, la voz.

Decayeron los bufos y Rossell buscó en la dramática española un lugar preeminente en su género, que logró ciertamente alcanzar.

Trabajó en muchas compañías, entre ellas la de Mario, y en el Teatro Lara, de Madrid, contemplamos con asombro su apoteosis, pues estando ocupado el teatro en la noche de su beneficio por la alta aristocracia de Madrid, la concurrencia no cesó de ovacionarle, consagrando su fama de actor cómico.

Rossell era un genuino *parvenu* en *San Sebastián mártir*, descollaba en el género, que era todo suyo, en *La salsa de Aniceta*, *Cinch minuts fora del mon*, *Arturo di Cananglel-lo*, *Los Hugonotes*, *La rebotica*.

Tras una ímproba labor, Rossell contrajo grave y pertinaz enfermedad que le llevó al sepulcro.

ACISCLO SOLER

BARCELONA, 1843. TARRASA, 1914.

Cuando aun le quedaban grandes energías que emplear en el cultivo del arte que fué el amor más grande de su vida, cuando había llegado ya a una edad ciertamente avanzada, pero en que podía aun prestar la fuerza de su nombre a los prestigios del teatro catalán, una gravísima enfermedad en los ojos le hizo apartarse de la escena, de la que vivió algunos años alejado, hallando sin duda el mayor de sus consuelos en el grato recuerdo de sus gloriosos triunfos dramáticos. No hay quizás en el teatro catalán otro actor de tan grandes complejidades espirituales como Soler, y como además para él no tenía el arte escénico secretos y acertaba a decir los versos con una tan noble naturalidad, había de triunfar y triunfó en los más opuestos géneros teatrales, en la interpretación, siempre justa, de los más diversos caracteres. Basta, para comprobación de esto, recordarle en *Lo mestre de minyóns* y en *Judith de Welp*, donde vemos al actor pasar de un perfecto infantilismo a una expresión justa y noble de la

más alta sublimidad trágica. Uno de los *tipos* que más fama dieron al nombre de Soler fué el *tonto* de *La creu de la masía*, obra en que arrebató siempre a su auditorio, bien que para decir de este actor toda la merecida alabanza sería preciso ir citando uno a uno todos los personajes creados por él en la escena, pues pocos le han aventajado en la fuerza de la expresión y ninguno en la nobleza de su arte. Retirado en la ciudad de Tarrasa, allá fueron los barceloneses a rendirle un justo homenaje de admiración y estima y al poco tiempo bajaba al sepulcro el aplaudido *Barón de Santa Agnés* de la comedia *La Dida* y el popular *chocolatero* de *Un pollastre aixelat*.

P.

FRANCISCA SOLER

1833. BARCELONA, 1884.

Muy joven todavía, pues apenas si había cumplido los diez y siete años de su edad, empezó esta actriz a pisar las tablas del escenario y ya desde un principio hízolo con aplauso, exteriorizando muy pronto las sólidas condiciones que habían de hacer de ella una de las primeras actrices del teatro catalán. Nació en 1833 y murió en Barcelona en 1884, cuando cabía aun esperar nuevos y cada vez más sazonados frutos de su extraordinario talento. Cuando entró a formar parte de la

compañía del teatro Romea, era ya Francisca Soler una actriz completa, aplaudida y con justicia festejada por otros públicos. Sin embargo, puede afirmarse que en aquel escenario, glorioso para el arte dramático de Cataluña, es donde alcanzó todo el renombre que ha de hacer inmortal su memoria en los anales del teatro catalán. La interpretación que dió al principal personaje de *La Dida*, que ella representó por primera vez, causó en el auditorio un verdadero y fuerte pasmo de admiración, pues no se había visto aún nada de tan subido valor artístico en aquel escenario, contribuyendo con ello no poco al ruidoso triunfo del autor, como igualmente sucedió con otros muchos dramas y comedias. A pesar de cierto defecto que tenía en la garganta, no solamente brilló en el teatro catalán, sino también en el castellano, pues pocas actrices han alcanzado su altura en los dramas de Camprodón, *Flor de un día* y *Espinas de una flor*.

P.

ANTONIO TUTAU

BARCELONA, 1894.

En Barcelona y en 1894 murió este notabilísimo actor, que tanto hizo por el moderno teatro catalán, alentando a los autores jóvenes y de valer y convirtiéndose en maestro de comediantes noveles, pues bien se puede afirmar que han recibido sus lecciones la mayoría de los actores que han ilustrado la escena catalana. Era muy joven todavía cuando comenzó su labor artística

en el teatro del Odeón de Barcelona, de cuyo escenario pasó luego al de Romea, dando constantes pruebas de su gran talento para la interpretación de los personajes que en el lenguaje teatral se llaman «de carácter». En el año de 1870 se presentó ya ante el público como primer actor y jefe de una compañía dramática, al frente de la cual hizo provechosísima labor por todos los teatros de Cataluña, logrando fama inmarcesible como director de escena, pues hombre de profunda observación y de voluntad más que férrea, obtenía de sus actores y de sus actrices cuanto las obras representadas exigían. En su trabajo personal fué siempre el actor sincero y de honrada conciencia artística que sólo fía el triunfo a la interpretación justa y noble de la verdad.

P.

JAIME VIRGILI

1842. BARCELONA, 1907.

Nacido el año de 1842, murió Virgili en Barcelona en 1907, habiendo trabajado hasta los postreros días de su existencia. La última obra nueva en que tomó parte principalísima fué *La mare*, de Rusiñol, creando uno de sus personajes y dando una nueva demostración de la gran ductilidad de su temperamento artístico, lo cual le permitía encarnar los tipos más diversos y hasta de carác-

ter contrapuesto, triunfando en todos, lo que se prueba sobradamente recordando dos de los personajes creados por este actor: el renegado «Janot» de *Mary cel* y el caballero «Limés» de *Batalla de Reynas*. Comenzó su carrera artística — aunque antes había ya trabajado en teatros de menos importancia — en el Odeón, teatro popularísimo de Barcelona, en cuyo escenario alcanzó muy pronto gran renombre. Tal fuerza de verdad sabía dar a los personajes que representaba que más de una vez le increpó el público como si de veras tuviese delante el personaje encarnado por el actor. Entró luego en la compañía del Romea y allí acabó de formarse el comediante concienzudo que siempre fué, procurando entrar en el alma de los personajes que se le confiaban y cuidando hasta los menores detalles que pudiesen añadir alguna verdad a lo fingido.

P.

MARGARITA XIRGU

Como la inmensa mayoría de los actores y actrices catalanes, como todos ellos podríamos decir fundadamente, también Margarita Xirgu ha tenido que formarse a sí misma, guiada por su instinto de artista y de mujer de alma sensible, que responde siempre a las escitaciones de lo bello y

de lo grande, y véase como dejamos con esto perfectamente caracterizado su arte: expresión noble de lo verdadero y de lo bueno. Como tantas otras, empezó esta actriz a representar dramas y comedias en teatros particulares, de éstos pasó a los pequeños escenarios públicos y creciendo cada vez la fama de su nombre llegó rápidamente a escalar los más altos puestos en el teatro de Cataluña, hasta lograr la plena consagración de su arte en el Teatro Principal de Barcelona con la representación de la tragedia *Andrónica*. Muy joven todavía, puede ya atreverse esta actriz con todos los géneros dramáticos, pues triunfa lo mismo en la moderna comedia ligera que en el drama o la tragedia de más complicada psicología. Por esto e impulsada por una ambición noble, ha subido Margarita Xirgu a la escena castellana, segura de que ha de alcanzar en ella aun mayores y más duraderos triunfos.

P.

El Teatro Catalán

No ha sido nuestra pretensión que la cortísima galería de siluetas que antecede pueda dar ni tan sólo una idea aproximada de lo que es actualmente el teatro catalán, pues para esto sería preciso escribir una muy detenida y bien documentada historia. Con intención más limitada y con pretensiones más modestas, no hemos querido sino presentar ante los ojos de la juventud estudiosa algunas solamente de las figuras que en la escena catalana más han sobresalido desde que, hace

ahora medio siglo, vino a nacer pujante y vigoroso el teatro de Cataluña, para que acostumbrándose a tenerlas siempre en la memoria y a recordar con veneración sus nombres y sus obras, acabe por tomar a unos y otros como ejemplo de su viviente actuación y modelo nobilísimo de su futura labor.

Ya hemos indicado que nació el teatro catalán poco después de mediar el pasado siglo XIX, pues nada tienen que ver con él, ó casi nada, los grotescos e iliterarios sainetes de Robreño que a principios de siglo representaba él mismo en el teatro de Santa Cruz, de Barcelona. Cierto que bien puede decirse que aquellas pobrísimas obras, en que no hay verdadero ingenio, ni apenas instinto del teatro, están escritas *casi* en catalán; pero fuerza es también reconocer que no entraba en las intenciones de ese autor, ni de otros autores que por entonces le imitaron, dignificar y rejuvenecer la lengua catalana, maltrecha y acanallada por varios siglos de abandono literario; no podía ser aquel teatro bajo y grotesco la roca firme en que se asentara la futura escena de este país, ni fué así en realidad, pues entre aquellos burdos sainetes y los verdaderos principios del teatro catalán mediaron muy largos años, y en verdad no nacieron las primeras obras escénicas merecedoras de tal nombre en Cataluña sino después que un grupo de generosos vates hubo despertado el noble espíritu de esta tierra con sus fuertes cantos henchidos de magnánimas aspiraciones y de vibrante amor a la patria de los españoles... Que

solamente mucho después han venido a producirse ciertos extravíos (*).

A la voz despertadora de aquella pléyade de excelsos poetas, surgió potente y vigoroso el teatro de Cataluña y aun algunos de aquellos mismos poetas subieron también al tablado escénico y juntos unos y otros fueron enriqueciendo el repertorio, hasta hacer del teatro catalán un teatro rico y glorioso, rico porque en él se encierran todos los géneros y todas las modalidades, glorioso porque los nombres de algunos de sus autores han traspasado las fronteras que los hombres inventaron para división de los pueblos y han sido sus obras admiradas y aplaudidas por las gentes de Europa y de América.

En sus primeros tiempos tuvo el teatro catalán dos principales fuentes de inspiración: la vida campesina y los grandes momentos históricos de la raza. Ni la presente vida ciudadana, ni los agudos problemas que en la conciencia del hombre ha planteado la vida moderna preocuparon mucho a los primeros autores de este teatro, ansiosos sólo de hacer revivir sobre las tablas la historia pasada del país o lo más característico que en costumbres y en tradiciones quedaba aun aquí viviente y entero, y hasta muchas veces llevaron a una misma obra fundidos ambos elementos.

(*) Citaremos empero como recuerdo histórico los sainetes del arquitecto Renart, que revelaban mayor cultura que los de Robreño, y los albores del teatro Odeón, donde Joaquín Dimas y después Jaime Piquet, dieron vida a estupendos engendros, que carecían por completo de finalidad artística y moral.

Todo ello naturalmente con la tendencia siempre sostenida de presentar a los ojos del espectador más bellas las cosas y con apariencia de mejores de lo que son en la realidad, esto es, idealizando los hombres y los hechos, pintándolos no precisamente cómo ellos son, sino cómo debieran ser, cómo quisiera el poeta que fuesen

Y hoy no falta quien lamenta con la amargura más honda que el teatro catalán haya dejado aquella senda y se haya extraviado unas veces por los caminos de la alegoría y otras por los de un exagerado realismo, añadiendo que eran muy preferibles a todas estas novedades de hoy, aquella rústica simplicidad y aquella generosa exaltación patriótica de los primeros tiempos. No diremos nosotros tanto, aun reconociendo que con haber seguido, ensanchándola más cada vez, la primitiva senda, el teatro catalán llegara más seguramente a la plena conquista del pueblo por quien y para quien había nacido, salvándose tal vez así de la honda crisis que actualmente sufre y que le mantiene casi en completo divorcio con el público, pues éste no ve ya en el teatro que se le ofrece ni la expresión de su fisonomía propia ni el reflejo de sus más escondidas aspiraciones.

Esta crisis presente, sin duda ninguna, pasará, según parecen declarar ciertos indicios que ya se notan, como son algunas de las obras recientemente representadas en los teatros de Cataluña, pero que no es del caso ir señalando en este lugar, pues no tratamos aquí de lo futuro, sino de lo pasado. Ciñéndonos, por consiguiente, al tema

nuestro, añadiremos algunos nombres más a la reducida galería que acabamos de presentar a nuestros lectores, citando a Dámaso Calvet, con su *A la vora del mar*, que es la primera opereta escrita en catalán y a la que el maestro Goula puso música, dando luego a la escena *La romería de Recasens*, preciosa comedia en tres actos; a José A. Clavé, autor de varias pequeñas zarzuelas, entre las que sobresale *L'aplech del Remey;* a Manuel Lasarte, que escribió algunas veces en colaboración con Federico Soler y es autor del drama *La veu de la campana;* a Roca y Roca, autor de *Lo mal pare* y de la hermosísima comedia *Lo plet d'en Baldomero;* a Alberto Llanas, autor de la excelente comedia *La germana gran;* a Puig y Ferrater, autor de varias obras de una grande intensidad dramática y de una extraordinaria fuerza de humanidad, con orientaciones hacia el verdadero teatro moderno, ese teatro que no se satisface con lo externo, sino que ahonda en el alma humana, todo ello sin despreciar los elementos del medio ambiente, con lo cual se quiere decir que su teatro ha de ser por fuerza, antes que otra cosa, teatro catalán... Y no hemos de dejar en olvido el nombre de Maragall, el excelso poeta, autor de la tragedia *Nausica*, escrita en un estilo clásicamente griego y revestida po- el rozagante ropaje de sus versos admirables.

Como de entre los autores del teatro catalán no hemos hecho más que citar al acaso algunos nombres, lo mismo hemos de hacer ahora con respecto a los comediantes, añadiendo a los que antes hemos

dado, los nombres de Miguel Llimona, de Juan Bertrán, de Pilar Clemente, de Concepción Ferrer, de Manuel Panadés, de Mercedes Abella, de Joaquín Pinós, de Josefa Morera, de Jaime Martí, de Dolores Delhom, de Adela Clemente, de Pedro Riutort, y de Santolaria y de Daroqui y de Jaime Borrás y de tantísimos otros actores y actrices que han dado muchos y grandes días de verdadera gloria a la escena catalana.

P.

ÍNDICE ALFABÉTICO
DE AUTORES Y ARTISTAS

Página

Abella (Mercedes) 326
Alba (Irene) 137
Alvarez Quintero (Serafín y Joaquín) 23
Alvarez Tubau (María) 138
Alverá de Nestosa (Sofía) 140
Angelón (Manuel) 239
Arjona (Joaquín) 141
Arnau (José M.ª) 240
Aulés (Eduardo) 242
Aza (Vital) 26
Balaguer (Juan) 143
Balaguer (Víctor) 244
Baró (Teodoro) 249
Baus (Antera) 145
Benavente (Jacinto) 28
Bertrán (Juan) 326
Blasco (Eusebio) 31
Boldún (Elisa) 146
Bonaplata (Teodoro) 289
Bordas (Ramón) 251
Borrás (Enrique) 290
Borrás (Jaime) 326
Bretón de los Herreros (Manuel) 33
Briz (Francisco Pelayo) 252
Burgos (Javier) 35

Página

Cairón (Salvadora) 152
Caltañazor (Vicente) 153
Calvet (Dámaso) 325
Calvo (Rafael) 154
Camprodón (Francisco) 254
Capdevila (Jaime) 293
Caprara (Joaquín) 151
Catalá (Concepción) 148
Catalina (Manuel) 150
Cavestany (Juan A.) 38
Cazurro (Andrés) 294
Cepillo (Miguel) 157
Clavé (José A.) 325
Clemente (Adela) 326
Clemente (Pilar) 326
Cobeña (Carmen) 158
Colomer (Conrado) 295
Coll y Britapaja (José) 255
Cruz (Ramón de la) 40
Cuello (Rómulo) 297
Dardalla (Cándida) 159
Dardalla (José M.ª) 160
Daroqui (Vicente) 326
Delgado (Pedro) 161
Delhom (Dolores) 326
Díaz de Mendoza (Fernando) 162
Dicenta (Joaquín) 42
Díez (Matilde) 165
Dimas (Joaquín) 323
Echegaray (José) 44
Echegaray (Miguel) 46
Eguílaz (Luis de) 48
Feliu y Codina (José) 256
Fernández (María del Rosario, la Tirana) . . . 168
Fernández (Mariano) 170
Fernández Moratín (Leandro) 53
Fernández y González (Manuel) 50

Página

Ferrer (Concepción) 326
Ferrer y Codina (Antonio) 258
Fontova (León) 297
Frontaura (Carlos) 55
Fuentes (Alfonso Federico) 299
García (Domingo) 172
García Gutiérrez (Antonio) 59
García Luna (José) 173
García Ortega (Francisco) 173
García Parreño (Joaquín) 301
Gaspar (Enrique) 61
Gil y Zárate (Antonio) 63
Giménez (Enrique) 302
Gómez de Avellaneda (Gertrudis) 66
González Mate (Pedro) 175
Goula (Hermenegildo) 203
Grimaldi (Juan) 176
Gual (Adrián) 259
Guerra (Ceferino) 177
Guerra (Josefa) 178
Guerrero (María) 178
Guimerá (Angel) 261
Guzmán (Antonio) 181
Hartzenbusch (Juan Eugenio) 68
Hijosa (Josefa) 182
Iglesias (Ignacio) 264
Isern (Juan) 305
Lamadrid (Bárbara) 186
Lamadrid (Teodora) 183
Larra (Luis Mariano) 70
Larra (Mariano) 188
Lasarte (Manuel) 325
Latorre (Carlos) 189
Linares Rivas (Manuel) 72
Lombía (Juan) 190
López de Ayala (Adelardo) 73
Luceño (Tomás) 76

Página

Luján (Juan José) 191
Luna (Rita) 192
LLanas (Alberto) 325
Llimona (Miguel) 326
Maragall (Juan) 325
Marco (José) 78
Mario (Emilio) 196
Marquina (Eduardo) 80
Máiquez (Isidoro) 193
Martí (Jaime) 326
Martínez de la Rosa (Francisco) 83
Martínez Sierra (Gregorio) 81
Mata (José) 199
Mena (Carlota) 307
Mendoza Tenorio (Elisa) 200
Mestres (Apeles) 265
Mirambell (Catalina) 308
Molas y Casas (Juan) 267
Montaño (Pedro) 202
Monner (Ana) 309
Morano (Francisco) 203
Moreno (Matilde) 204
Morera (Josefa) 326
Novo y Colson (Pedro) 86
Núñez de Arce (Gaspar) 87
Ossorio (Fernando) 206
Ossorio (Manuel) 207
Ossorio y Bernard (Manuel) 89
Palencia (Ceferino) 92
Palma (Josefa) 208
Palou y Coll (Juan) 93
Panadés (Manuel) 326
Parreño (Carmen) 311
Pérez de Vargas (Mercedes) 209
Pérez Escrich (Enrique) 98
Pérez Galdós (Benito) 96
Pino (Rosario) 210

Página

Pinós (Joaquín) 326
Pin y Soler (José) 268
Piquet (Jaime) 323
Pizarroso (Antonio) 211
Puig y Ferrater 325
Ramos Carrión (Miguel) 101
Renart 323
Retes (Francisco Luis) 102
Riutort (Pedro) 326
Rivas (Duque de) 104
Robreño (José) 323
Roca (Gervasio) 312
Roca y Roca (José) 325
Rodríguez (Concepción) 214
Rodríguez (Matildé) 215
Rodríguez Rubí (Tomás) 106
Romea (Julián) 216
Rossell (Ramón) 313
Roure (Conrado) 269
Rubio (José) 218
Rusiñol (Santiago) 211
Sánchez Pérez (Antonio) 109
Santiago (José) 220
Santolaria (Modesto) 326
Sanz (Eulogio Florentino) 111
Sellés (Eugenio) 114
Serra (Narciso) 115
Soler (Acisclo) 315
Soler (Federico) 273
Soler (Francisca) 316
Suarez Bravo (Ceferino) 119
Tallaví (José) 221
Tamayo y Baus (Manuel) 121
Tamayo (Victorino) 223
Tenorio (Rosa) 224
Thuiller (Emilio) 224
Torres (Pedro Antonio) 297

Página

Tutau (Antonio) 317
Ubach y Vinyeta (Francisco de A.) 278
Valero (Antonio) 226
Valero (Isidoro) 230
Valero (José) 227
Valverde (Balbina) 231
Valle Inclán (Ramón) 124
Vega (Ricardo) 129
Vega (Ventura). 125
Vico (Antonio). 234
Vidal de Valenciano (Eduardo) 283
Vidal (Francisco de S.) 281
Vilanova (Emilio). 284
Virgili (Jaime) 318
Xirgu (Margarita). 319
Zapata (Marcos) 130
Zorrilla (José) 132

ÍNDICE GENERAL

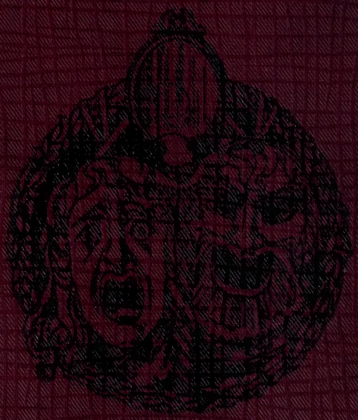
Introducción y concepto del Teatro. 1
Dramática castellana: Autores 21
» » Actores y Actrices. . . . 135
» catalana: Autores 237
» » Actores y Actrices. . . . 287

142602 LS.H.
B326a

Author Bastinos, Antonio J. and others

Title Arte dramatico español contemporaneo.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU